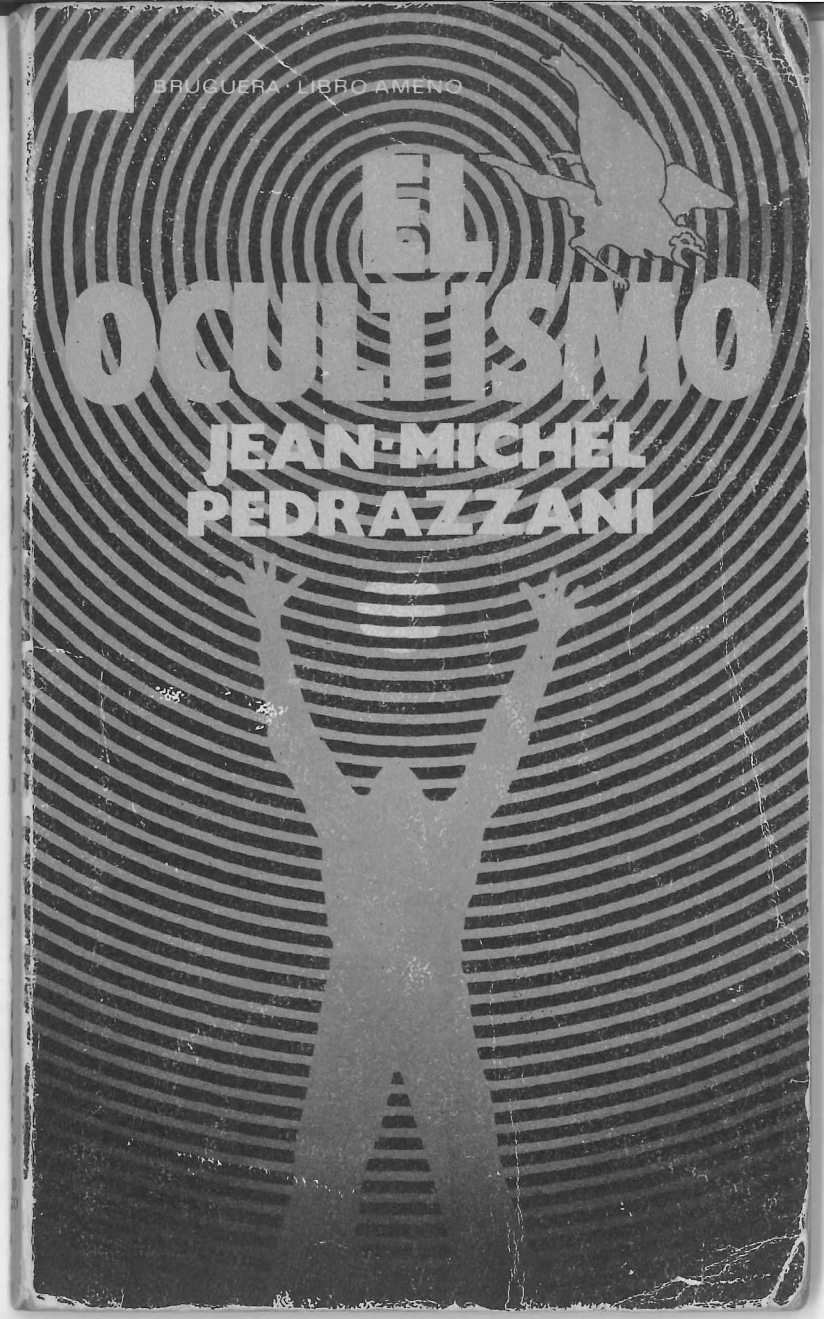
BRUGUERA · LIBRO AMENO
EL
OCULTISMO
JEAN-MICHEL
PEDRAZZANI

EL OCULTISMO

Jean-Michel Pedrazzani

EL OCULTISMO

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
barcelona • bogotá • buenos aires
caracas • méxico

Título original: **TECHNIQUES ET POUVOIRS DE L'OCCULTISME**

Edición en lengua original:
© **Pierre Belfond - 1974**
© **Ediciones 29 - 1976**
Primera edición en lengua castellana
© **Marius Lleget - 1976**
Traducción
© **Jorge Sánchez - 1977**
Cubierta

La presente edición es propiedad de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

1.ª edición en Libro Ameno: diciembre, 1977

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN 84-02-05395-5
Depósito legal: B. 41.090 - 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Carretera Nacional 152, Km 21,650
Parets del Vallès - Barcelona - 1977

«El príncipe de los filósofos dice que el hombre es lo más perfecto y mejor que hay en el mundo...»

ALBERTO EL GRANDE

Prólogo

Aquella noche, en el instituto metafísico internacional la sesión había sido muy elegante. Las experiencias, a decir verdad quizá un poco desdibujadas, se habían desarrollado ante los ojos maravillados de un ramillete de hermosas mujeres y de hombres de mundo. Una vez superado el leve escalofrío que siempre produce en las personas con sentimientos la evocación del más allá, el ambiente se había relajado y las conversaciones comenzaban a animarse.

De súbito, un hombre que jugaba distraídamente con el bastón de su vecino, siguiendo con su punta los arabescos de la alfombra, palideció. Con voz alterada, se puso a contar una extraña historia. Se trataba de una guerra lejana, en alguna parte de Oriente, de un campo de batalla cubierto de cadáveres y de un oficial francés que había cruzado como por milagro todos esos horrores, sin recibir jamás una sola herida. Luego, cambió la decoración. El afortunado militar se encontraba a bordo de un barco, en ruta hacia su patria. Y nuevamente, más agonizantes y más cadáveres...

—Hoy —añadió el narrador— ese hombre está muerto...

Se produjo un grave silencio entre los oyentes. Todos le miraban con angustia. Poco a poco, el caballero narrador emergió del estado en que le había sumido su relato. Muy afectada, su vecina se volvió hacia él.

—Todo cuanto usted acaba de relatar, señor, es perfectamente exacto. Este bastón, con el que usted

jugaba, perteneció a mi sobrino, un joven oficial que combatió en Grecia. Regresaba a Francia, cuando su barco fue torpedeado. El pudo ser salvado, pero falleció después a consecuencia de sus heridas, pasados algunos días...

El héroe de esta sorprendente aventura se llamaba Pascal Forthuny. Jamás se había interesado por las ciencias paranormales, salvo por curiosidad, por no decir en plan de escéptico. Y sin embargo, después se convertiría en uno de los videntes más extraordinarios de su época.

Pero Pascal Forthuny no es una excepción. Cada uno de nosotros posee determinadas «facultades». Sin embargo se hallan tan en el interior de los repliegues de nuestro subconsciente, que siempre se requiere un acontecimiento extraordinario para que se manifiesten. A no ser, por supuesto, que uno se dedique un día a «explotarlas» y se libre a un entrenamiento que las ponga en acción. Porque, en efecto, es posible proporcionarles, voluntariamente, los medios de exteriorizarse.

Todos poseemos los elementos necesarios y suficientes para hacer intervenir a nuestro favor potencias ocultas, cuya naturaleza ignoramos. De hecho, los poderes del espíritu humano son inmensos, casi ilimitados. Y es en el fondo de nuestro inconsciente donde se ocultan.

La suerte, el azar, no existen en modo alguno en estado puro. Una y otro se provocan, se dirigen, se controlan. Para tener suerte, basta con desearla, es decir, con ser lo suficientemente fuertes para reducir el azar a obediencia.

Todo está escrito en el gran libro de los astros, pero son muchas las cosas que se pueden gobernar. Nuestra existencia no está definitivamente programada. Cierto que está orientada desde su nacimiento por las influencias conjugadas de los planetas, de acuerdo con su posición en las «casas». Pero tales orientaciones no son en absoluto irremediables, y todos tenemos, en cualquier instante, la posibilidad de modificar el curso de los acontecimientos.

Una vida no se soporta, sino que se construye.

«Ayúdate, y serás ayudado», suele decirse. Nada es tan exacto, y si los materialistas sólo quieren ver en este proverbio una prueba suplementaria del vacío interestelar, se equivocan. Existe, más acá del mundo visible, un mundo secreto perceptible únicamente por algunos pocos iniciados. Es aquí donde todo se decide. Y podemos actuar sobre ese mundo. Basta con un poco de curiosidad, mucha voluntad y perseverancia y, también, una gran dosis de prudencia.

Porque la puerta que conduce a ese mundo es estrecha. El camino que lleva al conocimiento y, al propio tiempo, al poder, es peligroso y está sembrado de asechanzas. La locura, por ejemplo, acecha al que se aventura por ese camino, sin haberse preparado antes convenientemente; o al que sólo se ha fijado por objetivo la satisfacción de sus más bajos instintos. Controlar el propio destino no es un asunto que se pueda tomar con ligereza.

En efecto, el ocultismo presenta peligros evidentes. Si una concentración psíquica intensa es convenientemente orientada puede, en la mayoría de los casos, hacer triunfar las empresas más aventuradas, pero una falsa maniobra puede resultar fatal para el neófito. Ante todo, a causa de la fatiga nerviosa que representa el esfuerzo de concentración exigido. Luego, en razón de un fenómeno bien conocido de los ocultistas y temido por los «echadores de cartas» más experimentados: el choque de retorno. En efecto, cuando «fallan su objetivo», las ondas enviadas regresan entonces a su punto de origen, como podría hacerlo un *boomerang*, y entonces es sobre el propio emisor que ejercen sus estragos. Este peligro es, sin duda, el más grave de a cuantos se exponen los experimentadores insuficientemente preparados. Y es muy frecuente que las ondas «fallen su objetivo».

Así, por ejemplo, durante un embrujamiento amoroso, puede ocurrir que quien intenta hacerse amar sea la primera víctima de su propia maniobra. En vez de ver al objeto de su pasión responder a su llama, se encuentra por el contrario enfrentado a unos rechaces repetidos, mientras que, por

los efectos del choque de retorno, su propia pasión no cesa de empeorar.

Más curioso, pero asimismo real, es el riesgo que ofrece un éxito excesivamente elegante. Es en efecto muy difícil un control riguroso de las propias facultades volitivas, y generalmente esto sólo se logra después de entregarse a una larga disciplina. Por lo tanto, no es raro ver cómo un aprendiz de ocultista se ve superado por su propio período de concentración. De ello se deduce que la «carga» expedida supera en potencia a la que habría sido necesaria para alcanzar el resultado deseado. Siempre en el caso del embrujamiento amoroso, esto se traduce entonces por una exageración de la pasión que de ese modo se ha conseguido inspirar. La más dulce, la más agradable de las mujeres, puede, a su vez, verse transformada en una amante tan posesiva que se convertirá rápidamente en odiosa.

Finalmente, no se debe olvidar que todo intento de intervención mágica sobre el propio destino, o el destino ajeno, pone en juego unas fuerzas invisibles que, poco a poco, pueden revelarse como bienhechoras o maléficas. El principio de la alternancia es una de las leyes fundamentales del ocultismo. Su símbolo, la Rueda del Destino, es suficientemente claro. Significa que todos estamos obligatoriamente sometidos a períodos faustos y a otros que lo son menos. Lo cual, por el simple efecto de nuestra fuerza intrínseca, no nos impide aprovechar al máximo los momentos favorables, con objeto de limitar las consecuencias de los otros, es decir, de los que no lo son.

Es conveniente, por lo tanto, antes de lanzarse a la gran aventura de la magia y de la parapsicología, conocer perfectamente los agentes transmisores de la fuerza volitiva. Son estos agentes los que se encargarán de encauzar o de reenviar los impulsos. Y son ellos, también, los que, incluso cuando dirigen nuestro destino, nos permitirán modificarlo.

I

LOS HABITANTES DEL MAS ALLA

Estamos en noviembre de 1571, en el mar de China. Hace una semana, un pequeño barco abandonaba las costas del Japón y ahora navega hacia el Continente. A bordo, viaja uno de los hombres más extraordinarios de su tiempo: Francisco-Javier, que más tarde será canonizado.

Hasta el momento, todo había ido bien. Pero cierta tarde, y cuando nada lo hacía prever, estalla con violencia la tempestad, desatando brutalmente todas sus fuerzas. San Francisco se retira a su camarote y se pone a rezar. El capitán, por su parte, piensa que el mejor modo de vencer a los elementos desencadenados sigue siendo, a pesar de todo, el afrontarlos. E inmediatamente, ordena que se tomen las medidas de urgencia propias del caso y, en especial manda arrumbar sólidamente la chalupa, que teme sea arrastrada por un golpe de mar. Se encargan de esta peligrosa misión cinco hombres. Pero la noche les sorprende antes de que hayan tenido tiempo de terminar su trabajo. Y es entonces cuando una cla, más violenta que las otras, rompe las amarras que aquellos cinco hombres estaban a punto de instalar.

Al despuntar el alba, la tempestad se calma. Se cuenta a los desaparecidos: sólo faltan a la llamada los cinco marineros de la chalupa. Después de algunas inútiles búsquedas, la tripulación considera

que se perdieron irremisiblemente y el capitán decide reanudar la travesía. Pero san Francisco-Javier se opone.

—Antes de tres días —afirma—, les volveremos a encontrar sanos y salvos.

A bordo, la incredulidad es general. Sin embargo, en atención a la personalidad del viajero, se decide esperar. Y pasan veinticuatro horas sin que ninguna señal venga a indicar la presencia de los náufragos. Desde lo alto del mástil mayor, un vigía escruta sin descanso el mar, que permanece desesperadamente vacío. Y de nuevo se vuelve a hablar de la oportunidad de partir.

—Esperemos todavía —dice san Francisco, quien se refugia otra vez en su camarote para rezar.

Algunas horas después, sale de su camarote para asegurar que los cinco hombres han sido salvados. Pero ya han transcurrido más de cuarenta y ocho horas desde su desaparición y la tripulación no se muestra muy inclinada a creerlo. Y como sea que la tempestad vuelve a amenazar, los marinos proponen zarpar de aquel sitio.

Pero una vez más, el venerable Francisco-Javier consigue convencerles para que esperen. Después de lo cual, vuelve a sus oraciones, y lo hace con más fervor que nunca.

Por fin, en el anochecer del tercer día de espera, un pequeño punto negro hace su aparición sobre la cresta de las olas. Es la chalupa. Sobre el barco, los marinos lanzan gritos de alegría. Sin tardanza, se iza a los cinco hombres a bordo. Cuando el último de ellos abandona la chalupa, grita:

—¡También hay que rescatar a Francisco-Javier!

—¡Pero si ya está a bordo, y jamás ha abandonado el barco! —le contestan.

—Esto es falso. Durante los tres días de nuestra prueba él ha estado con nosotros. Todos mis compañeros lo pueden confirmar. Es él quien nos ha inculcado valor para soportar el hambre y el frío. Es él quien nos ha guiado hasta aquí, asegurándonos que el barco nos estaría esperando...

Seguramente se podría pensar que esta historia es pura leyenda, destinada a impresionar a los crédulos espíritus de la época. Pero no conviene olvidar que el siglo XVI lleva, en los manuales de historia, el nombre de Renacimiento. Tampoco conviene olvidar que esta aventura no solamente es conocida por tradición oral, sino también a través de diferentes obras que, todas ellas, fueron escritas por eclesiásticos. Y ya es sabido de qué precauciones se rodea la Iglesia cuando se trata de reconocer la realidad de un milagro.

En estas condiciones, ¿por qué no admitir más bien que Francisco-Javier se hubiera desdoblado voluntariamente, con objeto de ayudar a los marinos en dificultad e infundirles confianza? Por otra parte, la oración es uno de los medios privilegiados para obtener el estado de concentración psíquica suficiente para realizar una proeza semejante.

Máxime cuando esta versión de los hechos viene corroborada por experiencias recientes, realizadas bajo el control de científicos, en el curso de las cuales los médiums han podido imprimir, sin tener que desplazarse, la forma de sus manos sobre placas de cera virgen situadas a varios metros de distancia.

Si el hombre puede desdoblarse, es porque su cuerpo no es único, sino que, por el contrario, está formado de varios elementos íntimamente ligados entre sí, es cierto, pero que también pueden, en algunas circunstancias excepcionales y bajo el efecto de un poderoso esfuerzo de voluntad, separarse temporalmente. Por otra parte, es de ese modo como se concibe la filosofía esotérica tradicional, según la cual el cuerpo humano se descompone en cuatro partes, con misiones y apetencias bien distintas.

En el origen de cada individuo se encuentra el cuerpo físico, o dicho de otro modo, el conjunto de los órganos, que los ocultistas llaman *gouph* y que representan simbólicamente con el Toro. Viene después *nephesch*, el principio vital, el mismo que anima a la materia bruta. Sin él, *gouph* no sería más que una amalgama incualificable de células muertas o proliferando no importa cómo, sin finalidad precisa. Su símbolo es el León.

Ruach es el alma, o dicho de otro modo, la misma esencia del ser. Se la representa con un águila.

Neschamah, finalmente, es el espíritu puro, la parte divina del individuo, la que debería guiarle en todas las circunstancias e inspirar todas sus acciones. Desgraciadamente, es raro que *neschamah* consiga asegurar su imperio sobre los deseos y apetitos de los hombres. Solamente aquellos que quieren preocuparse y practican difíciles ascesis pueden elevarse hasta esas cimas del conocimiento y del poder sobre sí mismos. No son nunca más de unos cuantos por siglo, y vemos en ellos a santos o profetas, como san Francisco-Javier, Gandhi o Einstein.

Pero si se prescinde de ese espíritu que, aun siendo parte integrante de nuestra personalidad, sólo llega a establecer su reino en algunos privilegiados, se advierte que la vieja división oculta del individuo encuentra una clasificación mucho más moderna, aunque no la haya inspirado en absoluto: la clasificación psicoanalítica. Así, *gouph* representa el cuerpo físico, con todos sus deseos y apetitos; *nephesch* el inconsciente, cuyo papel preponderante ha sido puesto en evidencia por Freud, y *ruach* representa la conciencia.

Lo que, sin embargo, da originalidad a la teoría antigua, es que admite que todas esas «partes» del cuerpo son independientes unas de otras, y que temporalmente pueden separarse sin que por ello la vida se destruya. Es así como se explica el fenómeno del desdoblamiento voluntario del individuo, desdoblamiento cuya realidad ha sido —repitámoslo— debidamente comprobada por algunos sabios, en primera fila de los cuales precisa citar a Camilo Flammarion. En realidad, durante estos desdoblamientos, es *nephesch* el que se separa del resto del cuerpo. Esto explica el hecho de que los faquires de la India logren aparecer en determinados lugares, mientras su cuerpo físico está lejos de allá, inmerso en un estado letárgico. Así se explica también que, cada vez que se ha podido constatar un desdoblamiento, el cuerpo de la persona que se desdobló se hallase sumido en un estado de profunda catalepsia. Y así se explican, en fin, las apariciones (con frecuencia a varios centenares de kilómetros de distancia) de personas muy enfermas —sumidas en un profundo estado de coma— o ya en trance de fallecer.

En cada uno de estos estados, en efecto, el cuerpo físico ya no está animado por su doble, por *nephesch*, tanto si es voluntariamente, como cuando se trata de una experiencia ensayada por un faquir o un magnetizador, o involuntariamente, como cuando se trata de un enfermo gravemente afectado o de un moribundo.

Este doble tiene exactamente la misma apariencia que el cuerpo de la persona a la que pertenece, y algunos médiums particularmente dotados y entrenados llegan a distinguirlo cuando se encuentran frente a otra persona. De todos sus testimonios, se desprende que es un halo azulado, siluetado por una línea azul a la derecha y rojizo-anaranjada a la izquierda. Según sea el grado de «brillantez» de este doble, y según la intensidad de sus colores y su fuerza, esos médiums están en condiciones de decir, con plena capacidad, si la persona que ven goza de buena salud y, cuando no es éste el caso, de diagnosticar su enfermedad.

En el momento de la muerte, este doble astral se separa del cuerpo físico que animaba hasta ese momento. Algunos médiums aseguran haber asistido al fenómeno. Y precisan que éste se produce sin que aparentemente el moribundo sufra lo más mínimo, pero que la «operación» requiere cierto tiempo, como si ese principio vital sólo se separase con disgusto de su apariencia física. Otros pretenden que, durante largas horas, el cuerpo astral permanece en la proximidad de su envoltura carnal. Ese período de espera incluso podría durar varios días, hasta el sepelio del cuerpo. Sería, por lo tanto, el cuerpo astral lo que a veces se habría percibido en la proximidad de las tumbas recién cerradas, dando nacimiento de ese modo a las leyendas de los aparecidos y de las almas en pena.

Esto aparte, la filosofía ocultista precisa que el hombre no es el único que posee un doble astral. Animales, plantas y hasta también minerales, lo po-

seen asimismo. Pero es evidente que a medida que se desciende en la jerarquía de las especies, dicho cuerpo se presenta, como los organismos a los que pertenece, menos complejo cada vez. De lo que no hay duda es de que dicho cuerpo astral existe, y es gracias a él que se pueden producir «intercambios» entre el hombre y los animales, y quien dice esto, dice también entre el hombre y las piedras.

Nadie ignora, por ejemplo, que algunas mujeres no pueden llevar perlas. Después de varios días de contacto, las perlas pierden su brillo natural, su «oriente» como dicen los joyeros, y acaban por «morir». Esto se explica simplemente por el hecho de que las vibraciones emitidas por el doble astral de la persona concernida y por el de las perlas son antinómicas. Se oponen entre sí, y como sea que, evidentemente, las vibraciones más poderosas son las emitidas por el cuerpo humano, son las perlas las que pierden la batalla.

También se explica de ese modo que algunas piedras puedan tener un efecto benéfico sobre determinados individuos. Cuando las ondas emitidas por los diferentes cuerpos astrales en su presencia vibran al unísono, se refuerzan mutuamente y el efecto benéfico de esta cooperación no tarda en dejarse sentir.

Pero este análisis ocultista de la composición del mundo no se limita tan sólo a los límites de lo visible. También se extiende igualmente al conjunto de la Creación, al conjunto del Cosmos. Desde la estructura del átomo hasta las leyes que regulan el movimiento de los planetas, todo está regido por esta composición cuaternaria que acabamos de definir. Es así como encontramos, en la cima de la pirámide, una esfera espiritual, el dominio de los principios universales que, en el contexto general del Universo, es la pareja o «pendant» de lo que hemos llamado *neschamah* para el hombre. Esta fuerza superior, la más perfecta, puede por lo tanto, en último análisis, ser asimilada a la idea de Dios.

Encontramos a continuación la esencia psíquica que hemos llamado *ruach* en el hombre. Esta alma, dotada de inteligencia y voluntad, existe también

en el Cosmos. Es la sede de las leyes directrices engendradas por los principios del *neschamah*.

Aparece más abajo la sustancia astral, de igual naturaleza que el doble astral de los individuos. Es gracias a ella que los planetas continúan su ronda. Es el principio de vida de todo el Universo. Y ya hemos visto que existen contactos, o interferencias entre los diferentes dobles astrales, tanto si son humanos, animales, vegetales o minerales. En estas condiciones, nos vemos en la precisión de admitir que, por el intermedio de nuestro doble astral, estamos constantemente en comunicación con el conjunto de esa sustancia astral. Nos bañamos literalmente en su océano. Y, como que sucede lo mismo para todo lo existente —y no tan sólo para todo lo viviente— sobre la Tierra, podemos decir que tenemos, constantemente, la posibilidad de entrar en contacto con nuestro entorno por el canal de la sustancia astral. Así se explican a un tiempo y de una sola vez la telepatía, las visiones, los sueños premonitorios, etc. Es por medio de nuestro doble astral y por el canal de ese océano de sustancia astral en el que nos bañamos que nos resulta posible intervenir a distancia y modificar gracias a nuestra voluntad el curso del destino. Máxime, cuando lo astral está poblado de criaturas extrañas sobre las cuales nos es posible actuar para hacerlas intervenir en nuestro favor.

En fin, para que la comparación entre el hombre y el Universo sea completa, queda por encontrar el equivalente del cuerpo físico. Se trata, con toda evidencia de los planetas, las estrellas y los cometas que componen los diferentes sistemas solares de las numerosas galaxias que rodean nuestro mundo.

De esta serie de concordancias, nace la evidencia de que el solo punto de contacto posible entre el hombre y el Universo se encuentra en lo Astral. Este último se presenta, efectivamente, como un inmenso depósito de vida que tiende a dividirse en existencias individuales, y después a resolver esas existencias de forma que puedan ser reintegradas. De ese modo, lo Astral está constantemente poblado a un mismo tiempo de vidas potenciales y de vidas

pasadas. Lo cual permite a los ocultistas el poder afirmar que la reencarnación existe. Tanto, al menos, como las creencias hindúes, según las cuales el alma de un hombre puede regresar a la Tierra bajo la forma de un animal, o inversamente, creencias que también descansan en sólidos fundamentos. En efecto, ya hemos visto que cada ser viviente posee un doble. Nada obliga por lo tanto a la sustancia astral de un difunto a reencarnarse bajo forma humana y, si durante toda su vida el desaparecido soñó con ser un gato, puede muy bien vivir una nueva existencia dentro de la piel de un felino. Como situación-límite, también es lícito admitir que la reencarnación es posible bajo una forma menos evolucionada, como la de un vegetal o un mineral.

En la Edad Media, es decir, en una época en que la mística del castigo estaba constantemente presente, incluso en el fondo de los razonamientos de la filosofía ocultista, se sostenía que la reencarnación de un hombre en un animal era una forma de castigo con el discípulo que había hecho un mal uso de sus conocimientos. También se afirmaba entonces que el doble astral, al reencarnarse, podía aportar la recompensa de una vida dedicada al esfuerzo hacia los demás y a practicar el bien. Tal sería el caso del alma de un palurdo que se reencarnaba en el cuerpo de un príncipe.

Hoy no participamos de estos conceptos. Sin embargo, no todo es rechazable en esa teoría medieval, sólo primitiva en apariencia. Por ejemplo, es posible admitir que el doble de un hombre que, durante toda su vida sólo se esforzó por ser rico, vuelva a sentar plaza en el mundo bajo la forma de un banquero o de un magnate del petróleo. Pero en este caso, se trataría más de un efecto de tensión voluntaria, que de una recompensa concedida en reconocimiento de un apetito bien trivial...

Dicho esto, hemos visto que el objetivo supremo de toda la ascesis es el de alcanzar el pleno conocimiento del *neschamah*, o espíritu puro, cosa que resulta extremadamente difícil de lograr. De hecho, una sola vida no basta para conseguirlo. Pero es posible lograrlo después de varias existencias. El

doble astral, es cierto, no conserva ninguna memoria de las experiencias que ha conocido en el curso de sus vidas anteriores. Pero conserva, en revancha, todas las características que le han sido imprimidas durante sus vidas pasadas y, al reencarnarse, entra en una nueva envoltura carnal a la que imprime dichas características. Por consiguiente, más que a nuestros hijos, es a esos descendientes desconocidos a quienes transmitimos el fruto de nuestros esfuerzos. Lejanos descendientes que continúan, a pesar de todo, siendo nosotros mismos... aunque ellos no lo sepan jamás. Ningún trabajo, ninguna ascesis se pierde, por lo tanto. Indefinidamente transmitidas por la rueda de las encarnaciones sucesivas, todas las «mejoras» que nosotros aportemos a nuestro doble harán que un día seamos nosotros mismos santos o profetas. Para ello, necesitaremos un tiempo más o menos largo, porque pueden producirse «accidentes de ruta», que harán regresar al doble en su arduo camino. Luego, nuevamente, la progresión se reanudará y, cuando el hombre habrá alcanzado la plenitud de la gran comunión con el *neschamah*, el espíritu puro, entonces su alma podrá fundirse en Dios, mientras que su doble se disolverá en la gran masa de lo Astral dispuesto a fragmentarse de nuevo, para dar nacimiento a varias otras vidas totalmente nuevas.

Pero antes de llegar aquí... Entre cada reencarnación, el doble deberá permanecer a la espera, en el plano de lo Astral, hasta que haya descubierto una envoltura carnal adecuada para su caso. Tal vez sea eso el Purgatorio. En cuanto al Infierno, es acaso simplemente la reencarnación bajo la forma de una especie inferior: de un mineral o un vegetal. Pero, en este caso, precisa admitir que el Infierno no es definitivo, porque las mismas rocas pueden morir bajo el efecto de diferentes factores, no siendo el menor la energía atómica fabricada por el hombre. ¿Precisa admitir, en esas condiciones, que dicha potencia fantástica y aterradora proporciona a la Humanidad los medios para aniquilar el Infierno? Sin duda que no, dado que ello ocasionaría una destrucción total de la Tierra e igualmente de los

otros planetas donde existe el Infierno. Los recientes descubrimientos efectuados gracias a los satélites artificiales son formales en cuanto a las formas elementales de vida.

Sea lo que fuere, el hecho de que nuestro doble astral esté en permanente comunicación con el conjunto de lo Astral nos depara la posibilidad de entrar en contacto con los desaparecidos, cuyos dobles en condición de espera pueblan la inmensidad. Las experiencias de espiritismo se apoyan en este principio. Así, cuando un espíritu es invocado y se manifiesta por el intermediario de un médium, ocurre simplemente que el doble astral del difunto ha entrado en contacto íntimo y tomado posesión del doble del invocador. Partiendo de esa base, no es imposible admitir que dicha influencia pueda ser transmitida a un objeto inanimado, como una mesa, habida cuenta de que también ella posee un doble.

Pero lo Astral no está únicamente poblado por dobles de difuntos. Por el contrario, también pululan en él una infinidad, un hormiguero de seres de naturaleza etérea, benéficos unos, y perfectamente maléficos otros. Por lo demás, los espiritistas lo demuestran cuando invocan a las entidades (o entes) que no corresponden a ninguna persona que haya existido, y aquéllos les responden. Es más: otra experiencia, por cierto muy famosa, demuestra la existencia de ese universo astral omnipresente. Fue realizada en México por sir Aldous Huxley, el autor de *Un mundo feliz (Brave New World)*.

El escritor se encontraba en el país de los aztecas cuando oyó hablar de determinados hongos alucinógenos frecuentemente utilizados por los notables de la época precolombina. También se enteró igualmente de que algunas tribus todavía conocían el secreto de esta planta y la forma de absorberla. No tardó en procurarse un pedazo de dicho hongo y lo consumió. Como explicó después, la visión que le produjo aquella experiencia fue extraordinaria: vio, distintamente, un mundo paralelo, en el que se movían «gentes invisibles», subiendo y bajando por una gran escalera. Pero lo más sorprendente fue que, durante ese tiempo, también podía ver el mundo real, en el que los hombres, ignorantes de esa vecindad, continuaban fatigosamente entregados a sus ocupaciones. Todos esos seres se cruzaban, se atravesaban incluso, sin jamás darse cuenta de que existía junto a ellos un universo paralelo. De vez en cuando, en el «segundo mundo» aparecía una forma indefinible. Una forma sin forma, a un tiempo repugnante y digna de compasión, o también atractiva y terrible.

La conclusión es simple. Gracias a la droga, Aldous Huxley se convirtió en vidente. El hongo alucinógeno desarrolló en él una forma de percepción (o de presciencia) que generalmente sólo se adquiere después de largos años de entrenamiento. Gracias a ella, había podido ver lo Astral y sus habitantes, entrever la forma de los dobles de los muertos y percibir algunas entidades (o entes) misteriosos. Aldous Huxley era un hombre valeroso. ¡Afortunadamente! Otro que no hubiera sido él, habría podido perder la razón. Basta con observar los daños producidos entre la juventud por las drogas llamadas «duras», para advertir los peligros que presenta esta forma de investigación. Y sin embargo, algunas de esas drogas, y en particular el LSD, permiten una exploración del más allá. Algunos dibujos ejecutados bajo su influencia lo demuestran. Pero semejante exploración, por razones evidentes, no podría ser suficientemente continuada para resultar fecunda y seria. Además, la utilización de una droga, por benigma que sea, está en contradicción formal con el proceso de estudio esotérico. Unicamente los adeptos de la magia negra recurren a veces a las drogas, y lo menos que se puede decir es que los resultados no son muy convincentes.

Sea lo que fuere, lo Astral está habitado, y si queremos actualizar lo Astral, es a sus habitantes a quienes hay que dirigirse. Por lo demás, la comunicación es bastante fácil, aunque se limite a ser una comunicación de sentido único, al menos a nivel de la conciencia del invocador. Para ello, basta con una firme voluntad de establecer ese contacto y una concentración suficiente.

Los primeros con los cuales se debe entrar en comunicación son los difuntos, o cuando menos su doble. En ese estadio, es mucho más fácil interceder cerca de un muerto de la propia familia o alguien que resulte muy conocido. Pues en la misma medida que el afecto que sintió por nosotros en vida era muy grande, se mostrará mayormente decidido a ayudarnos, ya sea influyendo en el comportamiento de una persona viva, o interviniendo en la marcha de nuestro destino para que tome un giro favorable.

Pero a su lado, hormiguea todo un mundo, dañino o benéfico, compuesto por entes de contornos mal definidos y de incierta finalidad, nacidos lo más a menudo del delirio de determinadas imaginaciones. En efecto, lo Astral es una sustancia maleable, y el menor de nuestros pensamientos se inscribe en él como una fotografía. Toda la historia del mundo es conservada de esta forma en esos inmensos archivos que nadie hojeará jamás, y que tan sólo los videntes perfectamente entrenados consiguen entrever a veces.

Lo más grave es que determinados pensamientos llegan a esculpir, en el mismo seno de dicha sustancia, la forma de sus fantasmas. Misas negras, sacrificio humano, violencia... han creado de ese modo una multitud de seres híbridos, incapaces de encarnarse, pero, en todo caso, maléficos. Los ritos sanguinarios y obscenos de la magia demoníaca han dado nacimiento a entes de los que es preferible desconfiar. Los ocultistas los llaman «lemures».

Incapaces de realizarse bajo la forma de una vida terrestre, los lemures aprovechan todas las ocasiones que se les ofrecen para salir de su anonimato, de su vacío. Por consiguiente, intentan aferrarse a los dobles astrales que no están sostenidos por una potente voluntad. Una vez lo han conseguido, es muy raro que abandonen su presa. Verdaderos parásitos, precipitan un poco más cada día la decadencia del desgraciado que les ha dado cobijo. Desde entonces, su destino queda trazado. Hasta el fin de sus días, serán el juguete de sus apetitos más brutales y bestiales. Algunos se convierten entonces en asesinos, otros en perversos, y otros todavía en alcohólicos o

drogadictos. Cuando la empresa está suficientemente asegurada, resulta casi imposible remontar la pendiente, porque esos entes (o entidades monstruosas) temen por encima de todo tener que regresar a su anonimato original. Debilitada la voluntad del sujeto que se ha dejado sumergir por ellos, entonces ya no es suficientemente fuerte para expulsarlos.

Afortunadamente, si los desfallecimientos de la voluntad pueden dar lugar a tales demonios, la rectitud moral, por su parte, da nacimiento a entidades (o entes) que constituyen ayudas apreciables en los combates cotidianos. Mientras que los «lemures» se dedican únicamente a la satisfacción de las necesidades más elementales, por no decir más viles, otras fuerzas del más allá conducen, por el contrario, hacia el camino del esfuerzo y de la sabiduría, de la búsqueda del bien y de la verdad. Su influencia benéfica se deja sentir sin necesidad, siquiera, de tener que invocarlas.

Finalmente, vienen los «entes» que los ocultistas llaman «elementales», es decir, los espíritus que gobiernan los elementos. Son en número de cuatro, pues la división que hemos encontrado a nivel del hombre, y luego del Universo, se aplica igualmente a lo Astral. Los «salamandos» reinan sobre el fuego, los «ondinos» sobre las aguas, los «gnomos» sobre la tierra y los «silfos» sobre el aire. Esos elementales son verdaderas individualidades, dotadas de una existencia real y de una inteligencia que, a menudo, puede rivalizar con la de los hombres. Su influencia puede resultar determinante, ya sea en buen sentido, ya en mal sentido. Dominar a esos «entes» no es nada fácil. Tan sólo la fuerza de voluntad puede hacer desviar su curso...

¿Que todo esto es pura y simple demoniología? Tal vez. Sin embargo, a la luz de las experiencias irrefutables que hemos citado, aparece claramente que la realidad del doble astral, así como la de algunos habitantes de lo Astral, no es posible negarla. Entonces, se impone tomar un partido, comparable al que enseñaba Pascal a los ateos y a los libertinos de su época. Dado que los resultados sólo pueden resultar benéficos, ya sea evitándonos caer en poder

de esas entidades malignas que son los «lemures», ya proporcionándonos la posibilidad de inclinar en el sentido deseado el curso de nuestro destino, aprendamos a servirnos de lo Astral y de sus habitantes. Máxime, cuando la receta es sencilla y, si exige algún esfuerzo, la inversión parece insignificante al lado del beneficio que se podrá obtener. Basta con lo dicho para aprender a dominar esos apetitos carnales, sin necesidad de caer en el ascetismo; basta con fijarse claramente los objetivos que se pretenden alcanzar y, en fin, con desear alcanzarlos verdaderamente. Por medio de lo cual, tanto si uno cree como si no cree en los fantasmas y en los genios, se puede tener la seguridad de alcanzar el éxito. Lo cual ya constituye por sí mismo una seria garantía.

II

UNA DISCIPLINA PERSONAL

El hombre avanzaba dificultosamente, vacilando bajo los empujones del populacho. Entre las mechas de sus largos cabellos negros y grasientos, que cubrían casi por entero su rostro, se filtraba de vez en cuando una mirada cargada de odio y desprecio. Su larga pelliza flotante —una piel de cordero apenas curtida que olía a la vez a lluvia y sudor— estaba cubierta de salivazos e inmundicias. La cuerda con la que le habían atado las manos a la espalda penetraba tan profundamente en sus carnes que perlaban al extremo de sus dedos gotitas de sangre. Su aspecto era tan lamentable que, cuando se cruzó con la extraña procesión, Gassendi hizo detener su carroza.

—¿Adónde vais, buenas gentes? —preguntó el abad-filósofo.

—Vamos a quemar a este brujo, padre —respondió el más enardecido de los verdugos.

¡No se bromeaba con estas cosas a mediados del siglo XVII*!...*

—¿Estáis bien seguros que es un brujo? —quiso asegurarse el sacerdote.

—Por supuesto que sí. Es un pastor. ¡Y además, sabe predecir el tiempo! También conoce las plantas, tanto las que curan como las que matan. Allá arriba, en su montaña, está más cerca del Diablo.

El mismo lo ha confesado. ¡Ha reconocido que estaba allá en el sabbat!

Cada vez más interesado, Gassendi bajó de su vehículo. Se acercó a aquel hombre y le interrogó. Alrededor de ellos la multitud formaba un círculo silencioso y amenazador.

Aquel hombre no opuso ningún obstáculo y reconoció que todo cuanto había relatado el campesino era cierto. Y, en un alarde final de bravata, desafió:

—¿El sabbat? Voy cuando quiero. Conozco el secreto...

—En este caso —contestó Gassendi—, vámonos allá ahora mismo. ¡Juntos! Yo te acompaño...

Aquel hombre pidió que le desataran las manos. De los bolsillos de su hopalanda, extrajo un saquito de piel de cabra que contenía unas píldoras. Ofreció una a Gassendi y dijo:

—Es con eso con lo que yo me transformo en gato negro...

Después ingirió uno de los comprimidos y se extendió sobre el suelo. El filósofo, por su parte, no tomó el medicamento. Inclinado hacia el pastor, esperó.

Pasados algunos minutos, aquel hombre se puso a delirar, describiendo en un lenguaje apenas comprensible escenas extraordinarias. Cuando volvió en sí, hizo una narración precisa y detallada del sabbat al que había asistido.

Los campesinos, testigos de la escena, ya se abalanzaban sobre él para arrastrarle al suplicio, cuando Gassendi les detuvo.

—Habéis visto perfectamente que este hombre no se ha movido de aquí. Durante todo el tiempo que ha durado su pretendido sabbat, ha permanecido aquí, echado sobre este lugar, en medio de vosotros. Las píldoras que ingiere contienen una droga que hace soñar. Es su sueño lo que ha contado. No es un brujo.

La multitud permanecía escéptica. Fue preciso que Gassendi distribuyera algunas píldoras entre aquellas gentes, que sin duda no las probaron ja-

más, para que, olvidándose de sus ideas de hacer justicia, aquellos verdugos dejaran partir al «brujo».

Sin embargo, es posible que bajo la influencia de la droga aquel hombre pudiera haberse desdoblado para dirigirse efectivamente al sabbat, mientras que su apariencia física era lo único que restaba en medio de los asistentes. Porque es incuestionable que algunas sustancias alucinógenas favorecen el proceso de bilocación, como lo atestigua la extraordinaria aventura que protagonizó un misionero en Africa:

Este santo varón tenía un amigo llamado Ugema Uzago, que acumulaba los papeles de jefe en la tribu de los jabikou, y de hechicero. Gracias a unas recetas que sólo conocía él, sabía en efecto curar las enfermedades, proporcionar medios para ganar dinero, o para descubrir una infidelidad conyugal o la identidad de los enemigos del consultante.

Así, una noche, el jefe hechicero explicó al misionero que había convocado, para la noche siguiente, a todos sus discípulos a una gran reunión —en Europa diríamos un sabbat— en la llanura de los Yemvi. Ante lo cual, el sacerdote le hizo observar que dicha llanura se encontraba al menos a cuatro jornadas de marcha, y que era imposible que su amigo pudiera asistir a tal reunión. El negro se contentó con esbozar una sonrisa e invitó al siervo de Dios a ir la noche siguiente a su choza, para asistir a los preparativos de marcha.

A la hora convenida, el misionero acudió a la cita y, sospechando que el hechicero usaría drogas para efectuar su extraordinario viaje, decidió echar mano de un subterfugio con objeto de demostrarle que sólo había realizado su periplo con la imaginación.

—Hay —le dijo— cerca de la llanura de los Yemvi, a donde te vas, un comerciante. Se llama Esaba. Pídele pues, de paso, que me envíe una caja de cartuchos porque ya no me quedan apenas.

—Tu pedido será cumplimentado —le contestó el hechicero—. Esaba recibirá tu mensaje esta misma noche.

«Ante semejante seguridad —escribe el buen sacerdote— se comprenderá hasta qué punto aumentó

mi sorpresa, y en qué medida estaba deseoso de co
nocer el secreto de este maravilloso viaje...»

La ceremonia comenzó, en medio del más com
pleto silencio. Después de realizar diferentes ritos
Ugema tomó una redoma. Vertió en sus manos u
líquido rojizo, que olía fuertemente a ajo, y se fric
cionó el cuerpo. Luego, se extendió sobre el suel
y se sumió en un sueño cataléptico, comparable c
la muerte. Por la mañana, cuando se despertó, l
primera cosa que le pidió el misionero fue si habí
hecho el encargo a Esaba.

—Esaba —le contestó el hechicero— está bien
Ha tomado nota de tu pedido y se ha puesto inme
diatamente en camino.

—¡Pero si tú no le has podido ver! Tú has per
manecido aquí toda la noche. Lo sé porque te he
vigilado.

—No —protestó el negro—. Yo no estaba aquí
Sólo era mi cuerpo el que estaba aquí. Pero ¿qué
es mi cuerpo? No, yo estaba allá, estaba en la lla
nura de los Yemvi.

Tres días después, Esaba entraba en el poblado
llevando consigo la caja de cartuchos.

—¿Cuándo te pasó mi pedido Ugema? —le pre
guntó el sacerdote.

—Hace tres días, hacia las nueve de la noche —le
contestó el comerciante.

Era la hora exacta en que el hechicero había en
trado en sueño cataléptico...

Es así como se observa la evidencia de que algu-
nas drogas poseen, además de las propiedades aluci-
nógenas, la facultad de permitir a quien las con-
sume el desdoblarse. Lo cual equivale a decir que
entra en comunicación con las potencias misteriosas
que condicionan nuestro destino. A partir de aquí,
es lícito preguntarse de qué sirven los diferentes es-
tados iniciáticos y las ascesis difíciles que preceden
tales viajes, dado que unas simples píldoras más o
menos mágicas permiten esperar el mismo resultado
mucho más rápidamente y sin esfuerzo.

Pues bien, sirven, sencillamente, para preparar al
aprendiz y para formarlo. Ya hemos visto que el do-

minio astral está poblado de «entes» que no siempre
son bien intencionados, a los que a menudo resulta
difícil resistir, incluso cuando no se les ha invocado.
Por eso se comprende que todavía resulte más difí-
cil resistirles, cuando uno se desliza por su reino sin
antes haberse preparado lo suficiente. Aventurarse
sin precaución por el dominio de la especulación
ocultista, equivale a exponerse a toda suerte de pe-
ligros, incluida la locura. El pastor de Gassendi, tan-
to como el hechicero africano, pudieron, gracias a
sus drogas, conocer y viajar por ese universo invi-
sible que nos rodea. Si lo consiguieron sin daño, fue
sencillamente porque estaban preparados, verosímil-
mente por vías empíricas en el caso del pastor, y
seguramente por una iniciación prolongada en el
caso del hechicero negro.

Nosotros no poseemos ni la gran vitalidad ni la
resistencia de nuestros antepasados del siglo XVII,
de igual modo que tampoco podemos rivalizar en
ese aspecto con algunos indígenas del continente
africano, que tienen todavía, cotidianamente, que
afrontar una naturaleza hostil para sobrevivir, y a
menudo en condiciones de higiene y de nutrición
deplorables. El confort y la asepsia han disminuido
nuestra resistencia física, al propio tiempo que las
múltiples agresiones de la sociedad de consumo ero-
sionan nuestra fuerza nerviosa. En tales condiciones,
se comprende claramente que se impone un entre-
namiento físico y psíquico sostenido, antes de em-
plear los diferentes medios que nuestra voluntad
y nuestra «potencia mágica» ponen a nuestra dispo-
sición.

Mens sana in corpore sano (una mente [o alma]
sana en un cuerpo sano), éste era el sueño de nues-
tros abuelos. La buena salud física es, en efecto, la
condición *sine qua non* del éxito psíquico. Ya hemos
visto que las afecciones que sufre el cuerpo pueden
debilitar sensiblemente la potencia de radiación del
doble astral, e incluso modificar el color y la natu-
raleza de sus vibraciones. Además, resulta muy difí-
cil desplegar al completo los resortes de la volun-
tad, cuando la potencia de ésta está hipotecada por

hábitos molestos, sean alimenticios o de otra índole, cuya primera consecuencia es gastar inútilmente el influjo nervioso.

La impresión de seguridad provocada por un uso hasta moderado del tabaco o el alcohol, sólo es una sensación pasajera, a la que sucede rápidamente un abatimiento, una epecie de disgusto por el esfuerzo, un sentimiento de inutilidad, que puede transformar a un hombre de temperamento enérgico en un juguete que baila al son de las circunstancias. Tanto más, por cuanto la potencia de los hábitos, encerrando al doble astral en una red cada vez más compacta de apetitos carnales, le convierte en una presa propicia para los «entes» malignos, para los «lemures» y otras larvas vampíricas de lo invisible. Hemos visto anteriormente cómo esas últimas, desde el momento en que pueden «injertarse» en una personalidad, no cesan de debilitar su resistencia, a fin de asegurar más sólidamente su imperio, hundiéndola poco a poco, y cada vez más, en sus vicios y pasiones.

Es así como aparece claramente la necesidad de dominar esos apetitos carnales, de convertirse en el dueño, y no el esclavo de los mismos. Lo malo es que esa necesidad sólo se hace consciente cuando el individuo ya es adulto, o sea cuando su carácter ya está formado y cuando, precisamente, determinadas actitudes ya han llegado a asentar su tiranía.

Sin embargo, no todo está perdido para quien se da cuenta de ello. A todos nos ha sucedido, en efecto, el sentir en uno u otro momento de nuestra existencia el imperioso deseo de «pasar balance» y analizar nuestros actos, buscando por qué, en tal o cual circunstancia, hemos actuado de determinada manera.

Ese momento de lucidez es eminentemente favorable para una «reconversión» de la personalidad: un examen de conciencia lúcido y sin indulgencia demuestra siempre a quien se entrega a él que ha cometido errores que habría podido evitar. Desde entonces, se ha dado el primer paso. La necesidad de no caer nuevamente en las mismas trampas, de no actuar de nuevo de la misma forma, se impone a quien ha cometido errores. Es el momento de las

buenas intenciones. Pero lo que falta, con harta frecuencia, para mantener las promesas que uno se ha hecho a sí mismo, es la voluntad o son los medios de cambiar radicalmente su carácter, de modo que no vuelva a recaer en los pasados errores.

Esos medios están al alcance de todos. Basta con conocerlos y, cuando uno ha dado ya el primer paso en la conducta voluntaria de su destino, los pasos siguientes parecen de una facilidad irrisoria.

El objetivo a alcanzar es el de impedir a nuestros apetitos inferiores que dificulten nuestra marcha hacia la realización de nuestras ambiciones, sean cuáles fueren, tanto si se trata de la simple felicidad, de la felicidad conyugal y familiar, como del éxito social, con su cortejo de honores y responsabilidades. Es cierto que los grandes de este mundo no han llegado a su posición dominante sino gracias a los esfuerzos de una voluntad sostenida, pensando en su triunfo. La primera preocupación debe ser la de fijarse claramente el objetivo propuesto, imponiéndose sin descanso esa imagen a su conciencia, y no cesando de actuar en función de dicho objetivo. Antes de conseguirlo, es preciso, al principio, valorar todas las posibilidades, asegurándose los medios físicos de un rápido éxito. Porque el primer paso hacia el camino del triunfo consiste en obligarse a una higiene de vida, que proporcionará la ocasión a la voluntad de afirmarse en sus primeras victorias sobre los hábitos alimenticios o sexuales, que se cuentan entre los más difíciles de vencer.

Sin duda, aquí no se trata en absoluto de recomendar un ascetismo total, que, por otra parte, sólo sería útil en el caso en que el objetivo propuesto fuese la santidad como, por ejemplo, del tipo practicado por Gandhi. Por otra parte, es preciso reconocer que un buen número de grandes hombres llegaron a escalar posiciones dominantes ¡sin por ello dejar de entregarse a placeres poco confesables! Esto no obsta, sin embargo, para observar que la mayoría de los logros ejemplares se decidieron en un momento en el cual quien iba a convertirse en héroe o protagonista vivía, por la fuerza de las circunstancias, en un completo ostracismo. En ese asce-

tismo forzado, impuesto por la miseria, esos hombres y esas mujeres supieron encontrar recursos y fuerzas incalculables. Supieron endurecer su voluntad, y así formaron su carácter. Sin sostener que sea necesario «comer pan y cebolla» para asegurarse un porvenir floreciente, tenemos que reconocer, cuando menos, que las pruebas con frecuencia tienen un efecto benéfico sobre el destino de quienes tuvieron que afrontar dificultades.

Dicho esto, volvamos a los principios fundamentales sobre los que debe apoyarse esa higiene de vida, sin la cual no es apenas posible realizar grandes cosas.

La regla principal y más imperativa es la de limitar al máximo posible la utilización de excitantes. El uso de algunas drogas (LSD, heroína, etc.) debe proscribirse. Y por idéntico motivo, aquellas cuya absorción ha sido calificada abusivamente de «suave» (haschich, anfetaminas, etc.). Máxime si, como ya hemos dicho, dichas drogas pueden ser para algunas personas vehículos cómodos para viajar por el reino de lo invisible. Sus consecuencias son demasiado nocivas, tanto física como intelectualmente, y perfectamente negativas en lo que se refiere a la búsqueda e investigación de fuerzas paranormales.

Otro excitante, de efectos menos espectaculares, pero asimismo igualmente nocivos a la larga (en la medida que entraña un hábito que degenera bien pronto en una intoxicación), es el tabaco. Su uso inmoderado perjudica y amputa al propio tiempo el capital de la salud y el capital de la voluntad del individuo. Precisa saber, en efecto, que si el tabaco no provoca como las drogas visiones o sueños en revancha lesiona gravemente algunos órganos, entre los cuales figuran los alvéolos pulmonares, cuyo papel es fundamental en el proceso de oxigenación de la sangre. Fumar entraña igualmente unas consecuencias secundarias, como son los dolores de cabeza o las dificultades digestivas. No existe, es cierto, ninguna medida común entre una pipa de opio y una pipa de *Navycut* o de *Bleu*. Y sin embargo, el proceso de intoxicación es el mismo, en la medida en que crea artificialmente una necesidad que no es absolutamente imprescindible para el funcionamiento de los órganos del cuerpo humano.

Limitar el uso del tabaco, procurar incluso suprimirlo por completo, es una de las primeras prescripciones para convertirse en maestro de los propios hábitos y devolver la plena potencia vital al organismo.

Lo mismo cabe decir respecto al alcohol, que, si en el momento de su ingestión proporciona un latigazo ficticio, una vez han pasado sus efectos deja al individuo inmerso en una especie de abatimiento, durante el cual se convierte en presa de todas las tentaciones. Considerado como un alimento y, por lo tanto, consumido con moderación, el alcohol puede, sin embargo, resultar beneficioso para el organismo, aportándole elementos nutritivos de importancia. Pero en ese dominio más que en cualquier otro, la prudencia es la regla. Resulta muy difícil discernir la frontera entre el consumo razonable y el que conduce a la intoxicación. Así, no son pocos los médicos que han tenido que tratar a alcohólicos que jamás se habían emborrachado en su vida. Lo más prudente parece ser no tomar alcohol excepto durante las comidas y en pequeña cantidad, evitando especialmente los aperitivos —que jamás han abierto el apetito a nadie— y los digestivos, respecto a los cuales se podría decir que nunca han demostrado que después de una comida normal signifiquen una ayuda eficaz para los jugos gástricos.

Con el análisis de los efectos del alcohol, hemos entrado de lleno dentro del dominio del régimen alimenticio. Veamos ahora qué reglas se han de observar en la mesa. Igual que con la bebida, conviene evitar cualquier exceso. Las comidas muy abundantes, aparte de que entorpecen los reflejos de la inteligencia durante la digestión y, por consiguiente, hacen perder un tiempo precioso al intemperante, nutren mal. El exceso de calorías conduce a la formación de una grasa nociva que a menudo predispone al abandono.

Esto aparte, incluso cuando uno no se entrega al consumo excesivo de alimentos, la composición

de los menús también puede resultar perjudicial. Por ejemplo, no absorber durante el almuerzo y la cena más que alimentos de la misma clase es particularmente nefasto para el equilibrio general. Por el resto, se ha comprobado que hasta los regímenes más vegetarianos admiten siempre alimentos complementarios, como la leche, a menos de que los elementos indispensables que contiene la leche puedan ser reemplazados por otros semejantes, extraídos de un vegetal y preparados de determinada y adecuada manera. Este es el caso, principalmente, de algunas salsas orientales, destinadas a complementar el valor nutritivo del arroz.

Lo mejor, sin duda, sería preparar menús de régimen, capaces de eliminar radicalmente los alimentos considerados como hipertóxicos. Empero, es lícito admitir que variando suficientemente la composición de las comidas y no abusando jamás de determinados platos, ese régimen draconiano no es indispensable.

Sea lo que fuere, una disciplina alimenticia no prohíbe que de vez en cuando nos concedamos una pequeña prórroga, que apreciaremos tanto más por cuanto será excepcional. «Nadie se alimenta cada día de carne asada y de vino de Tokay», escribía el gran Montaigne.

Este régimen, por eficaz que sea para la vida corporal, psíquica y nerviosa, sería no obstante insuficiente si no estuviera acompañado de un buen entrenamiento físico. Es en efecto esencial que el cerebro esté convenientemente irrigado por oxígeno y sostenido por un cuerpo en plena posesión de sus medios. Se impone un mínimo de cultura física, ante todo para facilitar la oxigenación de la sangre y, por consiguiente, la del cerebro, después, para ayudar la eliminación de toxinas por medio del sudor y, finalmente, para facilitar la supresión de grasas parásitas y la transformación de los principios nutritivos contenidos en los alimentos. Además, este esfuerzo deportivo permite a la voluntad afianzarse de nuevo, proporcionando al individuo la ocasión de superar sus límites.

Finalmente, hemos de hablar del descanso. Es durmiendo como el hombre «recarga sus baterías» nerviosas. El sueño tiene una importancia primordial para quien quiera estar constantemente en plena posesión de sus facultades, siendo fundamental el dormir suficiente y profundamente. La lasitud que sigue a las noches pasadas en blanco a menudo es causa de fracaso, cuando la empresa que se tenía entre manos disponía tal vez de todas las oportunidades para conocer un desenlace feliz. Pero es a cada uno a quien corresponde determinar con exactitud el tiempo de sueño que necesita. Cada individuo tiene necesidad de un período de descanso variable, que viene determinado esencialmente por su edad, sus ocupaciones y su forma física. Por eso, si es cierto que conviene evitar dormir demasiado poco, también conviene guardarse igualmente de dormir en exceso. Uno y otro extremos son nocivos para la lucidez de espíritu y el dinamismo. Sea lo que fuere, la duración del sueño no debe ser inferior a seis horas, ni superior a nueve. Entre ambos límites, son posibles todas las combinaciones, en el bien entendido, por supuesto, que se puede dormir más después de una jornada particularmente agotadora, o velar un poco más cuando las circunstancias lo exijan.

Algunos establecen una diferencia entre el sueño nocturno, que es el más provechoso según ellos, y el sueño diurno, que procura menos descanso. Esa discriminación no parece que tenga mucha base, máxime cuando no ha venido a corroborarla ninguna comprobación científica.

Para estar en forma, es imperativo desembarazarse de la tiranía del café matinal. Decir «yo no puedo hacer nada antes de haber tomado mi café», es reconocer que las facultades nerviosas tienen necesidad de un estimulante para reanudar sus funciones. Por lo tanto, equivale a reconocer que están agotadas.

Las causas de este agotamiento son múltiples. En principio, pueden buscarse en un mal sueño, ya porque el descanso no haya sido suficientemente prolongado, ya porque se haya visto perturbado por

pesadillas o crisis nerviosas, con frecuencia de origen alimenticio. Un reajuste del régimen nutritivo permitirá en todo caso remediar esa situación.

A veces, también puede ocurrir que ese sueño perturbado tenga unas raíces mucho más profundas y evidentemente más difíciles de descubrir. En espera de llegar a conseguirlo, algunas recetas bien sencillas permiten terminar con los despertares difíciles.

La primera, recomendada por la mayor parte de los especialistas en ciencias psíquicas, consiste en procurarse un centro o motivo de interés y en sumergirse en él desde que se abren los ojos. Dicho motivo puede ser un libro comenzado a leer la noche anterior antes de dormirse y cuya lectura se debe reanudar inmediatamente, procurando esforzarse por reencontrar lo más rápidamente posible el hilo de la intriga. También se puede tratar, por supuesto, de la preparación del nuevo día de actividad, para cuya jornada es preciso esbozar un «plan de batalla», repasando, cada vez más de prisa, las diferentes obligaciones.

La segunda es todavía más sencilla. Consiste en no dejarse ganar por el sopor, por esa semisomnolencia a mitad de camino entre la vigilia y el adormecimiento. Para ello hay un método radical: levantarse desde que se abren los ojos, esforzándose por volver a encontrar, sin tardanza, una exacta noción de las cosas. Se puede completar este método con algunos ejercicios de cultura física que tendrán el mérito, asegurando una buena irrigación del cerebro en sangre oxigenada, de hacer recuperar inmediatamente la plena potencia de las facultades mentales. Después de lo cual no habrá nada capaz de impedirnos saborear las delicias de un desayuno bien merecido.

Ultima asechanza, y no de las menores, en el camino que conduce a un buen equilibrio físico y psíquico: la sexualidad.

Dado que el instinto sexual tiene por finalidad la perpetuación de la especie, se cuenta entre los más difíciles de dominar. Importa, por consiguiente, dominarlo en absoluto porque, caso de no contenerlo, puede llevar al individuo a los peores extremos o excesos.

Es sintomático, en efecto, comprobar que, en todas las relaciones que se han hecho del sabbat, aparece un momento en que la ceremonia degenera en orgía, en que las peores depravaciones ocupan un lugar de elección. Aquí, son los brujos quienes se ven obligados a abrazar una parte bien precisa de la anatomía del Diablo encarnado bajo la forma de macho cabrío, más allá, son las brujas las que se unen monstruosamente con ese mismo animal, forma terrestre del demonio. Otras desgraciadas, a quienes Satán ha concedido «el honor» de poseerlas bajo una forma más humana, cuentan que Satán está provisto de un sexo largo y espinoso, es decir, recubierto de escamas que desgarran a las pobres mujeres, en vez de proporcionarles la esperada voluptuosidad. Situación que resume La Lancre, cuando escribe: «Se las ve gritar como personas que padecen un gran dolor, y, sobre todo, se las ve regresar del sabbat bañadas en sangre. Yo creo que es tanto por delante como por detrás, según el lugar donde él (el Diablo) las ha cogido...»

Ciertamente, se pueden poner en duda esas apariciones del demonio en el mundo de los mortales. Lo que en revancha es incuestionable, porque a ese respecto concuerdan todos los testimonios, es que, satánicos o no, los sabbats siempre han terminado en un ambiente de orgías sexuales entre los diferentes participantes. Lo que Freud llamaba la «libido» desempeña por tanto un papel determinante entre los adeptos de la magia negra. Y ello no es sin razón.

Por su mismo misterio, que hace que el encuentro de una célula macho y de una célula hembra sea capaz de crear la vida, la procreación tiene una apariencia mágica. Sobre todo, si admitimos que la perpetuación de la especie es una forma de continuación del primer acto del Creador, es ofender a Dios burlarse de los actos del amor al reducirlos a un simple placer físico, tanto más apreciado por cuanto los medios de alcanzar el goce son insólitos,

por no decir contra naturaleza. Tales actitudes sólo pueden complacer a Satán.

La consecuencia práctica es que tal manera de actuar crea poco a poco unas necesidades y unos hábitos, en contradicción abierta con la finalidad primordial de la sexualidad, que es la reproducción y el amor entre los cónyuges. De ese modo, el espíritu acaba por verse completamente obnubilado por la busca del placer, por el cambio de pareja o por el descubrimiento de medios y sistemas «inéditos» para alcanzar la total satisfacción sexual. A partir de aquí son de temer las peores depravaciones. No es preciso buscar en otra parte el origen de las diferentes enfermedades —o desvíos— del comportamiento sexual, tales como el sadismo, el masoquismo, la atracción por los efebos y hasta por los tiernos infantes, o simplemente por las personas del mismo sexo. Y, cuanto más se avanza por ese camino, más imperiosas se hacen la necesidades. Ya en el límite, sólo un tratamiento psiquiátrico puede ponerle coto. Desde que alguien entra en esa vorágine, deja de poseer voluntad. El único objetivo de su vida consiste en la búsqueda de sensaciones, por todos los medios posibles y a su alcance. Es la puerta abierta a todas las infamias. El espíritu ha perdido todo su poder. El cuerpo reina como un soberano y cada día se vuelve un poco más exigente.

Lo que es más grave es que el adormecimiento de la fuerza voluntaria deja el campo libre a los «entes» malignos de lo Astral. Más que nunca, «lemures» y otras larvas tienen la posibilidad de fijarse sobre el doble, y avasallarlo. Y, desde luego, es con esto con lo que cuentan los magos negros para asegurar su dominio total sobre sus adeptos.

Por supuesto, cuando no se degrada en sus excesos, e incluso cuando se limita al simple y único dominio conyugal, una sexualidad excesiva presenta sus riesgos. La unión de un hombre y una mujer entraña un formidable desgaste de energía nerviosa. Repetida con frecuencia, puede acabar por agotar las reservas de un individuo, en detrimento del resto de su vida cotidiana. Se reconoce, por ejemplo, que los jóvenes esposos se muestran menos atentos,

y son menos eficaces en sus tareas que los matrimonios que ya han conllevado desde tiempo una vida en común. En ese dominio, pues, como en todos los precedentes, conviene observar cierta moderación. El ascetismo completo es cierto que permite capitalizar todos los recursos nerviosos, pero sólo es admisible cuando se tiene un proyecto de muy amplia ambición. En todos los otros casos, el acto sexual permite, por el contrario, conocer un relax bienhechor, algo así como cuando se aligera mediante una descarga eléctrica un acumulador que estaba sometido a una tensión demasiado fuerte. Por otra parte, tanto el hombre como la mujer no se han hecho para vivir en solitario. La satisfacción de las necesidades sexuales, cuando coincide con un amor compartido, permite subrayar la noción de pareja y hacerla más sólida y más bella.

Sin embargo, no conviene olvidar que el amor no se funda solamente en la sexualidad. Las atenciones, la ternura, las pruebas superadas en común, son igualmente amor. Limitando los contactos sexuales y aumentando las manifestaciones anexas al amor, se puede llegar a establecer un equilibrio, tanto más sólido por cuanto no se apoyará únicamente en el entendimiento físico de dos seres que se quieren. De ese modo, cada uno de los cónyuges podrá, mientras reforzará el dominio voluntario de su cuerpo y de sus deseos, depositar más sólidamente su confianza en el otro.

Antes de iniciarse a la cultura física, que permitirá acelerar la realización de la mayoría de las ambiciones, conviene ante todo asegurarse el dominio de los apetitos carnales.

La nutrición, como la sexualidad, jamás han de dominar nuestras acciones sino que, por el contrario, deben obedecer nuestra voluntad. Instrumento al servicio de su poder, el cuerpo debe encontrarse dispuesto a plegarse inmediatamente a la menor de sus órdenes. La moderación en todos los dominios es la primera victoria hacia la cual debe tender la toma de conciencia de esa necesidad. Este primer paso es difícil —sería vano pretender negarlo—, pero resulta capital. Sin ese dominio del cuerpo, es im-

posible ir más lejos. ¿Cómo, por añadidura, se podría admitir que uno es capaz de modificar el curso de su destino, cuando no se muestra con aptitudes para dominar lo que nos toca más de cerca: nosotros mismos?

Extendida hacia ese objetivo, la voluntad afirmará poco a poco su poder. Este primer paso facilitará todos los siguientes. Cuanto más largas y difíciles habrán sido las etapas, más se curtirá el carácter. De suerte que, al final de este primer período, se hallará en excelente posición para abordar el siguiente.

III

LA VOLUNTAD DE PODER

Ménalque desciende su escalera, abre la puerta para salir, y la vuelve a cerrar: entonces se da cuenta de que todavía lleva el gorro de dormir y, ultimando su examen, advierte que se encuentra prácticamente desnudo, observa que su espada pende del costado derecho, que sus medias están caídas sobre sus talones y que su camisa está completamente arremangada.

Por duro que sea, este retrato es, sin embargo, célebre. Incordiante, descuidado, hasta se diría impúdico, ese superdistraído se va a hundir en el abismo de su atolondramiento, dando así a La Bruyère ocasión de escribir algunas de las mejores páginas de sus *Caractères.*

Amargamente acomplejado, hasta el extremo de que «cuando se acaba de reír se debería llorar», Ménalque está lleno de presagios y de supersticiones, cayendo a cada instante en las propias trampas que se tiende a sí mismo. En él, las cosas más simples adquieren proporciones catastróficas. Artesano de su propia ruina, de hecho nos da el ejemplo más perfecto de lo que conviene evitar a toda costa. Basta con examinar «clínicamente» su caso para darse cuenta de ello.

... (El) escribe una larga carta, la ensucia con polvo varias veces y echa siempre más polvo al tintero. Pero esto no es todo: escribe una segunda carta, y después de haberlas encerrado las dos en sus correspondientes sobres, se equivoca de dirección: un duque y par recibe una de sus cartas y, al abrirla, lee estas palabras: «Señor Olivier: no se le olvide, tan pronto como reciba la presente, de enviarme mi provisión de heno...» Su granjero recibe la otra carta, la abre y se hace releer el texto, en el que se lee: «Monseñor: he recibido con una ciega sumisión las órdenes que ha tenido a bien cursarme Su Excelencia...»

Pero todo esto no es nada, porque le sucede frecuentemente a Ménalque hacer cosas peores.

Una mañana decide poner orden en su cocina, y se levanta antes de hora, se despide de su compañera, se le ve este día en todos los lugares de la ciudad, menos en el que había concertado una cita expresa para este asunto que le ha impedido almorzar, y que le ha impulsado a salir a pie, por miedo de que su carroza le hiciera esperar...

... En fin, no está presente ni atento con una persona en lo que es tema de conversación. Piensa y habla, todo a un tiempo, pero el tema de que habla raramente es el mismo en que está pensando, de forma que no se expresa muy consecuentemente, y así una y otra vez...

Entonces, ¿qué pueden pensar los otros de este hombre? Es todavía La Bruyère quien nos lo dirá:

... A menudo le tomaréis por lo que no es en realidad: por un estúpido, porque no escucha apenas, y todavía habla menos; por un loco, porque además de que habla solo, tiene ciertos tics y movimientos de cabeza involuntarios; por un hombre agresivo, porque habla de bancarrota en el seno de una familia donde las cosas les van mal, o bien de ejecución y de cadalso, donde el padre ha subido a él y, en fin, de plebeyez delante de unos plebeyos que son ricos y que se hacen pasar por nobles...

Sin duda, el autor (La Bruyère) exagera, por el placer de esbozar una caricatura picante y acerada, para que sirva de ejemplo. Por efecto de la sátira, uno siente la tentación o una voluntad determinada de decir a sus contemporáneos: «¡No imitéis a Ménalque! Sed constantemente dueños de vosotros mismos. Sabed exactamente lo que vais a hacer y por qué lo vais a hacer.» Vista desde esta perspectiva, la actitud de La Bruyère es perfectamente comparable a la cultura psíquica, que debe, precisamente, permitirnos conocer las razones que nos impulsan a actuar, a fin de ayudarnos a emplear nuestra plena potencia en la acción.

Al revés de Ménalque, cada uno debe esforzarse por tener, en todo momento, conciencia de sus motivaciones y de los objetivos que se ha fijado. Es el primer paso indispensable en el camino del éxito.

Para ello, conviene reducir las tendencias desfavorables, despojarse de los sueños estériles, concentrar la voluntad. Pero, para lograrlo eficazmente, precisa ante todo eliminar los pensamientos «parásitos» que rondan por nuestro cerebro. Tarea que resulta mucho menos fácil de lo que generalmente nos complacemos en imaginar, fundamentalmente porque aquellos pensamientos se han establecido sólidamente en el subconsciente y no desean abandonarlo así como así. De hecho, se comportan como los «lemures» de lo Astral que, aprovechándose de un error o de un fallo de carácter, han podido injertarse en una manía con frecuencia anodina, para transformarla en un hábito tiránico y a menudo nocivo.

Esas lesiones del subconsciente siempre son provocadas por una circunstancia grave, y hasta dramática en algunos casos, que nos ha impresionado profundamente y cuyo recurso está tan sólidamente anclado en el fondo de nosotros, que siempre está presente y codifica algunas de nuestras reacciones sin que ni siquiera seamos capaces de sospecharlo. El medio más sencillo para librarse de ellas consiste sin duda en seguir un tratamiento psicoanalítico. Pero los buenos especialistas de ese tipo de

tratamiento son poco numerosos, y su terapéutica suele ser bastante onerosa.

Lo más frecuente es que uno tenga que arreglárselas por sí mismo para librarse de esos fantasmas. El primer paso consiste en obligarles a abandonar su refugio en el subconsciente, desplazándoles al nivel de la conciencia. Mas, como sea que, naturalmente, ignoramos cuáles son los verdaderos engranajes de ese condicionamiento secreto, lo más sencillo consiste en interesarse por reencontrar todos los acontecimientos determinantes de la vida pasada. Para tal menester, es posible ayudarse en la búsqueda relatándola por escrito, bajo la forma de una corta narración, a medida que uno va haciendo memoria. Este método presenta la ventaja de hacer aflorar, al filo de las anotaciones, detalles que, sin duda, uno habría olvidado, caso de haber intentado rememorar simplemente la aventura.

Semejante análisis no se efectúa, por supuesto, en un día. El esfuerzo exigido a la memoria es intenso y no es conveniente exagerarlo, al menos en los primeros tiempos. Por otra parte, cargar de ese modo a la conciencia unos traumatismos profundos, no se hace sin arriesgarse a pasar dificultades. Cuando uno está solo, es evidente que los riesgos se multiplican. Por consiguiente, es preferible proceder por etapas sucesivas.

Pasado algún tiempo, de duración variable en función a las posibilidades de cada cual, nos encontramos en posesión de un pequeño compendio de todas las causas de las distintas inhibiciones. Sólo hace falta examinarlas atentamente, de forma que se puedan separar las que tienen más influencia. Ese método no tardará, en efecto, desde el primer entrenamiento de la voluntad, gracias a la observación de un régimen y al abandono de los malos hábitos, en revelarse determinante. En efecto, únicamente la voluntad es capaz de alejar esos fantasmas, ahora que conoce sus causas. Pero aquí, todavía, es de temer que, sin una ayuda exterior, la sola voluntad sea incapaz de vencer en su empresa. Claro que se puede acudir en su ayuda realizando una pequeña

mise en scène, que no tiene nada de mágica, pero que, sencillamente, permitirá catalizar el esfuerzo.

Después de haber elegido, en la lista de los traumatismos precedentemente esbozada, aquel del que uno desea desembarazarse en primer lugar, se repasan cuidadosamente todas las circunstancias que lo han condicionado. Es necesario que cada una de ellas esté perfectamente presente en la memoria. Después, se enciende una cerilla en un extremo del papel, y mientras éste se consume, con el pensamiento se examinan las causas generadoras del complejo, mientras el paciente se dice a sí mismo que, a partir de ahora, ya no se dejará influir por él. De esa forma, la destrucción material acompaña psíquicamente a la destrucción real. Y del mismo modo que se destruye sobre el papel, se aleja de uno el traumatismo. Por supuesto que esta operación no siempre tiene éxito de entrada, es decir, la primera vez, y puede ocurrir, asimismo, que uno se dé cuenta de que la inhibición continúa estando presente, y hasta quizá más fuerte que antes. Pero esto no es grave, y basta con repetir el «holocausto» tan a menudo como sea necesario para obtener, por fin, el resultado satisfactorio que se desea.

La «depuración» presenta naturalmente un riesgo, que no conviene ser tomado a la ligera. He aquí por qué conviene realizarla con prudencia, procediendo por pequeñas etapas sucesivas. Pretender, en un solo día, desembarazarse de todos estos complejos equivaldría a exponerse a graves contratiempos y a multiplicar las posibilidades de fracaso. Cargarse de paciencia y contentarse con progresar muy lentamente, no atacando una inhibición más que cuando uno esté absolutamente seguro de que la precedente ha sido eliminada, es lo más adecuado. Solamente entonces será posible alcanzar esa libertad psicológica sin la cual sería inútil intentar cultivar la fuerza volitiva.

Este cultivo que ahora vamos a abordar pasa por varias fases, todas ellas solidarias entre sí. Efectuadas por separado, pueden aportar cierto bienestar, lo cual no es en absoluto despreciable. Pero realizadas sucesivamente, permiten recargar el espíritu con una

fuerza de pensamiento que ayudará a vencer todos los obstáculos. Estos períodos, bien conocidos de todos los expertos en magia y de todos los adeptos a las diferentes tendencias esotéricas, son el aislamiento, la meditación, la objetivación, la concentración y, eventualmente, la autosugestión. Pero nuestra civilización occidental no es la única que tiene el privilegio de conocerlos. Un poco por doquier en el mundo, esas prácticas están codificadas y, con frecuencia, desde la más remota antigüedad.

En los himnos ri-védicos —escribe el doctor Albert Schweitzer en su libro Los grandes pensadores de la India—, *se ha mencionado a hombres que se consideraron como superiores al mundo: los chamanes y los hechiceros, llamados más tarde yoguis. Mediante la absorción de la embriagadora bebida llamada* soma, *así como por medio de un entrenamiento ascético y la autohipnosis, saben practicar el éxtasis. En este estado de trance, se tienen por seres poseídos por los dioses y también, o por eso mismo, se creen dotados de facultades sobrenaturales.*

Por lo tanto, primer punto, los yoguis, igual que nuestros hechiceros, a veces recurren a un producto alucinógeno. Pero, al propio tiempo, practican regularmente un entreno ascético y la autohipnosis. Y esto es tan cierto como que el gran médico de Lambarene, prosigue diciendo:

... Es concentrando su pensamiento sobre sí mismos y sobre lo supraterrestre como los yoguis adquieren la facultad de caer en éxtasis y de hacer la experiencia íntima de la unión con lo divino.

Lo cual no les impide en absoluto llevar una existencia bien normal y hasta tener un hogar, como describe muy bien el doctor Schweitzer:

... Tal es la vida del brahmán en el seno de su familia y en su ámbito, hasta el momento en que sus hijos han fundado a su vez una familia. Entonces, el brahmán se retira del mundo. Se dedica a partir

de ese momento al ascetismo, a la meditación y a la práctica de la concentración, gracias a la cual, fijando su espíritu sobre sí mismo y sobre el Universo, alcanza el éxtasis...

Aislamiento, ascetismo, meditación, concentración, autohipnosis, plantean las mismas condiciones. Pero los brahmanes o los yoguis tienen además algunas facilidades que nosotros no poseemos, y al decir nosotros, nos referimos a los occidentales. Y esas facilidades, ellos las deben principalmente a la práctica de una gimnasia particular: el yoga: se ha comprobado, en efecto, que determinadas posiciones facilitan el trabajo, o por el contrario, el reposo del pensamiento. El papel desempeñado por esta gimnasia, que a veces invita a sonreír, es determinante. Efectivamente, la traducción exacta de la palabra hindú es «yugo». Así, el yoga tiene básicamente por objeto el acoplar cuerpo y espíritu, y reconciliarlos y unirlos para una misma tarea.

Por otra parte, es sintomático comprobar que entre los ejercicios fundamentales de esta gimnasia figura la práctica cotidiana de la respiración profunda. Los yoguis, en efecto, están íntimamente persuadidos de que tal ejercicio les permite apoderarse de las fuerzas del medio ambiente gracias al aire que respiran.

Esta respiración es exclusivamente nasal, dado que las aletas de la nariz poseen terminaciones nerviosas que actúan directamente sobre la anchura torácica. Además, las modificaciones respiratorias tienen una influencia nada despreciable sobre determinadas células y pueden, por ello mismo, actuar sin intermediarios sobre la tensión nerviosa.

Para ser verdaderamente profunda, y por consiguiente eficaz, esta respiración ha de hacer entrar en juego la totalidad de la caja torácica: en un primer tiempo, el aire ha de ser impulsado hasta el fondo de los pulmones por la acción de los músculos abdominales, luego se produce la acción de los músculos costales que permiten oxigenar el nivel intermedio y, finalmente, el de la parte superior de la caja torácica. La expiración se realiza en sentido

inverso. Es decir, que comienza por arriba y termina por abajo. Sin embargo, es fundamental no expirar inmediatamente después de haber inspirado el aire contenido en los pulmones, para dejar a éstos el tiempo de transmitir a la sangre el oxígeno de que tiene necesidad y a las fuerzas vivas el que ha de fijarse en el cuerpo.

Esta técnica respiratoria, por otra parte, ha sido considerablemente mejorada por la práctica de la respiración mediante alternancia de las aletas nasales. Con la mano derecha, y únicamente con ésta, el yogui se tapa alternativamente una u otra aleta nasal, esforzándose por llenar del modo más completo posible su caja torácica gracias al método precedente. Después, pasa a la expiración total. Esta manera de respirar tiene por objeto «cargar» en *prana* (es decir, en energía vital) los *nadis* (o canales) que corresponden a cada una de las fosas nasales. De ese modo se crean dos corrientes, una positiva y otra negativa, que se enlazan, enrollándose, alrededor de un tercer *nadi* central. Cosa que no se logra sin antes evocar la imagen de la varita de laurel o de olivo, alrededor del cual se enlazan dos serpientes. Pero no se debe olvidar que, antes de haber sido elegido como emblema del cuerpo médico, el caduceo era uno de los atributos de Hermes que, para los griegos antiguos, era el dios de la magia.

Es por tanto al yoga a quien vamos a pedir una primera ayuda. Esto nos introducirá y facilitará el ambiente necesario a todo esfuerzo de cultura psíquica.

Es absolutamente indispensable que el hombre pueda encontrar, en medio del tumulto cotidiano, momentos de calma y de reposo, siempre con objeto de recargar sus baterías nerviosas, que se gastan a una velocidad extraordinaria en nuestro mundo moderno. Esta necesidad la siente todo el mundo. Es importante saber aislarse, donde se pueda y sean cuales fueren las circunstancias. Se dice, también, que fue a ese método al que Napoleón debía su formidable vitalidad: innúmeras veces, sus ayudas de campo pudieron comprobar que el Emperador se retiraba, y que, permaneciendo de pie, inmóvil, parecía dormir. Sin embargo, no había nada de eso en la actitud de Napoleón, y si uno de sus ayudas se le acercaba para comunicarle una noticia importante, podía observar que el Emperador se encontraba en posesión de todas sus facultades. Pues bien, el yoga posee justamente una «figura», cuyo objetivo es permitir al que la realice aislarse del entorno y borrarlo, como quien dice, con un golpe de varita mágica. Esta «pose» se realiza de pie, y es muy probable que sea la misma que practicó el Emperador. No hay nada, en efecto, que nos prohíba pensar que, ya fuese en Egipto o en el mismo París, alguien pudiera enseñarle a Napoleón los rudimentos de esta bienhechora gimnasia, ni que él no la hubiera practicado.

Dicho esto, sería absurdo pensar que tal postura se pueda realizar en no importa qué lugar ni cómo. Sólo los poetas creen todavía que uno puede estar solo en medio de la multitud. Tal vez en ella no haya un solo amigo nuestro, pero la multitud está presente, y existe, y vibra. La multitud tiene sus ruidos propios, su movimiento, y sería preciso estar ya muy adelantado en el camino de la cultura psíquica, para conseguir hacer, voluntariamente, una abstracción de todas esas fuentes de distracción.

Primera precaución a recomendar es pues la de elegir un lugar apartado y, si es posible, a cubierto de miradas ajenas. No hay nada más molesto que verse interrumpido en mitad de un ejercicio por un familiar que viene a preguntar cualquier estupidez, o sentirse observado por personas que la inmovilidad necesaria intrigará y que no dejarán de dudar respecto a la solidez mental de quien están observando.

Una vez encontrado el lugar adecuado, nos pondremos erguidos, pero con los pies y los talones juntos, los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, puños cerrados y los pulgares hacia adelante. Luego, ya bien asentados sobre los pies, intentaremos relajarnos totalmente, comenzando por la parte superior del cuerpo. Los músculos del cuello se relajan, poco a poco. La postura, aun manteniéndose perfectamente equilibrada, pierde rigidez. Los puños, si es-

taban crispados, se aflojan. Los músculos de las piernas, también. Los pies se templan, y se aflojan con tanta mayor facilidad, por cuanto se supone que uno ha tomado la precaución de descalzarse. Finalmente, viene el momento de la relajación total y, si la posición es correcta, no hay que temer el menor riesgo de caída. Entonces se experimenta una sensación extraña. Uno tiene la sensación de hundirse en el suelo y de ser protegido como por un estuche o muro infranqueable del mundo exterior.

Ha llegado el momento de bucear en uno mismo, en sí mismo, de concentrarse y encerrarse sobre el propio ser.

Si la relajación es total, las ideas acudirán en masa para desfilar como una película por el cerebro. So pena de perder una parte del beneficio del reposo buscado, no sigamos ninguna de ellas en particular. Después de algunas sesiones de entreno, resulta posible llegar a un estado de perfecta distensión mental, al menos por espacio de algunos segundos. El reposo que proporciona esta distensión es inmenso, mucho más eficaz que el que se consigue con el sueño. En efecto, incluso durante los más profundos estados de sopor, el espíritu no se halla jamás en estado de reposo. Las ideas continúan su camino. La imaginación trabaja. Las cosas más anodinas vivaquean en esa especie de consciencia que nos hace soñar. Y cuando esta agitación es demasiado intensa, acontece que uno se despierta bruscamente, quebrantado y todavía más fatigado que si no hubiese dormido.

Nada de todo esto se produce durante el aislamiento voluntario. El espíritu, libre de toda idea, recupera en uno o dos segundos parte de las fuerzas que ha gastado durante los esfuerzos precedentes. Cuando pone fin a este estado de semiletargia en el que se ha sumergido, el sujeto comprende que se ha convertido en un hombre nuevo, disponiendo de una energía intacta y, por consiguiente, dispuesto a reanudar con nuevo ardor la prosecución del objetivo fijado.

Aunque no siempre resulte cómodo, cuando se vuelve a sentir la necesidad de «recuperación», de

aislarse de ese modo, casi siempre es posible practicar una forma de aislamiento más o menos elaborada. Basta, por ejemplo, con cambiar completamente de preocupaciones, sumergiéndose durante unos minutos en una lectura que no tiene nada que ver con la tarea en curso. Un breve paseo es asimismo otro excelente derivativo. La marcha, al imponer un esfuerzo físico maquinal que no exige ninguna participación activa del cerebro, facilita la vacuidad intelectual, y puede ayudar en la prosecución de una idea. ¿Cuántos hombres de negocios, cuántos personajes de «élite» inician a lo largo y ancho un corto paseo, mientras dictan su correo o desarrollan —dictándolo también— un detalle de determinado proyecto? Así como M. Jourdain (el famoso personaje de Molière) hablaba en prosa sin saberlo, estas personas realizan un ejercicio de relajación intelectual, aun ignorándolo.

Sin duda, estos medios empíricos no pasan de ser simples sucedáneos, y sería inútil esperar de ellos los mismos beneficios que reportaría un aislamiento total, practicado según los métodos de los yoguis.

Pero el bienestar proporcionado por el aislamiento no debe ser considerado como un fin en sí mismo. Es muy agradable, cuando uno está convenientemente entrenado, poder prepararse de ese modo y a voluntad para empresas difíciles, o reanudar y reparar fuerzas si se siente la necesidad de ello. Pero es, sin embargo, insuficiente, si uno quiere procurarse realmente la posibilidad de actuar sobre su destino y realizar sus ambiciones.

Por lo tanto, el aislamiento no es más que una preparación para otros ejercicios que, reforzando a su vez la fuerza volitiva, conducirán hacia el éxito.

Ya hemos visto que, durante el aislamiento, era absolutamente indispensable dejar volar los pensamientos, o sea, no seguir el argumento de ninguno —de ninguna idea— y, en fin, no detenerse en cualquier posible sugestión. Pero cuando la vacuidad intelectual ha sido obtenida y mantenida durante el tiempo que uno se había fijado, se puede pasar a una fase creadora. Recuperando la conciencia de los

objetivos que se había fijado, entonces es preciso captar todas las ideas que se presentan y que están en relación con tales objetivos. Existen todas las posibilidades para que sean las mejores que uno pueda tener. En efecto, estas ideas tendrán desde el principio la ventaja de haber sido engendradas por un cerebro descansado, disponiendo, como ya hemos visto, de toda su potencia. Además, viniendo después de un período de distensión, en el que uno se habrá olvidado por completo del problema que le preocupaba hasta entonces y de todos los obstáculos que se levantaban en su camino, dichas ideas serán (casi todas) presentadas bajo una nueva luz. En fin, es poco menos que obligado admitir que durante el corto período en que la conciencia habrá estado disponible, ésta fácilmente habrá podido recibir las órdenes o directrices del inconsciente, algo así como la contestación a una pregunta formulada a la memoria de un ordenador se imprime sobre la cinta virgen. Es precisamente en esta fase que el sujeto se da cuenta de la importancia de los ejercicios destinados a expulsar las inhibiciones. En efecto, si ocurriera que una de ellas fuese todavía muy fuerte, serán esas directrices las que se opondrán en primer grado y habrá, por consiguiente, una gran posibilidad de apostar que tales inhibiciones son de signo nefasto.

Por supuesto, no se debe olvidar que, durante el período de vacuidad, el espíritu es más vulnerable que nunca. Es un momento de elección para los parásitos de lo Astral, que se pueden aprovechar de ello para asentar su poder y reforzar la dependencia en que ya tienen sometido al sujeto. Precisa por lo tanto decir que, por anodino que parezca, este ejercicio no se realiza sin correr algunos riesgos, caso de entregarse al mismo sin antes observar escrupulosamente las prescripciones que preceden. Ensayarlo demasiado pronto equivale a buscarse complicaciones sin número, y a anular los esfuerzos anteriores. El juego no vale la apuesta, máxime por cuanto si el sujeto es perfectamente dueño de sí mismo, esta vacuidad le permite acoger todas las

sugestiones que puedan enviarle las entidades bienhechoras de lo Astral.

Corolario de la meditación, a partir de ahora la objetivación va a permitirle realizar las ideas que haya tenido. Pero, desembarazadas de su contexto instantáneo, de esa especie de euforia en la que fueron concebidas, existen grandes posibilidades de que entonces le parezcan utópicas. Los obstáculos contra los que se enfrentaba antes, y cuya imagen paralizadora había podido ser apartada gracias al aislamiento, vuelven a cruzarse de nuevo en su camino. Además, las tentaciones, asimismo olvidadas, se dejan sentir nuevamente. Pereza, deseo de distracción, rechazo del esfuerzo, le hacen ver los obstáculos como insuperables. Sin embargo, no hay nada de eso y, como sea que las ideas que tuvo durante este estado privilegiado son indudablemente las mejores, habida cuenta de la situación y de las ambiciones, precisa aplicarlas. Es absolutamente necesario, durante un primer tiempo, rechazar las tentaciones. Esto se consigue con bastante facilidad, imaginando lo que se produciría de desagradable si cediéramos a la tentación. Esa representación imaginaria debe ser lo más precisa posible. Y debe desarrollarse como un filme ante el cerebro. Una sucesión de imágenes es, en efecto, mucho más elocuente que la repetición de simples conceptos abstractos.

A continuación, se puede imaginar, siempre del mismo modo, lo que sucedería si uno se mostrase más fuerte que los estímulos exteriores. Y es sobre todo aquí donde conviene representarse las escenas del modo más concreto posible.

Una vez que uno está decidido a reemprender la tarea que se había fijado, es necesario examinar la validez de las ideas en función del objetivo perseguido. A poco que uno haya conseguido neutralizar totalmente la influencia de los estímulos exteriores, el examen podrá desarrollarse de un modo perfectamente objetivo. Este trabajo es, en efecto, de una importancia capital. Estando claramente fijado el objetivo a alcanzar, corresponde a la razón examinar los medios que uno va a procurarse para salir

airoso. Siempre mediante el mismo método, uno se imaginará el desarrollo de las operaciones. Las diferentes escenas que van a sucederse permitirán, cada vez, trazar un plan, examinar sin falsa indulgencia el valor de las ideas emitidas y la resistencia de los obstáculos antes de encontrar finalmente un medio para derribarlos o eludirlos.

Esta fase de *mise en scène*, de concepción de un plan, es capital. Es de ella que dependerá el éxito. Por lo tanto, debe ser realizada con circunspección, con prudencia. Y por supuesto, es preferible, al principio, no realizar toda esta serie de operaciones más que para objetivos limitados. De ese modo, aislamiento, meditación y objetivación nos permitirán engarzar todas las piezas del vasto *puzzle* que constituye la conducción de una empresa hacia un objetivo definido. Una vez todas esas piezas estén cuidadosamente arregladas y dispuestas, una última sesión permitirá reunirlas, preparando así el plan conjunto, que es el que deberá conducir al éxito. Máxime, cuando después de esta última fase conduciendo a la concepción de conjunto, el espíritu se beneficiará de varios factores favorables. El primero de ellos, y sin duda el menos despreciable, será la potencia adquirida por la voluntad a base de entrenamiento. Pero no se debe olvidar también que durante todas las etapas intermedias la voluntad habrá vuelto a encontrarse dirigida hacia un objetivo. Y ya hemos visto en el capítulo anterior que cualquier voluntad dirigida hacia un objetivo crea en lo Astral unos factores favorables para el cumplimiento de sus ambiciones claramente expresadas. Es así como se encuentran corrientes capaces de ayudar a la puesta en práctica de un plan realizable y eficaz.

Este plan, una vez ya está perfilado, pongámoslo en práctica. Esta parte del trabajo, por concreta que sea, no debe hacernos olvidar toda la importancia de los estudios precedentes, y sólo debe ser emprendida cuando dichos estudios ya no se podrán perfeccionar más.

Después de lo cual, nadie pondrá en duda que se consigue más fácilmente el éxito cuando uno se

aplica a una sola tarea exclusivamente. Se trata ahora de concentrarnos en la realización de las diferentes etapas del plan que hemos trazado, hasta salir airosos, sin preocuparnos de las siguientes etapas, y sin dejarnos distraer por las influencias exteriores.

Sin embargo, a veces es muy difícil abstraerse completamente del entorno. Locales supercargados, colegas tan intempestivos como bienintencionados, vienen a menudo a perturbar el curso de una experiencia que, por el contrario, exigiría ser efectuada en la calma y el retiro. Para escapar a todas estas ocasiones de distracción, un entreno —¡todavía uno!— se impone: condicionar el espíritu a no dejarse llevar jamás fuera del camino que debe ser el suyo, o, si llega a extraviarse, proporcionarle los medios para reaccionar lo más rápidamente posible. Este entreno de concentración voluntaria necesita poco material: un simple juego de cartas o de dominó puede servir perfectamente para el caso. Se sacan pues algunas piezas (cartas o dominó) al azar, y se intenta concentrarse el máximo posible durante un tiempo dado (treinta segundos, por ejemplo) sobre las imágenes o las cifras que figuran en dichas piezas. Después de lo cual se cambia de lugar y, concentrándose nuevamente, se intenta representar en la memoria las imágenes que deben ser grabadas. Este punto es capital: son las imágenes lo que debe aparecer en la memoria, y no el concepto que viene representado en la carta o la ficha de dominó. De modo que uno no debe decirse: «Había el rey de espadas», sino ver la imagen del rey de espadas sobre la mesa. Una vez se ha conseguido la representación global del conjunto de cartas, sólo falta anotar las figuras que la componen y comparar con el juego dispuesto sobre la mesa.

Comenzando tan sólo con algunas cartas, se llega muy pronto a multiplicar el número de figuras que es posible recordar. Lo que permite al propio tiempo desarrollar las facultades de concentración y la memoria.

De ese modo, poco a poco, el espíritu aprenderá a dirigirse hacia el objetivo que le ha sido asignado,

sin verse molestado por las influencias exteriores, de cualquier suerte que sean y procedan de donde procedan.

Pero la concentración no tiene tan sólo esta utilidad. Ya hemos visto, por los contactos que se producen entre el doble astral personal y el conjunto de lo Astral, que es posible actuar a distancia sobre otras personas, animales y hasta vegetales como las flores. Más adelante veremos cómo la voluntad también puede intervenir a distancia gracias a la concentración sobre una imagen precisa, y sobre un objetivo preciso.

Dicho esto, los diferentes estadios que acabamos de enumerar necesitan de parte de quien intenta dominarlos una suma de esfuerzos considerable, capaz de detener en su camino a los más voluntariosos. Claro que pensar esto sería un grave error, máxime si recordamos que cada cual puede encontrar en el fondo de sí mismo la ayuda inesperada de la autosugestión. Gracias a ella, en efecto, es posible superar buen número de obstáculos que, poco antes, se habrían creído imposibles de vencer.

Cuando se piensa en la autosugestión, inmediatamente suele evocarse el famoso «método Coué», que consiste en repetirse, durante tanto tiempo como se precise para convencerse de ello, una afirmación de las más simples. El único resultado tangible de ese modo de proceder es el persuadirse a uno mismo y conducirse luego en consecuencia. Pero no hay nada que demuestre, sin embargo, que los demás tengan la misma convicción que uno mismo: no basta con repetirse que un Apolo palidecería de celos al ver su apuesto tipo (de usted) para que todas las mujeres piensen igual.

Mucho más eficaz, por el contrario, es el método que consiste en autosugestionarse con la ayuda de imágenes precisas, durante un período de intensa concentración. Si se trata de seducir, uno puede por ejemplo representarse la escena durante la cual declarará su amor e imaginar en seguida su triunfo. Desde entonces, el plan de batalla estará trazado y, estando íntimamente convencido que no es de temer

un fracaso, usted se sentirá capaz de partir al asalto de la virtud más intachable.

También precisa saber que las aplicaciones de la autosugestión son muy numerosas. La autosugestión puede ser empleada principalmente con eficacia para conseguir la curación de enfermedades benignas. Todo el mundo sabe muy bien que quienes rehúsan «auscultarse» son mucho menos sensibles que los demás a las pequeñas afecciones, gripes, anginas, etc. Es porque existe en ellos, en su interior y en su ánimo, un rechazo voluntario de la enfermedad, y que han llegado a persuadirse, autosugestionándose, que la enfermedad no tiene nada que hacer con ellos.

A la inversa, quienes repiten que no pasarán el invierno sin atrapar un buen resfriado, tienen todas las probabilidades de pescarlo, o sea, de ver cómo se verifica su pronóstico en la medida en que, autosugestionándose, preparan sin darse cuenta el terreno a los microbios.

Todo ello demuestra sencillamente que la posibilidad de sugestionarse a sí mismo no es ninguna quimera. Lo importante es saber orientar dicha posibilidad en la dirección del objetivo elegido, y utilizarla al máximo para que tenga éxito, y persuadirse finalmente de que este éxito no debe escapársenos en absoluto. Porque, acabamos de verlo, sin la ayuda de nadie es posible superar los desánimos pasajeros, y avanzar por el camino, a veces repulsivo, de esta cultura psíquica que el Ménalque de La Bruyère habría tenido, ¡también él!, algunas posibilidades de recorrer...

IV

IMPRESIONAR AL ADVERSARIO

—Acusado, ¡levántese!

Me levanto. Un silencio total reina en la sala, las respiraciones están contenidas, mi corazón late ligeramente más de prisa. Los jueces me miran y bajan la cabeza, y muestran cariz avergonzado.

—Acusado, habiendo fallado «sí» los jueces a todas las preguntas, excepto una, la de premeditación, está usted condenado a cumplir una pena de trabajos forzados a perpetuidad. ¿Tiene usted algo que alegar?

Yo no he chistado, mi actitud es normal, y aprieto algo más fuerte la barra de madera en la que me apoyo.

En algunas frases, Papillon acaba de describir uno de los momentos cruciales de su vida. Un momento al que tuvo que hacer frente. Cuando la sentencia fue pronunciada, «no chistó». ¿Acaso no exagera un poco? El anciano presidiario de carácter exuberante y un poco vanidoso tenía cuando menos el temple de quienes asisten a su condena a muerte lenta sin pestañear.

Si hemos de dar crédito a los escritores, todos los hombres de acción son así. Los James Bond, Lemmy Caution y otros OSS 117 tiene en común «una mirada fría y dura como el acero», un rostro impasible, una sangre fría a toda prueba. Pero, tanto si

somos como no somos aficionados a las novelas policíacas, hay que convenir que ese retrato, por estereotipado que sea, no deja de tener algún fondo de veracidad.

En efecto, basta con observar un momento a esos hombres, de los que corrientemente se dice que «todo les sale bien», para advertir que, igual que los héroes brotados de la imaginación de los novelistas, siempre se mantienen dueños de sus reacciones y de su fisonomía. Saber no dejar transparentar los sentimientos que os agitan, mostrarse capaz de no dejarse vencer jamás por ellos, y, en fin, mantenerse constantemente en actitud de impresionar a vuestro adversario, mientras hacéis triunfar las propias ideas, tales son las leyes fundamentales del éxito. Para ello, es indispensable conservar siempre presente en el interior de uno el objetivo que se persigue y saber mantener sobre los nervios el indispensable ascendente sin el cual uno se convierte en juguete de las circunstancias.

Ya hemos visto cómo sopesar estas posibilidades y establecer un plan preciso.

También hemos visto el modo de dominar el propio cuerpo y de dominar sus instintos.

Estas tareas, ingratas y difíciles, no han de quedar estériles. No conviene que, por una falta de emotividad mal controlada, la concentración de estos esfuerzos conduzca a un fracaso. Terminado el trabajo solitario, entonces es sobre el terreno donde conviene actuar. Y comienza la parte más difícil de realizar. La cual comienza siempre por un contacto físico. Entre la realización de las ambiciones y uno mismo, se encuentra obligatoriamente alguien que precisa apartar o convencer. Hay varios medios a nuestra disposición: los medios directos, fundados en las relaciones recíprocas, y los medios indirectos, más insidiosos, que se pueden emplear a distancia.

Depende a menudo de la primera entrevista todo el éxito de la operación. Sin duda, es mucho más fácil imponerse personalmente que actuar, desde lejos, sobre la voluntad de un interlocutor. Por de pronto, cuanto más fructífero haya sido el contacto personal, mayor será también la eficacia de la suges-

tión a distancia, a la que se podrá recurrir posteriormente. Para imponerse a ese adversario que se quiere transformar en aliado, disponemos de tres medios privilegiados: primero, la actitud, que ha de ser firme e impasible, pero respetando las contingencias impuestas por la situación; después, la palabra, que ha de saberse utilizar de forma progresivamente persuasiva o autoritaria, según sean las circunstancias, y finalmente, la mirada, que debe acompañar y reforzar la acción de los dos primeros factores.

La actitud general puede contribuir a dar seguridad, o por el contrario, a restar seguridad, según que se controle más o menos bien la situación. Por supuesto, mostrar señales de enervación, de fatiga o de cólera, equivale a descubrirse, a ofrecer a quien hay que llamar adversario los medios de conocer nuestros verdaderos objetivos y, por ello mismo, indicarle los fallos de nuestro carácter (mejor dicho, de nuestra «coraza»). La impasibilidad es indispensable en todas las conversaciones, tanto si éstas se desarrollan dentro del marco austero de un despacho de director, como si se desenvuelven delante de un faisán asado.

Antes de una entrevista importante, es necesario ponerse en condiciones, con objeto de no dejar transparentar ni satisfacciones ni decepciones que puedan nacer de este encuentro. En este caso, más que nunca, el régimen alimentario debe ser estrictamente observado. Los excitantes, y de modo particular el alcohol, perjudican gravemente lo que los ingleses llaman el *self-control*. Evitarlos al máximo es conveniente y, si uno no es capaz de hacerlo, procúrese al menos tomar alcohol en cantidades muy moderadas. Se han de prohibir formalmente: el pequeño *doping* rápido, en el bar de enfrente, antes de subir al ascensor, o los aperitivos demasiado abundantes antes de una comida de negocios.

Dicho esto, la impasibilidad, como todas las otras exterioridades de la voluntad, también se cultiva. Unos ejercicios repetidos pueden procurar, tanto al más emotivo como al más nervioso, esa apariencia sólida que hace decir que nada, absolutamente

nada, les puede afectar jamás. Este entreno es en la vida de todos los días donde se muestra más eficaz. Cada instante de la vida nos proporciona ocasión de perfeccionar nuestro dominio. Así, un estallido de grandes risas, si bien forma parte de la tradición rabelaisiana, resulta infinitamente peligroso; representa un gasto inútil de influjo nervioso, e igualmente puede dar una mala opinión de quien se abandona a semejante expansión.

Toda señal de enervación entraña una pérdida de fuerza volitiva, al propio tiempo que da ocasión a quien la ha provocado de tomar una ventaja considerable.

Si alguien le cuenta una historia divertida, basta una sonrisa para demostrar que usted ha captado su intención y que la ha sabido apreciar en toda su sal. Si un inoportuno viene a interrumpirle en mitad de un trabajo urgente y delicado, es inútil mostrarse grosero, porque ello equivaldría a concederle una importancia que no tiene en absoluto. Lo mejor es actuar como si el inoportuno no existiera. Pasados unos pocos minutos, se marchará. Si no sucede así, usted le explica firmemente, pero cortésmente, también, que está de sobra. El inoportuno se irá y usted se habrá evitado de ese modo un estado de ánimo que habría podido perjudicar gravemente su necesaria concentración para llevar a buen fin el trabajo que estaba realizando.

Las ocasiones de experimentar su impasibilidad de esta manera son numerosas, y sería prolijo enumerarlas. No obstante, este entrenamiento puede perfeccionarse con ejercicios complementarios —y solitarios— que tienen, además, la ventaja de permitir cultivar el dominio de su fisonomía. Es posible, por ejemplo, colocándose delante de un espejo, ejercitarse en conservar un semblante impasible, incluso cuando uno está pensando en cosas tristes, desagradables o terroríficas. Yendo más lejos, después es posible entrenarse en hacer adquirir a la expresión del rostro los estigmas de un sentimiento radicalmente opuesto al que uno se esfuerza en demostrar. También en este caso, conviene proceder solamente por pequeñas manifestaciones. El triun-

fo no se expresa por una sonrisa sardónica, sino por una llameante mirada, solamente acompañada de un fugitivo movimiento de los labios. El fracaso se manifiesta de la misma manera. Cuanto más elevada es la apuesta, más difícil es la partida, y menos han de aparentarse las reacciones, incluso cuando son simuladas. Porque es preciso decir que si uno pretende descubrir las intenciones de su interlocutor, éste por su parte hace lo mismo. Nada se le escapa, ni las exageraciones ni las amenazas.

Pero la impasibilidad, por sí sola, no es suficiente para asegurar el éxito. Es necesario que además la presencia física esté servida por una alocución clara y persuasiva. Para ello, siempre es bueno desembarazarse de todo cuanto pueda molestar al interlocutor: principalmente, un acento particular.

Cierto, existe un buen número de oradores, principalmente en el mundo político, que cimentaron bastante su celebridad en las entonaciones de su terruño. Pero, sin embargo, continúan siendo excepciones. Pretender imitarlas equivaldría a correr un riesgo inútil. Por supuesto, todos los medios hoy en uso en los cursos de dicción pueden ser empleados para «calentar» la voz, desde el banal lápiz colocado a través de la boca hasta la declamación de obras en verso, siendo lo esencial adquirir una dicción reposada y perfectamente inteligible.

Durante una entrevista importante, mantengamos esta regla siempre presente en nuestro ánimo: lo que se concibe bien se enuncia claramente, sin precipitaciones. Cuando uno sabe hacerse escuchar, no existe interlocutor alguno, por apresurado que pueda ser, que no acepte escuchar hasta el final lo que se le tiene que decir. Dentro de esta óptica, es necesario tener siempre en la memoria el objetivo que uno se propone alcanzar.

Cada palabra, cada frase, sólo deben ser pronunciadas en función de ese objetivo. Unicamente una tensión razonada de la voluntad permite lograrlo sin caer en la exageración. El dominio de sí mismo es más indispensable que nunca.

Si, por su parte, el interlocutor intenta desviar la conversación, es señal que sus defensas ya están

seriamente afectadas. La ventaja es considerable. No se le debe dejar tiempo de reaccionar. Por el contrario, entonces conviene llevarle, sin precipitación ni brutalidad, pero también con firmeza, hacia el terreno que uno ha elegido.

En todos los casos, el acento más persuasivo es el de la sinceridad: cuanto más penetrado está uno de la justicia de sus propósitos, mayor es la posibilidad de convencer. La certeza de que los acontecimientos deben desarrollarse del modo que hemos definido en el «plan de batalla» es el más sólido argumento que se puede esgrimir y desarrollar. Ante todo, porque refuerza nuestra confianza en nosotros mismos, y después, porque ofrece al interlocutor una línea de conducta simple y rápida.

Un plan indiscutible, madurado según las indicaciones del capítulo anterior, proporciona esta íntima convicción. Su prosecución sistemática evita las pérdidas de tiempo, el abatimiento o la pérdida del *self-control*.

Pero la prestancia y la elocuencia, por sí solas, no bastan para asegurar definitivamente el éxito. Convencer no es tan sólo adormecer a alguien bajo un alud de palabras. Es ante todo, mejor dicho, equivale en primer lugar a dejar una impresión perdurable, que forzará, sin tardanza, al interlocutor a reflexionar sobre lo que se le ha dicho, a sopesar el pro y el contra de las sugerencias que se le han hecho, y, finalmente, a reconocer que el pro se impone sobre el contra. Pero semejante resultado no se puede conseguir más que por una acción determinante de la mirada. En la medida en que uno ha sabido, durante una entrevista, cautivar con su mirada la atención de su interlocutor, es decir, crear una especie de fascinación, resultará mucho más fácil proseguir cautivándole, a distancia, para influir en sus decisiones.

Muchas personas, sobre todo entre las más importantes, se consideran unos finos psicólogos y fundan gran parte de su conducta en la primera impresión que causan. Se trata, desde el primer segundo, de cautivar a sus interlocutores, hasta el extremo de que no puedan ya, a continuación, ni olvidar a

su visitante ni, mucho menos, su requisitoria. Esta es su táctica, para la cual se fundan en un solo medio: mantener constantemente fija su mirada sobre la persona que les recibe. Si esta persona está sentada detrás de una mesa de despacho, manipulando algunos papeles para mantenerse relajado, entonces conviene esperar sin quitarle los ojos de encima que dicha persona levante la cabeza. De ese modo, la primera cosa que ella conocerá de usted será su mirada y, si ésta está convenientemente educada y bien dirigida, la primera impresión que usted dejará será imborrable.

Para ser eficaz, la mirada debe ser abierta, franca y fija. Conviene evitar la ojeada por encima del hombro, un si es no es irónica. Es preciso hacerse pasar por un hombre a quien «no se le toma el pelo», es decir, por un hombre de carácter. Este es el primer punto. No conviene dejar la impresión de alguien de quien uno debe desconfiar. En efecto, jamás se ha de olvidar que si los ojos están hechos para ver, también están colocados de tal modo que no pueden evitar ser vistos. Además, si el globo ocular recibe los rayos luminosos, es asimismo tan cierto que también emite (o reenvía) él mismo una radiación. Los poetas siempre han sostenido que el ojo es el «espejo del alma». No es inverosímil admitir que bajo esta encantadora metáfora se oculta una realidad física. No hay nada en efecto que impida pensar que después de su paso por la retina los rayos luminosos sean inmediatamente reenviados, o reflejados como por un espejo, no sin ser «cargados» durante este corto instante, con un flujo de potencia volitiva.

Sea lo que fuere, no es posible negar esa «proyección» ocular, demostrada en diversas ocasiones por experiencias de laboratorio. Así, algunos médiums consiguen hacer mover, con la simple potencia de su mirada, un péndulo fijo situado a cierta distancia. De igual modo, muchos médicos y físicos han conseguido imprimir una imagen sobre un clisé fotográfico virgen, después de haber fijado sobre el mismo su mirada durante un tiempo más o menos

prolongado, que varía generalmente entre quince minutos y media hora.

Se comprende desde entonces todo el interés que hay en no quitar el ojo de la persona que se intenta convencer. A la acción persuasiva de la palabra viene a añadirse el contrapunto de una sugestión más sutil, pero no menos eficaz, transportada por las ondas de la mirada.

Por supuesto que no se mira de cualquier modo a una persona, sobre todo si esa persona es importante, sin peligro de indisponerla y de conseguir el resultado contrario al propuesto. Puede resultar molesto mirar fijamente y de modo continuado a los ojos del interlocutor. Después del primer contacto, es preciso volver la vista y no fijarlos de nuevo sobre las pupilas del adversario, sino sobre la base de su nariz. Cuando uno siente que esa insistencia acaba por ser molesta, puede resultar útil desviar su rayo visual hacia otra parte del rostro sin, no obstante, apartarse demasiado de la región frontal. Después, tan pronto como uno percibe que la molestia se ha disipado, debe intentar, con la máxima rapidez posible, efectuar una nueva «toma» de mirada.

Sea lo que fuere, es preciso evitar desvelar los propios argumentos decisivos en un momento en que el interlocutor no esté «preso» bajo la presión de vuestros ojos. La acción de la mirada es en ese momento absolutamente indispensable para hacer triunfar vuestros argumentos.

Sin embargo, puede ocurrir que el adversario rehúse esa confrontación directa y que busque, bajo cualquier pretexto, escapar de esa mirada contra la que no se siente con fuerzas para luchar. Importa, desde entonces, no dejar escapar esta posibilidad de victoria y hacer volver, por todos los medios, los ojos del interesado sobre vuestra persona. Esto se puede lograr entregándole un documento referente al asunto en curso, o mediante cualquier otro subterfugio. Si este proceder se demuestra sin efecto, entonces se puede proceder «a los pases visuales», cuyo efecto magnético y persuasivo es, sin lugar a dudas, muy positivo.

Estos «pases» consisten en emitir mentalmente sugestiones complementarias sobre el discurso que uno está en trance de sostener, y en mirar fijamente la parte de la cabeza de vuestro interlocutor que está más cerca de usted. Entonces, se hace resbalar muy lentamente la mirada a lo largo del cuerpo, hasta la cintura, sin jamás pasarla sobre el brazo pero siguiendo, ya sea la línea o perfil del pecho, ya la de la espalda. Desde entonces, todo sucede como si uno hundiera profundamente la sugestión dentro del cuerpo del sujeto. Pero conviene, por supuesto, cuidarse de no actuar en sentido inverso, pues por el contrario, entonces se haría «salir» la sugestión, con el evidente riesgo de perder de ese modo, y en cosa de unos pocos minutos, el beneficio conseguido durante la conversación.

En fin, para que esta sugestión sea perfectamente eficaz, importa que uno esté íntimamente convencido de su eficacia. Para ello, basta con emplear el método de «las imágenes», tal como ya lo hemos definido en el capítulo anterior, es decir, representarse el rostro de nuestro interlocutor tal como debería ser si uno hubiera ganado indiscutiblemente la partida. Esta representación mental, mientras refuerza la confianza personal, será proyectada por los rayos oculares hasta el subconsciente del interlocutor e, imprimiéndose en él, le impulsará a ceder.

Claro que sería inútil creer que en su estado natural la mirada posea semejante potencia. Esta sólo existe de hecho en estado latente y, para desarrollarla, es preciso dedicarse a una serie de ejercicios que se verán mayormente facilitados en la medida que el presente entreno de la voluntad habrá sido asiduo y fructuoso.

El ojo es un órgano sensible. Acaso el más sensible de cuantos la naturaleza nos ha dado para comunicarnos y captar el mundo exterior. Ahí reside, sin duda, la razón de su potencia. Con objeto de no fatigarlo con empresas o esfuerzos demasiado violentos, el entreno de la mirada debe realizarse con la más extrema prudencia. Quemar etapas no serviría para nada. Por el contrario, ello sólo podría acarrear molestias, y quien dice molestias, dice accidentes graves. Es imperativo cesar, inmediatamente, el ejercicio en curso al menor síntoma de fatiga ocular. Es mil veces preferible no progresar durante un día o dos, antes que fatigar el ojo en demasía.

Si tenemos siempre presente esta precaución, entonces ya estaremos en condiciones de abordar el entreno propiamente dicho de la educación de la mirada. Ya hemos visto que, para que la mirada actúe eficazmente sobre el interlocutor, convenía mantener a éste rigurosamente enfocado sobre sus ojos o sobre la base de su nariz. Simple en apariencia, esta actitud no siempre resulta fácil de mantener. El mejor medio de prepararse para realizarla y mantenerla consiste en encontrar una persona complaciente que acepte el dejar fijarse de ese modo cada día durante varios minutos. Hay que admitir que no es muy fácil encontrar semejante cobayo o de convencer a un tercero que se entregue a la cultura psíquica. Por lo tanto, lo mejor es —todavía— experimentar sobre uno mismo. Para ello, basta con ponerse delante de un espejo y dirigir la propia mirada sobre la raíz de su propia nariz, esforzándose por no parpadear. Dado que este ejercicio resulta cansado durante los primeros tiempos, es recomendable no conservar dicha fijeza más de diez segundos, seguidos de una media hora de descanso antes de emprender otro nuevo período de diez segundos. De ese modo, es posible, desde el primer ejercicio, llegar a tener cinco períodos de fijación efectiva. Al día siguiente, se pasará a diez períodos. Después a quince, a veinte y así sucesivamente.

Cuando uno se siente capaz, es hora de prolongar la duración del período de fijación, mientras se conserva el mismo tiempo de reposo. De este modo se puede pasar a treinta segundos, después a un minuto, luego a un minuto y medio, a dos minutos, y así sucesivamente.

Para estos ejercicios no se puede recomendar ninguna progresión precisa. Todo depende de la agudeza visual de cada uno y de su capacidad de resistencia. La única regla sigue siendo el saber detenerse antes de que se presente la fatiga. El objetivo final es alcanzado cuando uno es capaz de sostener

una verdadera fijeza de la mirada, sin el menor parpadeo, durante cosa de media hora. Esto puede parecer una pura y simple imposibilidad. Pero no obstante, es perfectamente realizable, bajo la condición expresa de entregarse a un entreno regular y cotidiano.

Una vez logrado este resultado, se puede pasar al ejercicio siguiente, cuyo objetivo no es otro que el de aumentar la «superficie útil» del ojo. Para ello, hay que situarse delante de una tapicería negra, o en todo caso oscura, y esforzarse en abrir lo máximo posible los ojos intentando mantener el contorno ligeramente dilatado. Por supuesto, conviene proceder a este ejercicio manteniendo la fijeza de la mirada adquirida con anterioridad.

Estos dos entrenamientos complementarios proporcionarán al ojo la fijeza necesaria para que pueda irradiar al máximo las emanaciones voluntarias. Pero no podrán facilitarle la firmeza necesaria para que cautive, desde el primer contacto, la atención del adversario. Pues, por otra parte, tal firmeza resulta muy difícil de adquirir.

Saber, desde el primer segundo, captar el perfil o el conjunto de una fisonomía, revelar sus trazos sobresalientes y los índices ocultos, y hacerlo de tal manera que permanezcan durante toda la conversación grabados en la memoria, es algo que se aprende.

Para desarrollar estas facultades de observación conviene situarse frente a un objeto y mirarlo, durante unos diez minutos, manteniendo la mirada fija y los ojos abiertos. Después de lo cual, uno se esfuerza por recordar, lo más rápidamente posible, todas las características del objeto. Se aumentan progresivamente todas las dificultades del ejercicio, por una parte eligiendo en cada sesión un objeto cada vez más complicado, ya sea por su forma, ya por sus colores, y por otra parte reduciendo paralelamente a los progresos comprobados la duración del tiempo de examen. De ese modo, uno debe ser capaz, después de varias semanas de entrenamiento regular, de captar en pocos segundos las principales características de un objeto o de un rostro y para no olvidarlas ya jamás.

La potencia de la mirada adquirida de ese modo, podría ser puesta en duda, al menos en principio. Pero en realidad no es así, sino todo lo contrario: no se puede —ni debe— ponerla en duda. Después de dicho entrenamiento, la verdad es que el ojo se convierte en un auténtico medio de acción sobre el prójimo, es decir, en un sector privilegiado de la comunicación. Al llegar a cierto grado, hasta puede convertirse en un arma. ¿No se dice, en efecto, de los hechiceros y de los echadores de cartas que tienen un «mal ojo»?

Un simple testimonio bastará para demostrar la realidad de esta potencia. Este testimonio no ha sido sacado, como tal vez se podría pensar al principio, de ningún viejo papel polvoriento descubierto en el fondo de un desván, ni tampoco es fruto de las elucubraciones de ningún kabalista en busca de celebridad. Por el contrario, se trata del extracto de una obra relativamente reciente de M. Choquet, titulada *Dans le domaine des sciences occultes (En los dominios de las ciencias ocultas)*, y demuestra la evidencia de la fuerza de la mirada, pero también las precauciones de que conviene rodearse a partir del instante que se decide abordar algunas técnicas.

He aquí dicho testimonio:

Coja un sapo, póngalo dentro de una campana de vidrio, dé la vuelta a esa campana, si ello es necesario, de forma que la mirada del sapo se sitúe enfrente de la de usted.

Tan pronto como el sapo haya fijado sus ojos en los de usted, asegúrese de que ya no dejará de hacerlo, y a partir de ese momento se iniciará un duelo entre los dos, de modo que será preciso que uno de ambos sucumba, ya sea de un modo o de otro, es decir, del modo que sea.

Si el sapo es el más fuerte, usted se arriesga muy de veras. Porque le pueden ocurrir las cosas más desagradables; por eso siempre será muy prudente, para quienes quieran intentar esa experiencia, tener a su lado una o varias personas que estén muy al corriente del hipnotismo y del magnetismo, de forma que puedan romper el hechizo. Basta un solo

gesto, pero todavía es preciso que sea realizado cuanto antes.

Si usted está solo, una vez se encuentre totalmente bajo los efectos del hechizo, ya no le será posible liberarse de él, y lo menos que le puede ocurrir serán unas molestas convulsiones que podrían producirle la parálisis (parcial o total), la locura, y todavía peor aún (y conste que no me complazco en exagerar), la muerte.

Si, por el contrario, es usted el vencedor, he aquí lo que sucede después de un período de tiempo más o menos largo —esto depende de la potencia del experimentador—: el sapo comienza a hacer los máximos esfuerzos para resistir, después se hincha como si estuviera siendo inflado por medio de un fuelle, y finalmente estalla.

Yo he realizado varias veces la experiencia y aseguro que se requiere una gran fuerza nerviosa para resistir al sapo; es por ello que doy el siguiente consejo, basado en la prudencia. Si usted coge una rana, puede operar del mismo modo, pero la rana es menos peligrosa que el sapo y menos resistente. La rana no estalla cuando le llega su fin, sino que su garganta se abre, sus miembros se contraen... y sencillamente, se muere...

Parece bien difícil rechazar semejante testimonio. Máxime cuando ha sido corroborado por las declaraciones de numerosos investigadores, quienes han repetido la experiencia con otros animales, particularmente con lagartos, y han llegado a un idéntico resultado.

Y ¿qué decir de ese joven israelita que, delante de la cámara de televisión (nos referimos a Uri Geller), consigue con la sola fuerza de su mirada torcer objetos metálicos, cucharas, etc.?

Sin embargo, es preciso constatar que, según propia opinión de M. Choquet, es con el sapo que la tentativa resulta más peligrosa, y no podemos por menos que observar que este último ha desempeñado siempre un papel importante en las «recetas» esotéricas, principalmente las de la magia negra. La

potencia ocular del sapo —pues en este caso parece imposible hablar de fuerza volitiva— parece conformarse muy bien con ese «mal ojo» que evocábamos hace un momento. Por eso es posible estimar que no era de modo gratuito que los hechiceros rurales se servían —y continúan sirviéndose igualmente— de este auxiliar, que resulta tanto más apreciado por cuanto la potencia de su mirada viene a añadirse a la suya propia. Naturalmente, sería erróneo pensar que es en virtud de un razonamiento comparable a éste que los echadores de cartas y los adivinos se granjean la complicidad de dicho batracio. Pero no es menos cierto que una vieja tradición procedente del fondo de las edades hace del sapo el catalizador obligatorio de cualquier hechizo maléfico. Y por nuestra parte no podemos hacer otra cosa que constatarlo.

Sea lo que fuere, este ejemplo demuestra bien claramente la importancia que debemos conceder al poder fascinador de la mirada. Poder que poseemos todos los seres humanos en estado latente, pero que, por otra parte, ya ha sido decuplicado por medio del entreno al que nos hemos entregado. Sin embargo, si uno deja de hoy para mañana el cuidado de las facultades desarrolladas mediante estos ejercicios, se corre el riesgo de comprobar cómo la mirada pierde poco a poco su fijeza y su firmeza. Por consiguiente, es indispensable cultivar regularmente las posibilidades que hemos ido adquiriendo durante los prolongados y enojosos entrenamientos.

Para ello, bastan unos ejercicios muy sencillos. Para conservar la fijeza de la mirada, algunos minutos de lectura cotidiana, efectuados tomando naturalmente la precaución de mantener los contornos del ojo dilatados y sin parpadear, darán excelentes resultados.

Por lo que respecta a la firmeza de la mirada, es posible mantenerla con igual facilidad si se toma la costumbre de ejercer el propio talento en cada ocasión que se presente: en el despacho, en la calle, en el metro o en el autobús, no hay nada tan fácil como entrenarse en medir y juzgar, con rapidez,

una mirada nueva e intentar recordarla a continuación. De ese modo, no solamente no se perderá de un día a otro el fruto de este difícil aprendizaje, sino que, por el contrario, uno continuará aumentando sus facultades visuales más preciosas e indispensables, a poco que uno desee reforzar la impresión dejada por su presencia física y su mirada sobre el interlocutor, al desarrollar la influencia a distancia.

V

ACTUAR A DISTANCIA

Cuando hubo soltado a mi cuñado, que tenía el aspecto de un muerto, me dijo: «Dame una mano, conviene colocar su cama en el centro de la habitación.» Yo le ayudé. Luis volvió a abrir los ojos, y vi en su mirada, que se encontraba menos mal, y me animé. Trasladamos la cama al mismo centro de la habitación: «Tu mujer ha salido —gruñó Chuintain—, cierra la puerta, ¡que no entre!» Y saltó de la cama, el salvaje. Estaba moreno, impecablemente moreno, ¡como un hombre que hubiese vivido totalmente desnudo! Entonces, comenzó a dar vueltas alrededor de la cama en zapatillas, las mismas que se había guardado, después aceleró su paso y musitó palabras a media voz, atropelladamente, en fin, ¡simples monadas! Luego, aceleró todavía más el paso, y hasta casi corrió, pero siempre dando vueltas, levantando más la voz. La habitación no es muy grande, y entonces, corrió agachado, como si estuviera agarrado por una hebilla. Y continuó saltando, cada vez más de prisa, hablando más vivamente, hasta casi perder el aliento... gritando como un desaforado. ¡Estaba en todas partes a un tiempo! ¡En vez de una vela que llevaba en la mano, yo veía treinta y seis! La casa entera temblaba bajo sus gritos. Era algo que me resultaba imposible contemplar... Escondí la nariz contra el muro, preguntándome si, a mi vez, también yo iba a caer de bruces.

No sé hasta cuándo la cosa pudo durar, pero después de un silbido, como de cafetera exprés, ya no oí nada, y forcé la vista... No le vi más... Di un paso adelante, él yacía boca abajo sobre el suelo, igual que muerto, pero en semejante actitud, les doy mi palabra que, una vez de pie, ¡su silueta permanecía marcada en rojo oscuro sobre el enlosado!

Extraña, fascinante, esta escena sacada del *Sorcier Vert*, de Jean de La Varende, pero exacta, no lo dude usted. La narración de este campesino parece demasiado verdadera para haber salido únicamente de la imaginación del escritor. Por supuesto, La Varende jamás disimuló sus consultas a la historia, al folklore o a las narraciones de «sus» normandos. Máxime cuando el comportamiento del brujo es revelador por más de un concepto.

De hecho, se trata para él de curar a un hombre afectado por un tumor. Antes de entregarse a esta extraña danza, primero dio un masaje al enfermo, y después le embadurnó con un óleo secreto. Inmediatamente, se puso a dar vueltas a su alrededor, es decir, en torno a la cama del enfermo. Nada más. A partir de entonces, y sin que el brujo volviera a intervenir jamás, el paciente vio «disminuir su tumor» y, si bien ya murió, no fue hasta seis años más tarde... y a causa de una angina de pecho.

Contrariamente a lo que se podría creer, fue menos a causa de la influencia específica del óleo secreto que a la voluntad del brujo lo que ha determinado la curación.

Es en efecto probable que ese famoso ungüento fuese uno de esos complicados medicamentos, a base de ingredientes más o menos heteróclitos —por no decir fantasistas—, que los antiguos libros mágicos parecen complacerse en acumular, y a los cuales otorgan una fe ciega los magos campesinos. Pelos de lobo, cuerda de ahorcado, plantas especiales recogidas en una hora propicia se mezclan en esos remedios a troche y moche. Arduo, empero, resulta sostener que la cuerda del ahorcado o los pelos de lobo posean una verdadera virtud curativa, pudiéndose en cambio a buen seguro admitir que es bien

difícil procurárselos, siendo como son la parte principal en la preparación del ungüento. Cuanto más raros son estos componentes, tanto más difícil resulta obtenerlos, hallándose la dificultad de su adquisición en razón directa a la eficacia de la medicación.

Durante todo el tiempo que dura la búsqueda, la voluntad del brujo se halla tensa hacia el solo objetivo de descubrir lo que le es necesario para asistir —o para destruir— a quien destina la poción. Cuanto más larga es esta búsqueda, más elevada es por consiguiente la suma de potencia volitiva acumulada. Así, cuando la medicación está lista, el terreno ha sido preparado en profundidad por el pensamiento del brujo, y las virtudes medicinales —o tóxicas— del producto se encuentran decuplicadas.

Además, el contacto físico que se ha establecido entre paciente y curandero a lo largo de la búsqueda de los ingredientes está reforzado por el contacto físico durante el masaje. Lo que hace que cuando nuestro hombre se entrega a una descabellada danza en torno al lecho donde yace el desgraciado, todas las fibras nerviosas de los dos protagonistas se encuentran enlazadas entre sí por conexiones que no por ser invisibles dejan de ser menos sólidas.

En cuanto a esta zarabanda insensata, tan agotadora para el operador, no tiene otra finalidad que hacerle entrar en un trance que le permite decuplicar su potencia nerviosa. La fuerza volitiva y el deseo de llegar a un resultado se encuentran entonces llevados a un paroxismo difícil de imaginar, y que sólo la absorción de sustancias fuertemente alucinógenas permiten obtener. Esta frenética concentración con vistas a la curación —pero que podría ser asimismo orientada hacia un fin menos confesable— se transmite bajo la piel del paciente por todas las conexiones precedentemente establecidas entre él y el operador. De hecho, todo sucede como si el brujo recurriese a este trance para traspasar al cuerpo de su enfermo su intensa voluntad de aportarle la curación. Una vez efectuado este traspaso, su papel ha terminado. Ya no tiene que intervenir

más. Desde ese momento, y sin que ni siquiera se percate de ello, el «hechizado» está obligado a curarse. Le es ya imposible «dejarse morir».

Esta explicación arranca ciertamente algo a la salvaje poesía del texto de La Varende. Sin embargo, es así que se debe analizar esa extraña ceremonia y que este razonamiento es válido para la gran mayoría de las prácticas empíricas de los brujos del campo.

No habría de creerse que toda transmisión de fuerza volitiva a distancia necesite una preparación análoga. Muy al contrario. Puede suceder que esa comunicación se establezca del todo espontáneamente y, cuando no es éste el caso, no es indispensable entregarse a tal consumo de energía física para llegar a la concentración necesaria. Tanto menos por cuanto, para obtenerla, el estadio de cultura psíquica al que nos han llevado los diferentes ejercicios efectuados nos dispensa de entregarnos a tales «mojigangas», por emplear la expresión de La Varende.

Al explicar el comportamiento del brujo, hemos visto que los masajes e imposiciones de manos realizados antes de la fase propiamente activa tenían esencialmente como objetivo sellar perfectamente las conexiones nerviosas entre el experimentador y su paciente, conexiones precedentemente esbozadas por un acercamiento psicológico establecido durante la fase de búsqueda de los ingredientes necesarios para fabricar el ungüento. Ahora bien, esas conexiones pueden existir en estado natural entre dos seres, sea en razón de sus lazos de consanguinidad, o a causa de la perfecta armonía que reina entre ellos. Así se encuentran generalmente establecidas entre una madre y sus hijos, entre dos hermanos o dos hermanas tiernamente unidos, o entre dos esposos que conocen durante largos años una felicidad sin nubes. Pueden también existir entre dos novios cuyo amor es tanto más vivo por no haber sido aún embotado por los cuidados de la vida cotidiana.

Sea cual sea la distancia, estos seres permanecerán, inconscientemente, en constante comunicación, y si se produce un acontecimiento importante para uno de ellos, el otro será informado inmediatamente del suceso, en forma de visión. Son incontables los ejemplos de madres o de esposas advertidas, por un sueño apresuradamente bautizado como premonitorio, de la desgracia que se ha abatido sobre el ser amado. ¡Cuántas mujeres han sabido así, durante la última guerra, que eran viudas, antes de que les llegase el telegrama oficial comunicándoselo! ¡Y cuántas madres también tuvieron la certidumbre, del mismo modo, de que ya no volverían a ver más a su hijo!

La medicina neurológica tradicional explica mal estas relaciones privilegiadas. Cuando más, se puede admitir que se crea una corriente entre dos personas, a favor de sus pensamientos constantemente dirigidos uno al otro. En cambio, se comprende mejor si se admite que esa corriente de pensamiento, a la vez mantenida e indestructible, que enlaza las dos sensibilidades, es el hecho de un contacto permanente entre los dobles astrales de los dos sujetos. Si una fuerte emoción afecta a uno de ellos, éste la transmite inmediatamente al otro, y esa emoción se percibe tanto más fácilmente por cuanto el cuerpo físico no hace ya pesar su ley sobre el espíritu. Es esto lo que explica, en particular, que esos contactos tengan lugar lo más a menudo mientras se halla dormido el receptor o, por lo menos, en estado de semiletargo, bien sea que repose, o que esté bajo la influencia de una droga cualquiera o de una intensa fatiga.

Ahora bien, para pasar a la realización de esos contactos entre dos personas perfectamente ajenas, basta intensificar uno u otro de esos factores, o hasta los dos al mismo tiempo. Es así como se puede influir sobre las ideas o el comportamiento de alguien sumiéndole en un estado de hipnosis o, si no se desea que se aperciba de ello, desarrollando sus facultades personales de transmisión.

Esta técnica no es nueva, y ya en el siglo XVI la resumía Pomponacio en estos términos:

El alma opera modificando los cuerpos por medio de emisiones fluidas que tienen la propiedad de obrar a distancia. No tienen la misma potencia en

todos los individuos, o sea que hay hombres que poseen en grado muy elevado el poder de actuar sobre sus semejantes, mientras que otros se hallan completamente desprovistos del mismo.

A lo que conviene añadir que nadie está jamás completamente desprovisto de esa facultad y que, si algunos disfrutan plenamente de ella en estado natural, todos la poseemos en estado latente. Basta con desarrollarla sistemáticamente para gozar de los mismos privilegios de quienes han sido particularmente favorecidos por la naturaleza.

Por lo demás, algunos investigadores estiman que no es necesario dirigir las ondas del pensamiento hacia una persona determinada para obtener un resultado. Durville en particular sostenía que basta desarrollar o mantener una poderosa fuerza volitiva para que todos aquellos de quienes pudiésemos necesitar se sintiesen irresistiblemente atraídos y realizasen cuanto fuera necesario para nuestro logro. Esta teoría se aproxima sensiblemente al fenómeno constatado en la transmisión involuntaria de influencia. No difiere de ella sino por el hecho de que las conexiones se realizan, no a causa de los lazos de consanguinidad o de afecto, sino debido al esfuerzo realizado por el beneficiario, aun cuando éste no haya de ningún modo dirigido sus ondas de influencia.

Tal teoría no puede hallar explicación más que en el mecanismo de los encuentros en lo Astral. En efecto, toda intención deliberada y fuertemente sentida tiene por consecuencia imantar acusadamente el doble astral, lo cual le permite atraer hacia él todo lo que es necesario para la satisfacción del deseo expresado.

De todos modos, vale más preferir a esta incertidumbre la eficacia de una acción dirigida sobre una persona precisa, con un objetivo determinado.

Dicho lo cual, conviene distinguir tres fases en la influencia a distancia —o *telepsiquis*—, correspondiendo cada una a una técnica precisa empleada con un fin no menos preciso.

La primera, la más sencilla, se llama la sugestión mental. Es la más corriente y gracias a ella han sido revelados al gran público los fenómenos de la telepsiquis. En una palabra, es lo que se llama comúnmente transmisión de pensamiento, aunque sea perfectamente impropio el término.

La sugestión mental no tiene en efecto por objetivo hacer nacer verdaderamente pensamientos en el cerebro del sujeto. Por el contrario, se limita a desencadenar en él reacciones motrices. El pensamiento del operador apunta pues luego esencialmente a excitar superficialmente una parte del cuerpo, de manera que haga reaccionar a la persona que se encuentra frente a él. Así, provocará hormigueos en el brazo, si desea que el paciente lo mueva. Obrará lo mismo para la mano, el pie, la cabeza o cualquier otra parte del cuerpo.

En todos los casos, las personas que se prestan a estos experimentos son consentidoras. A veces, pueden ser sumidas en un estado hipnótico o semihipnótico que facilite la percepción de las «órdenes» transmitidas por el experimentador.

Sea como fuere, aun cuando se trata de voluntarios sujetos a experimentación en una sala, y hasta si no han sido dormidos artificialmente, le es fácil provocar esas reacciones a un psiquiatra entrenado. Se ha constatado que, en la gran mayoría de los casos, los sujetos que se prestaban a tales experiencias se contaban entre los más impresionables de la asistencia. Además, se ha notado que, desde el instante que habían tomado la decisión de someterse al experimentador, se situaban por sí mismos, y sin darse cuenta de ello, en estado de perfecta receptividad. En consecuencia, la toma de contacto psíquico se hace relativamente fácil y, siendo conseguida la sumisión, no encuentra ya ningún obstáculo la transmisión de las sensaciones. Es lo que explica, por otra parte, que ilusionistas apenas más dotados ni entrenados que el común de los mortales tropiecen con muy pocos fracasos cuando hacen una demostración pública.

El proceso es ligeramente diferente si se trata de la transmisión de pensamiento propiamente di-

cha. El operador no se limita ya a provocar sensaciones que desencadenen un reflejo motor en el sujeto. Trata directamente a nivel de la conciencia y transmite la idea del movimiento que desea ver efectuado. Es esta idea la que, a su vez, provoca el gesto.

Puede suponerse que, en este caso, la dificultad aumenta singularmente, por lo que es necesario abolir todas las barreras que puedan oponerse al encaminamiento de la idea al cerebro de aquel a quien se intenta imponérsela. Por lo general es suficiente un ligero estado hipnótico para anular las resistencias que la conciencia no deja jamás de oponer a la violación de su intimidad.

Dicho esto, la verdadera transmisión de pensamiento no tiene por efecto más que el de desencadenar reacciones motrices. Sería un error creer que se pueda así hacer pasar un razonamiento abstracto de un cerebro a otro; y los espectáculos de variedades en los cuales un personaje con los ojos vendados enuncia datos que le transmite su pareja —número de tarjetas de identidad, etc.— no son sino burdas farsas que no responden sino a un hábil truco.

La influencia personal, en fin, se distingue de las precedentes técnicas por dos características esenciales. Por primera, su vocación no es sólo la de provocar un simple movimiento en aquel a quien va dirigida. Su objetivo es más vasto y ambicioso. Tiene en efecto la finalidad de modificar profundamente las opiniones y, por consiguiente, el comportamiento general del individuo.

Luego, sus resultados no son inmediatos. En primer lugar porque es más difícil hacer cambiar a alguien de parecer que hacerle mover un brazo. Y en segundo lugar porque el sujeto ignora que se ejerce contra él una tentativa, por lo que no puede ser puesto en estado de receptividad mediante la hipnosis. Son las intenciones, la voluntad y sobre todo la potencia de los deseos del operador lo que, transmitiéndose a través del espacio por el canal de lo Astral, van a influir en el sujeto. Se comprende, pues, fácilmente que sean necesarias varias se-

siones antes de que [illegible]és de la distancia o del sultado. Cabe, sin en[illegible]ionales, su acción ha inmediatamente debido [illegible]mo por lo general. a las que hemos encon[illegible]erza volitiva ha tánea. Subsiste, sin em[illegible]ente, y hasta de ser voluntaria la en[illegible] por con- pontánea, mientras que [illegible]ras que permanece constantement[illegible] gota harán comprender mejor [illegible]za

El primero lo cita el d[illegible] su obra *Las ondas del pe*[illegible]

El 6 de agosto, el señor [illegible] *des- de el observatorio del Pic du* [illegible] *tarjeta a su hermano que vive en París, especificando en la misma: «Desde el cerro que ves a la izquierda de este paisaje te mando por telepatía mi recuerdo y un abrazo a las diez de la mañana. Ya me dirás si en ese momento has pensado en mí.»*

El hermano del sacerdote tuvo, a la hora indicada, la visión del Pic du Midi y preguntó a su mujer: «¿En qué piensas?» Y ella respondió que pensaba en su cuñado y en los Pirineos.

«El día siguiente —escribe el señor Renault— recibimos la postal de mi hermano. La experiencia de telepatía no preparada *había tenido éxito. Mi mujer había reproducido en sí el pensamiento masivo de mi hermano, y yo lo había reproducido en sus detalles esenciales. Nada me podía hacer suponer que mi hermano, que estaba en el hospital de Bagnères, pudiera encontrarse ese día en el Pic du Midi...»*

El otro ejemplo, igualmente significativo, lo expone Camilo Flammarion, a quien se lo contó un médico.

El 9 de julio de 1887, explica el médico, fue un día muy caluroso, amenazando tormenta, y echaba yo la siesta (...) leyendo un folleto (...). Eran las tres de la tarde. No lejos de mí, reposaba mi mujer, en un sofá; dormía profundamente. Viéndola así, me asaltó el pensamiento de intimarla mentalmente la orden de despertarse. La miré, pues; concentré im-

perativamente mi pensamiento en mi deseo y se lo transmití: «¡Despierta! ¡Quiero que despiertes!» Pasaron tres o cuatro minutos sin el menor resultado —pues mi mujer seguía durmiendo apaciblemente—, y renuncié a la experiencia, diciéndome que después de todo me hubiese asombrado mucho haber tenido éxito. Sin embargo, volví a la carga varios minutos más tarde, sin más fortuna que la primera vez. Abandoné, pues, definitivamente mi tentativa y seguí leyendo...

De pronto, diez minutos más tarde, se despierta mi mujer, se frota los ojos y, mirándome con aire sorprendido y algo molesto me dice: «¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué me has despertado?»

Sigue una conversación entre los dos esposos, ante las denegaciones del marido, que afirma no haber pronunciado una sola palabra, su mujer recuerda una pesadilla que ha tenido.

«He tenido un sueño muy desagradable —dice—. Me veía en la plaza de Courbevoie. Hacía viento y el tiempo era pesado. De pronto, he visto una forma humana (¿era una mujer o un hombre?) envuelta en un manto blanco, rodar abajo de la cuesta. Hacía vanos esfuerzos para levantarse: he querido correr en su ayuda, pero me he sentido retenida por una influencia, de la que no me he dado cuenta al principio, pero que he terminado por comprender que eras tú que querías absolutamente hacerme abandonar las imágenes de mi sueño. "¡Vamos, despierta!", me decías enérgicamente. Pero yo te resistía y tenía conciencia de luchar victoriosamente contra tu imposición. Sin embargo, cuando me he despertado ahora, las palabras de tu perentoria orden seguían sonando en mis oídos...»

Mi mujer se asombró mucho, concluyó entonces el médico, al saber que yo le había ordenado realmente por el pensamiento que se despertara...

Un hermano alejado y una esposa dormida pudieron pues percibir, distintamente, la emisión telepática dirigida hacia ellos, ignorando por completo que iba a ser intentada una experiencia de tal género. Ello prueba fehacientemente que el pensamiento puede transmitirse a través de la distancia o del sueño. Pero si, en casos excepcionales, su acción ha sido inmediata, no sucede lo mismo por lo general. Lo más a menudo, en efecto, la fuerza volitiva ha de abrirse paso en el cerebro indiferente, y hasta hostil, de aquel a quien se la dirige. Debe, por consiguiente, desgastar poco a poco las barreras que se alzan ante ella. Su labor es comparable a la gota de agua que, cayendo sobre una piedra, profundiza poco a poco el lugar por el que se escurre.

Para lograr imponer la voluntad a otro, ha de armarse de paciencia, de valor y, sobre todo, no consumir desconsideradamente el influjo nervioso, pues de hecho es de él de quien va a depender el éxito o fracaso del intento.

Para que dé fruto la cultura psíquica, es indispensable un régimen alimentario sin excesos, régimen que, a la fase a que hemos llegado, se hace cada vez más esencial. Es en efecto a nivel de la sangre que se elabora la potencia nerviosa. Esa sangre debe ser lo más pura posible y, para ello, convenientemente oxigenada gracias a una gimnasia cotidiana. No es sino en esas condiciones que puede dar el mejor «rendimiento» y «fabricar» una fuerza volitiva poderosa y limpia.

Es preciso aún no despilfarrar ese tesoro que se acumula en nosotros. Han de suprimirse todos los inútiles derroches de influjo, o sea preservarse de los impulsos del humor, de las conversaciones demasiado largas sobre temas fútiles, en una palabra, conservar la impasibilidad adquirida gracias a los ejercicios de los capítulos precedentes. De tal modo, se constituye un capital de potencia que podrá expresarse valiosamente en el momento elegido.

Hemos explicado ya que quienes tienen más éxito en la vida no son forzosamente las personas más instruidas o más inteligentes, sino por el contrario aquellas cuya voluntad se halla constantemente tendida hacia un solo y único objeto. Dicho de otro modo, aquellos que saben lo que quieren y que no retroceden ante nada para alcanzarlo. Esta furiosa voluntad de consecución lleva el nombre de deseo. Y todos los especialistas del psiquismo están de

acuerdo en que el deseo es la tensión mental más operante. Un hombre firme y voluntarioso no es nada si no desea ardientemente algo. Fracasará allí donde otro menos dotado que él, pero más ávido, triunfará. Es importante atribuir al objetivo fijado tales atractivos que la simple representación de lo que nos aportaría si consiguiésemos alcanzarlo engendre en nosotros un poderoso deseo. El odio y las ganas de perjudicar son factores preponderantes, y ello explica que, muy a menudo, la magia negra sea más rápidamente eficaz y de manera más espectacular que la que se ha convenido en llamar magia blanca.

Una vez suficientemente exacerbada la fuerza volitiva por esa impenetración del deseo, es tiempo de pasar a la operación de influencia a distancia propiamente dicha. La primera tarea a la que se debe sujetarse consiste en el establecimiento de un plan preciso —como lo hemos hecho preparando la entrevista en el precedente capítulo— de lo que ha de hacerse. Es esencial definir lo más exactamente posible el mensaje a transmitir, el cual, para ser eficaz, deberá ser breve y expresivo. La persona a la cual va destinado se halla forzosamente cerrada a las sugestiones que le van a ser transmitidas, por lo que habrá de procederse por afirmaciones brutalmente tajantes y claras.

No se sabe bien la dificultad que puede haber en poner a punto estos telegramas mentales. Antes de intentar una experiencia es preferible redactarlos comenzando por una frase que puede ser bastante larga, pero que contenga todo lo que se espera de la sugestión. Luego, poco a poco, se poda la frase, suprimiendo las palabras superfluas, las ideas más débiles, para convertirla, finalmente, en un mensaje de una decena de palabras que restallará como una orden en el espíritu del «corresponsal».

Una vez convenientemente redactado el mensaje, se puede pasar a la transmisión propiamente dicha. Esta se efectúa a través de las cuatro operaciones que ya hemos conocido: aislamiento, meditación, objetivación y realización. Es a la noche, antes de acostarse, cuando es preferible operar. En efecto,

mientras que nosotros hemos tomado todas las precauciones para «cargar» nuestro espíritu de potencia volitiva, aquel a quien se destina el mensaje no se encuentra ya por lo general, en ese momento, en situación de fuerza oponente. Fatigado por su jornada de trabajo, adormilado quizá, su resistencia se ha aminorado. Las ideas que se le quiere sugerir tendrán más facilidad de imponérsele que si estuviese «en plena forma».

Además, es frecuentemente a esa hora cuando resulta posible aislarse verdaderamente.

Como primer paso, se concede uno algunos minutos de relajamiento, de vacío intelectual, tal como lo hemos expuesto precedentemente. Esta fase tiene una doble misión. Permite recuperar las fuerzas en un mínimo de tiempo y ayuda a expulsar de la mente todas las ideas parásitas que pudieran venir a mezclarse a la comunicación.

La segunda etapa, que anteriormente hemos llamado meditación, consiste en hacer aparecer a nivel de la conciencia la imagen exacta del sujeto a quien se quiere impresionar, y la cual debe dibujarse como una fotografía en la pantalla de nuestro cerebro, debiendo ser luego completada con pequeños retoques de todos los elementos psicológicos que se han podido reunir con respecto a la persona en cuestión. En suma, no debe limitarse a un retrato estático sino que, por el contrario, debe ser una representación casi viviente de la persona, con sus cualidades y defectos.

Por lo demás, puede sin inconveniente servir de ayuda una fotografía, y si se posee algún objeto muy manipulado por el individuo en cuestión —cargado por lo tanto de su fluido—, será bueno conservarlo permanentemente en una mano.

Es con la tercera etapa que comienza la fase activa: la objetivación. La conexión establecida la refuerza, cuando se piensa en el destinatario de la sugestión completamente obsesionado por la imagen del emisor. En este momento, debe uno representarse lo más exactamente posible todos los síntomas visibles de esa obsesión, del asombro a la irritación.

Cuando se siente que se ha realizado el dominio, y que no puede ser ya descartado, es el momento de enviar el mensaje, el cual, cuanto más seco y brutal sea, tanto más será repetido, y más probabilidades tendrá de ser percibido, y de ser por ende eficaz.

Esta última fase de la transmisión de influencias es la más larga. Mientras que bastan cinco minutos de aislamiento, y se puede contentarse con un cuarto de hora para la meditación y otro cuarto de hora para la objetivación, ella no debe ser inferior a media hora. En total, la operación no excederá de sesenta y cinco minutos.

Para conseguir imprimir nuestro deseo en el espíritu del sujeto, es absolutamente necesario repetir la experiencia todos los días a la misma hora. Poco a poco, el cerebro sometido a esta presión constante llega a admitir las ideas que le son transmitidas. Pero sabed armaros de paciencia, pues el conseguirlo puede requerir semanas, y hasta meses de esfuerzos.

Es por ello necesario no lanzarse a la ligera a esta aventura. Cuanto más fuerte haya sido la primera impresión, más se verán facilitadas las siguientes comunicaciones. Es particularmente importante escoger convenientemente el día de la primera tentativa. Ha de saberse que diversos factores pueden llegar a contrariar la buena conducción de las ondas del pensamiento: factores personales, tales como la fatiga, el nerviosismo, la insuficiencia de acumulación de potencia volitiva o de preparación, o sea de cultura psíquica. Han de tenerse igualmente en cuenta ciertos factores exteriores contra los cuales desgraciadamente no se puede hacer nada. Así, los períodos equinocciales aparecen particularmente nefastos a la transmisión de pensamiento. Igualmente la aproximación de tormentas. Tampoco la favorecen los grandes calores ni los grandes fríos. En suma, dependiendo gran parte el éxito del primer contacto, importa escoger muy cuidadosamente el período en que tendrá lugar, ya que luego no seremos dueños de la situación, y nos será preciso repe-

tir incansablemente nuestras conminaciones, hasta el éxito final.

Otra dificultad que conviene no descuidar es el rechazo o choque de rebote. Ya hemos visto cuán peligroso puede mostrarse. Ahora bien, a menos de conocer perfectamente al sujeto a quien uno se dirige, y tener la certeza de que su resistencia psíquica es inferior a la nuestra, no podemos jamás estar seguros de no chocar con una voluntad más fuerte que la nuestra. El efecto escudo-*boomerang* que antes hemos analizado puede entonces producirse y causarnos muchos disgustos. Por lo tanto, no se utilizará la transmisión de influencia más que con una finalidad honorable, no lanzando a las ondas sino ideas que no pudieran causarnos ningún daño si nos fuesen devueltas.

Ultima dificultad, en fin: saber detener la emisión en su momento. Ya hemos visto cuán difícil podría ser detener un proceso demasiado bien ajustado, y considerado igualmente las desazones que esa laguna podría provocar. En una persona convenientemente entrenada psíquicamente, esa detención no debe plantear un problema. Basta autosugestionarse mediante una breve orden. Sin embargo, esto puede mostrarse menos fácil que girar el botón de un aparato de radio. Si se continúa pensando en la transmisión, bien sea imaginándose al sujeto, o bien en las órdenes que se ha dado, la emisión proseguirá, acaso peligrosa, tanto para el emisor como para el receptor. Es preciso pues hallar inmediatamente un medio de desconexión en cuanto se percate uno de encontrarse «hechizado» por la comunicación. La lectura, el cine, la televisión, la conversación son excelentes derivativos. Sin perjuicio luego de confirmar la ruptura por una breve sesión de aislamiento.

Como se ve, emplear ondas de pensamiento no es una empresa muy cómoda. Requiere por el contrario un considerable gasto de energía nerviosa y un perfecto dominio de sí mismo. Por ello no puede ser intentada sino por experimentadores ya avanzados en el camino de la cultura psíquica. Pero, sea cual fuere el grado de perfeccionamiento en este dominio, es sumamente provechoso de todos modos

apuntalar las cualidades ya adquiridas mediante ejercicios específicos cuya única finalidad es facilitar la operación.

Hemos dicho que, para ser verdaderamente eficaz, la influencia a distancia debía ser efectuada con ayuda de órdenes muy breves apoyadas en imágenes. Ahora bien, no es siempre fácil hacer nacer una imagen en la pantalla del cerebro. Ayudarse de una fotografía no es más que un remedio para salir del paso. Lo mejor es entrenarse cada día en hacer nacer imágenes en nuestra mente. Cada una de nuestras frases, hasta aquellas que expresan conceptos puramente abstractos, pueden ser traducidas en imágenes.

Así, cuando se dice «Pásame el pan», nada es más fácil que representarse el trozo de pan y el cesto en el que se encuentra. Pero cuando se enuncia el famoso «Pienso, luego soy», las cosas se complican. Se puede no obstante vencer la dificultad visualizando la sede del pensamiento, o sea el cráneo y su contenido, así como el ser, el individuo.

Y se puede encontrar la ocasión de practicar este ejercicio en cualquier circunstancia, hasta que se convierta en un hábito.

Una vez alcanzado este estadio, se habrá dado un gran paso. Perfectamente dominada ya esta técnica, se tiene la posibilidad de aplicarla a personas desconocidas, pero que están en el radio visual del experimentador, pudiendo así uno divertirse en hacer volver la cabeza a alguien, a determinar el lado de la acera por el que va a pasar un viandante, etc.

Lo que importa es, a medida de los progresos constatados, aumentar la distancia que separa al emisor del receptor. Desde luego, las ondas de pensamiento no pierden nada de su fuerza con el distanciamiento del sujeto, pero psicológicamente parece más fácil actuar sobre una persona próxima. Esta agravación de la dificultad, por imaginaria que sea, permite, sin embargo, aumentar considerablemente la confianza en uno mismo y, por autosugestión, enfocar la experiencia sobre una persona que no se encuentra ya en el campo del radio visual.

Y así se llegará a la última etapa de preparación que consiste en realizar una verdadera transmisión de influencia, pero sobre una persona bastante próxima para que haya todas las probabilidades de que preexisten ya conexiones. La esposa, el hermano, o la madre, transformados en involuntarios cobayos, permitirán así juzgar los progresos efectuados.

Cabe que, por un beneficio siempre hipotético, repela librarse a este fastidioso trabajo de paciencia que constituye la emisión de una influencia. No está empero vedado esperar comunicar a distancia, sin ayuda del teléfono, con una persona amiga. Cuando menos, de creerse al *Gran Alberto* que no vacila en confiar el «secreto maravilloso para hacer el cuadrante o brújula simpática, mediante el cual se podrá escribir a un amigo alejado y hacerle conocer su intención, al mismo tiempo, o un momento después de haberle escrito».

He aquí en qué consiste este telégrafo anticipado:

Haced construir dos cajas de fino acero (parecidas a las corrientes de brújula marina) que sean del mismo peso, tamaño y forma, con un borde bastante grande para poner en su derredor todas las letras alfabéticas. Que tenga un eje en el fondo, para sujetar en él una aguja, como en un cuadrante o esfera común. Ha de tenerse cuidado en que las cajas estén bien pulidas y limpias, y buscar luego, entre diversas piedras de imán, fino y bueno, una que tenga, del lado que tienda al mediodía, vetas blancas; aquella de entre éstas que hallaréis más larga y recta, la serraréis en dos partes, lo más exactas que podáis, para hacer con ellas dos agujas para vuestras dos cajas. Es preciso que sean del mismo espesor y del mismo peso, con un pequeño agujero para ponerlas en equilibrio sobre el eje. Hecho así el preparado, daréis una de esas cajas al amigo con quien queréis establecer correspondencia, y le señalaréis una hora de algún día de la semana, o hasta una hora de cada día, si se desea, o más si se quiere, pero ello parecería algo fastidioso, pues cuando se quiere hablar uno a otro en gabinete hace falta un

cuarto de hora, o una media hora, o hasta una hora, antes de la que habéis designado a vuestro amigo; y seguidamente, poned vuestra aguja sobre el eje de la caja y miradla durante ese tiempo. Es preciso que haya una cruz, o cualquier otra marca al comienzo del alfabeto, a fin de ver, cuando la aguja estará sobre esa marca, que tenéis la intención de hablaros uno y otro, pues es necesario que ella gire por sí misma, después de que el amigo que está alejado la habrá puesto siempre, antes de comenzar, sobre esa marca. Así el amigo, para hacer conocer su intención al otro, girará su aguja sobre una letra y, al mismo tiempo, la aguja del otro se pondrá sobre la letra semejante, por la relación que tienen juntas. Cuando respondáis, haced lo mismo y, cuando se habrá acabado, se pondrá la aguja sobre la misma marca. Notad que después de haber hablado, ha de tenerse buen cuidado de envolver la caja y la aguja separadamente, en algodón y en una caja de madera, preservándolas sobre todo de la herrumbre.

El instrumento parece bien anticuado en la era de las comunicaciones intercontinentales por satélites artificiales. Debe, sin embargo, funcionar si se tiene cuidado de realizarlo siguiendo exactamente las directrices del libro mágico. Sería harto vano burlarse de ello, tanto más por cuanto su puesta en práctica recurre a la energía psíquica lo mismo que a las virtudes particulares del imán. Ahora bien, si conocemos casi perfectamente las propiedades de las ondas que alimentan cada día nuestros transistores y televisores, ignoramos aún casi todo de las que sirven de vehículo al pensamiento a través del espacio y de lo Astral. Y en estas condiciones, la ironía parece improcedente...

VI

PROTEGERSE Y PROTEGER A LOS DEMAS

El que se pueda imponer sus ideas a distancia implica que se puede ser sugestionado a su vez.

Hemos visto que algunos seres, gozando de una personalidad muy fuerte, podían, sin siquiera darse cuenta de ello, practicar la influencia a distancia. Hemos visto también los desastrosos efectos del choque de rebote cuando la onda de pensamiento emitida topa con una resistencia que no puede vencer. Y luego no ha de olvidarse que todo en derredor nuestro, millares de personas se hallan igualmente familiarizadas con la cultura psíquica. Y hasta puede siempre hallarse entre ellas a alguien que tenga interés en vernos cambiar de opinión sobre un problema dado.

Por todas estas razones, es preciso permanecer alertas y no tomar nunca una decisión importante sin haberla reflexionado maduramente, so pena de ir en contra de nuestros propios intereses haciendo el juego que otro nos habrá impuesto.

Dicho esto, no hay por qué asustarse demasiado. Hemos visto lo difícil que es sugestionar a alguien y el tiempo que se necesita para lograrlo. Esta regla es válida para todo el mundo, hasta para los individuos más dotados. En estas condiciones, disponemos de cierto plazo para adivinar si estamos expues-

tos a una tentativa de sugestión. Y advertidos del procedimiento empleado, podemos hasta discernir los signos precursores de una toma de posesión de nuestra voluntad por una mente ajena.

Conviene desconfiar si cambiamos de opinión, sin motivo, con respecto a un solicitante apenas entrevisto, o si consideramos de manera más favorable una empresa que nos repelía en principio. Sobre todo si ese cambio de opinión se acentúa, sin razón válida, en el curso de los días.

Cuando se ha adquirido la certeza de que se es objetivo de una tentativa de sugestión, es preciso reaccionar inmediatamente, haciendo funcionar toda nuestra fuerza volitiva contra quien la provoca.

Por lo demás, es muy fácil descubrir a la persona contra la que debe uno volverse. Es, obligatoriamente, la que tiene mayores intereses en el asunto que nos preocupa. Por otra parte es muy posible que la persona en cuestión no se halle al corriente de lo que se trama, bien sea porque «emite» sin darse cuenta, o bien porque la «emisión» es producto de uno de sus allegados que no se lo ha advertido. Esto no supone un escollo. Levantando todas nuestras barreras contra ella, podemos infligirle un efecto de choque de rebote; en cambio, si es algún otro quien actúa en su lugar, las ondas de pensamiento, al no poder volverse hacia ella, se perderán en lo Astral.

La primera barrera que se debe reforzar es puramente psíquica. Sabemos en efecto que los momentos de depresión son más favorables al dominio de otro. Evitemos, respetando más que nunca el régimen alimentario y el entrenamiento del cuerpo, el sucumbir a la melancolía y al abatimiento.

Al mismo tiempo, se multiplican los períodos de aislamiento, particularmente en las horas en que se supone que tendrá lugar la tentativa de sugestión. Encerrados en nuestro mundo interior, insensibles a los estímulos, vengan de donde vengan, nos hallaremos así perfectamente protegidos. Además, estos momentos de reposo nos permitirán reconstituir nuestro potencial de energía psíquica gracias a la

cual podremos afrontar victoriosamente al adversario.

Se entablará entonces la lucha, y triunfará el más fuerte. Sin embargo, no ha de olvidarse que disponemos de una ventaja determinante: sabemos ser el blanco y conocemos la identidad de nuestro adversario, mientras que él ignora en absoluto que hemos decidido resistirle. Importa pues seguir atentamente las peripecias del conflicto, de manera que se dé cuenta cabal de su evolución y multiplicar las contramedidas si es necesario. Un solo método: pasar escrupulosamente por el tamiz, cada noche, todas las decisiones tomadas en el curso de la jornada, que tengan, de cerca o de lejos, una relación con el asunto que ha motivado la tentativa. Y, como corolario de este examen de conciencia cotidiano, establecer cada mañana un plan para el día. La comparación de este plan y nuestros actos, así como el análisis de los motivos que nos han impulsado a no respetar lo que habíamos decidido, proporciona la fisonomía exacta de la evolución de la situación y permite actuar en consecuencia.

Puede ocurrir que topemos con un adversario netamente más fuerte y que, por consiguiente, no nos percatemos sino demasiado tarde que hemos tomado una decisión que le favorece. No todo está perdido, sin embargo, sino muy al contrario...

Sabemos en efecto que uno de los sentimientos que más favorecen a la fuerza volitiva es la cólera. Ahora bien, es muy fácil encolerizarse —o sentirse al menos irritado— cuando se da uno cuenta de haber sido manejado. Cultivando este resentimiento se puede acumular suficiente potencia psíquica para encontrarse al mismo nivel que el adversario. Nos toca la vez de intentar influenciarlo a fin de hacerle cumplir un acto que anulará o minimizará las consecuencias de la decisión en debate. Se llegará así a una especie de *statu quo*. La situación no evolucionará ni en un sentido ni en otro. Y es probable que el asaltante, dándose cuenta de la inanidad de sus esfuerzos, preferirá evitar agotar sus reservas nerviosas en una lucha estéril. Y aún más, probablemente renunciará al combate.

De lo cual uno se dará cuenta muy pronto, primero porque su imagen no nos obsesionará ya y, luego, porque habremos recobrado nuestro libre arbitrio. En adelante, tendremos la elección entre dos actitudes: bien sea respetar ese armisticio, o bien aprovechar la tregua para contraatacar.

De escogerse la segunda solución, no ha de ocultarse que la empresa es arriesgada: nuestro adversario es de talla para resistir, y sabemos igualmente que hay muchas probabilidades de que practique también la cultura psíquica. Y, si se puede admitir que una persona que emite inconscientemente ondas de pensamiento pueda sorprendernos de buenas a primeras, es en cambio muy improbable que pueda sostener mucho tiempo un combate con alguien que emplea todos sus medios psíquicos para triunfar. Debe pues esperarse que el asaltante, asaltado a su vez, consciente de la agresión dirigida contra él, se defienda vigorosamente. Y esta vez, su agresión será tanto más viva por cuanto se beneficiará del efecto de la cólera. Se ha de estar pues perfectamente seguro de uno mismo para lanzarse a ese peligroso contraataque.

Hay otro caso donde se puede encontrar en conflicto con alguien, pero con una finalidad puramente altruista esta vez. Es cuando un amigo o un allegado ha tomado una decisión que le perjudica y se quisiera hacerle cambiar de parecer.

Aun cuando la cuestión sea urgente, es preferible no obrar con precipitación. Antes de resolverse a emplear la influencia telepsíquica, es necesario haber agotado todos los recursos del razonamiento, permitiendo una estrecha conversación para descubrir bastante exactamente los móviles profundos del interesado.

No es sino a partir de ese momento que puede apreciarse la inutilidad de toda discusión, y que es preciso intervenir. Proseguir, amenazar diciendo: «Te haré cambiar de opinión a pesar tuyo...» sería una torpeza en la medida en que desencadenaría una reacción de desconfianza que obstaculizaría la propagación de las ondas de pensamiento. Cuando la decisión parece irremediable, lo mejor es pues

fingir desinteresarse del asunto. A continuación de lo cual, se pasa revista personal a todos los elementos extraídos de la conversación. Y, una vez que se hallan perfectamente claros y presentes en la mente todos los datos, se procede como se ha indicado en el precedente capítulo, aplicando las cuatro operaciones de la operación a distancia: aislamiento, meditación, objetivación y acción, dirigiendo las ondas de pensamiento hacia la persona que se desea ayudar. Si se trata de un allegado o, por lo menos, de alguien por quien se siente afecto, es probable que la conexión se efectuará rápidamente, por las razones que ya hemos explicado, y que los resultados positivos sancionarán muy pronto nuestro esfuerzo.

Sin embargo, puede a veces existir una extrema urgencia en conseguir el cambio de decisión. En este caso, no ha de dudarse en recurrir a ese poderoso catalizador que es la cólera. Tanto más por cuanto actuamos con un fin altruista y que no estamos absolutamente interesados en el asunto en cuestión, por lo que no tenemos nada que temer del rebote. Podemos pues poner de nuestra parte todas las bazas susceptibles de realizar una emisión violenta cuya influencia será decisiva.

Así como se puede obligar a alguien a volverse de una decisión inconsiderada, se puede ayudar a un allegado a triunfar en una difícil prueba. Por ejemplo, es posible sostener telepsíquicamente al candidato que se presenta a un examen, al deportista que intenta batir un récord, al postulante que se presenta a su futuro patrono, a un ser querido que se debate en grandes dificultades.

En todos los casos, es útil abordarlos con bastante antelación. Un buen mes es necesario si se quiere que el resultado sea convincente. Desde luego, no será posible transmitir al alumno conocimientos que no posee. En cambio, se podrá ayudarlo poderosamente a concentrarse, a desarrollar su lucidez, a estimular su memoria.

Como para el deportista al que se facilitará la acumulación de influjo nervioso tan necesario para lograr una marca, tratándose del postulante se podrá actuar sobre una actitud general, sobre su fuer-

za de convicción, sobre su imperioso deseo de conseguir el puesto.

Para el amigo que se debate en medio de sus dificultades, en fin, conviene distinguir dos casos: si es que corre o no un peligro —físico o moral—. Si se trata solamente para él de triunfar de la oposición de ciertas personas que le incomodan, puede ayudársele reforzando su voluntad y su deseo de vencer. Se puede actuar también oblicuamente imponiendo a sus adversarios, por el procedimiento clásico, decisiones que le sean favorables.

No es lo mismo cuando a quien se quiere proteger corre un riesgo físico. En tal caso es preciso rodeársele de un aura protectora, de una armadura física, destinada a evitar los golpes que le están destinados. Para ello, es preferible evitar imaginarse demasiado precisamente el peligro a que está expuesto. Haciéndolo, se correría el riesgo de reforzarlo en vez de minimizarlo.

En cambio, en el curso de la fase activa del proceso que ya hemos estudiado en detalle (las cuatro operaciones), conviene representarse al amigo en cuestión en su completa integridad física, e insistir detenidamente sobre este aspecto tranquilizador. Al mismo tiempo, se puede minimizar el peligro que le amenaza y afirmar que saldrá de él indemne, sin prejuzgar nunca los medios que podrá emplear para lograrlo. No ha de olvidarse que la mejor arma sigue siendo siempre la indefectible certidumbre de que no se producirá nada lamentable, que aquel en quien se piensa franqueará sin dificultad todos los obstáculos que pueden serle atravesados en su camino. Además, se le puede ayudar por medio de contactos telepsíquicos para estimular todas sus facultades defensivas: prudencia, lucidez, reflejos, etc.

Y cuando se vea venir sano y salvo al amigo, sabiendo que se ha contribuido un poco a su salvaguarda, uno se estimará ampliamente pagado por todos los esfuerzos que se han hecho por él.

VII

HACERSE AMAR

Como no hay nada más natural en el hombre que amar y hacerse amar, comenzaré la apertura de mi pequeño tesoro por los secretos que conducen a ese fin, y, sin entretenerme en invocar a Venus y Cupido, que son las dos divinidades tutelares y dominantes de esta noble pasión del hombre, yo diría que Dama naturaleza, que lo hace todo para él, produce incesantemente gran número de criaturas que se tornan favorables al éxito de sus amores. Bastante a menudo se encuentra frente al potro de la yegua un trozo de carne (...) que es de maravilloso uso en el amor. Si se puede tener ese trozo de carne que los antiguos llamaron hipómanes (1), se le hace secar en un bote de arcilla nuevo, barnizado. Luego, llevándolo consigo, y haciéndolo tocar a la persona de quien se quiere ser amado, se tendrá éxito; si se puede hacerle tomar de él solamente una cucharadita de un licor, confitura o salsa, el efecto será aún mejor. Y como el viernes es el día consagrado a Venus, quien preside los misterios del amor, bueno será hacer la experiencia en ese día...

(1) *Hipómanes:* Humor que desprende la vulva de la yegua en celo.

Ciertamente, la receta es ingenua. Pero el hecho de que sea ella quien inicia *El Tesoro de los maravillosos secretos del Pequeño Alberto*, muestra en cambio que el redactor de la obra no estaba falto de psicología. Como él mismo dice: «No hay nada más natural en el hombre que amar y hacerse amar...»

¿Ha inventado la naturaleza atractivo más poderoso, mezcla más detonante que el amor, ese sutil compuesto de instinto de reproducción, de deseo de posesión y de potencia?

En todo caso, es incontestable que la gran mayoría de los delitos de sangre son cometidos en nombre del amor. Un enamorado despechado es más peligroso que un pistolero profesional...

Es pues natural que el hombre haya tratado de hacer tributario al amor de cierto número de dioses y de fórmulas. *El Pequeño Alberto* alude a Venus y Cupido. Mas no olvidemos a Eros, a quien se debe la palabra *erotismo* y, quizá, las técnicas más o menos escabrosas que recubre...

De hecho, todas las religiones han tenido y tienen aún su dios del amor, que se disimula tras una divinidad encargada de otorgar la fecundidad, como entre los egipcios, o tras el símbolo de la pecadora arrepentida como en la religión cristiana.

Paralelamente, todos los magos, hechiceros o brujos que se inspiran en esas religiones han procedido a elaborar filtros y otras pócimas destinadas a inspirar el amor o a conservarlo. Tristán e Isolda fueron sus víctimas, y Filemón y Baucis adquirieron la inmortalidad; en cuanto a Lancelote del Lago, estuvo a punto de perder su alma y su honor.

Mas volvamos al *Pequeño Alberto*. Son numerosas las recetas que da, todas ellas más o menos semejantes a la precedente, y algunas hasta bastante curiosas, como ésta:

Extraed vuestra sangre un viernes —día de Venus— de primavera, ponedla a secar en el horno en un pequeño recipiente (...). Con dos testículos de liebre y el hígado de una paloma, reducidlo todo a polvo fino y hacedlo tragar a la persona sobre la

cual tengáis algún designio, aproximadamente la cantidad de un dedal. Si no produce efecto la primera vez, repetid hasta tres veces, y seréis amado.

En cuanto a la receta siguiente, responde mucho más a la acumulación de la fuerza erótica y al deseo de poseer que a las virtudes mágicas de los ingredientes aconsejados.

Vivid castamente al menos cinco o seis días, y el séptimo, que será un viernes, comed y bebed alimentos de naturaleza caliente que os exciten al amor y, cuando os sintáis en ese estado, tratad de tener una conversación familiar con el objeto de vuestra pasión y haced de manera que pueda ella miraros fijamente solamente durante el tiempo que se tarda en decir un Ave María. Pues encontrándose mutuamente los rayos visuales serán tan poderosos vehículos del amor que penetrarán hasta el corazón: el más grande orgullo y la más grande insensibilidad no podrán resistirlo...

Como puede verse, el autor emplea aquí sin saberlo una técnica que ya hemos conocido: la de la influencia a distancia. En efecto, durante una semana, aquel que trata de inspirar el amor se prepara, «sobreexcita» su deseo por una abstinencia total y por todos los preparativos que no tienen presente más que la posesión de la persona anhelada. Luego, una vez llevado ese deseo al paroxismo, actúa sobre la voluntad y el pensamiento de esa persona a través de su mirada. Es exactamente la manera de proceder que nosotros conocemos.

Por lo demás, es en el mismo principio que se inspiran muchas otras fórmulas más o menos mágicas, entre ellas ésta que nos viene de Africa del Norte.

Poned en vuestra mirada la expresión más viva de vuestro deseo y, al par que sosteniéndola fijamente en el objeto de vuestro anhelo, haceos en el brazo izquierdo un corte suficiente para que fluya la sangre. Y mientras ésta brota, pronunciad las si-

guientes palabras: «¡No hay más Dios que Dios! Y tan seguro como es así, toda mi sangre se derramará antes de que se extinga mi ardor de poseerte.»

Dícese entre Túnez y Argel que pocas son las mujeres que resisten a semejante invocación.

Tales procedimientos tienen forzosamente sus límites. Por primera, porque quien los emplea obra de manera puramente mecánica, sin conocer las causas profundas de los ejercicios que le son requeridos ni las fuerzas a las que apela. Y luego, porque la acción pretendida tiene por objeto únicamente la posesión del cuerpo. Tanto mejor si además ella lleva luego aparejada una estrecha comunión espiritual... Puédese pues contentar con las prácticas del *Pequeño Alberto* o de ciertos métodos árabes si no se trata más que de satisfacer las necesidades eróticas. Pero si es el verdadero amor lo que se busca, el que enlaza a la vez alma y cuerpo, entonces ha de irse más lejos, sobrepasar la simple atracción sexual. ¡Cuántos matrimonios se deshacen porque no reposan más que en la satisfacción de los impulsos de la libido, mientras que la vida en común requiere otras afinidades, otras atracciones...!

Sin embargo, es perfectamente posible encontrar «el alma gemela», aquella con la cual se podrá compartir todo, las alegrías y las penas, lo peor y lo mejor. Para comprenderlo, basta con volver a dar una pequeña zambullida en lo Astral.

Sabemos ya que poseemos un doble que, por intermedio del vasto océano de sustancia astral en el que nos bañamos, se encuentra en comunicación con el conjunto del universo. Ahora bien, en este universo, se halla obligatoriamente un hombre o una mujer cuya personalidad «casa» exactamente con la nuestra, es decir, que emite vibraciones complementarias a las que nosotros mismos emitimos. Hemos visto, justamente, que esta concordancia de las vibraciones era, por ejemplo, indispensable para que una mujer pueda llevar perlas sin «hacerlas morir» o para que una joya pueda mostrarse benéfica. Fácilmente se comprende pues la importancia que reviste el descubrimiento del «alma gemela», tanto

bajo el punto de vista afectivo, debido a la perfecta armonía que la concordancia de las vibraciones permitirá realizar, como bajo el punto de vista de la potencia psíquica de la pareja así formada, y que esta conjunción no dejará de reforzar, mucho más de lo que podría hacerlo cualquier otro factor.

Ahora bien, esa persona ideal, ya que existe, posee también un cuerpo astral que emite vibraciones, las cuales se encuentran en la misma longitud de onda que las nuestras. En estas condiciones, si interviene un encuentro, el contacto se opera inmediatamente. Es lo que comúnmente se llama «el flechazo».

Se puede objetar que esta alma gemela, ya que es única, resulta difícil descubrir, pues bien puede vivir en las antípodas. Es naturalmente posible, y es lo que explica que algunos no la encuentren jamás, a pesar de todos sus esfuerzos. Sin embargo, ha de considerarse que el doble astral no es cuerpo yerto, por lo que puede admitirse que el medio ambiente, la temperatura y la latitud influyen en sus emisiones. Así, dos personas no serán perfectamente complementarias más que si se encuentran en zonas de influencia comparables, tanto en el plano de las costumbres como en el del clima. Lo cual restringe de manera considerable el campo de las investigaciones y multiplica las probabilidades de encuentro.

Este puede ser provocado. Gracias a una serie de ejercicios apropiados, es en efecto posible imantar suficientemente al doble astral personal de manera que atraiga al de la persona desconocida cuya presencia a nuestro lado es garantía de felicidad. Ya hemos dicho que la comunicación se halla facilitada desde el comienzo por el hecho de que los dos dobles emiten en una misma longitud de ondas. En cambio, es complicada porque se ignora todo de aquel o aquella hacia quien se emite: no se sabe ni su nombre, ni su edad, ni su lugar de residencia, como tampoco se conocen sus rasgos. Sin embargo, está casi probado que esa persona corresponde a la representación que generalmente nos hacemos del cónyuge ideal, y que varía con cada individuo.

Como primera providencia, pongamos fin a ese anonimato perjudicial, a esa vaguedad que rodea al objeto de nuestros pensamientos dándole la apariencia que quisiéramos que tenga. Asimismo lo imaginaremos poseyendo todas las cualidades morales, intelectuales y físicas que desearíamos hallar en la persona destinada a compartir nuestra vida. Si es preciso, y teniendo habilidad para el dibujo, se puede trazar una especie de retrato-robot, de manera que se tengan presentes siempre todos sus rasgos.

Una vez adquirido este resultado, no bastará más que efectuar cada día una sesión de concentración y de invocación, en el curso de la cual, al par de representarse perfectamente el físico de esa persona, se pondrá en acción el profundo deseo de encuentro.

Al cabo de cierto tiempo —más o menos largo según las dificultades inherentes a cada situación y a la fuerza de carácter del solicitante—, los dos «novios» se encontrarán automáticamente uno frente a otro. Atraído por las vibraciones, el doble astral de la persona a la que se invoca tendrá en efecto tendencia a aproximarse a quien emite, arrastrando con él naturalmente a su cuerpo físico. Y a continuación, todo un encadenamiento causal se pondrá en marcha de manera que satisfaga esa doble aspiración, desencadenando alternativamente obligaciones, viajes, progresos en la situación de cada uno, que acabarán por abolir las barreras.

Todo esto no es, sin embargo, tan sencillo como parece a primera vista. Muchos obstáculos van a alzarse en el camino de los dos «novios sin conocerse». Es absolutamente necesario no desanimarse jamás y perseverar en la invocación por todo el tiempo necesario hasta haber tenido finalmente la certeza de haber encontrado a la persona a quien se la destinaba. Y, el día en que tenga lugar ese encuentro, será muy fácil reconocer a la persona elegida por su corazón. En efecto, hay la mayor probabilidad de que en ese día la persona solicitante sienta, a la vista de la desconocida, una especie de conmoción tan intensa que no le cabrá ya ninguna duda.

Desconfiaremos, sin embargo, de los entusiasmos demasiado prematuros. Puede suceder que un deseo sexual, que una atracción solamente física, pero particularmente intensa pueda engañar a quien espera con todas sus fuerzas la llegada del alma gemela. Ceder a esta fugaz atracción sería arruinar en unos minutos todos los esfuerzos realizados hasta el momento, no quedando entonces sino volver a empezar desde cero. Por ello, aun cuando se manifieste en el primer contacto una irresistible atracción mutua, es absolutamente necesario permanecer dueño de sí, analizar, tratar de conocer mejor a la persona, a fin de descubrir si en efecto posee todas las cualidades que deseamos tenga. Y, de ser así, no queda ya entonces más que abandonarse a la felicidad.

Dicho esto, puede igualmente suceder que la persona a la que se ha llamado no esté completamente libre, bien sea porque esté comprometida o por ser objeto de las atenciones de otro cortejante. En tales condiciones, conviene eliminar lo más rápidamente posible al o a la rival, para lo cual será aún de gran ayuda la intervención psíquica. Este método puede ser empleado naturalmente para eliminar a cualquier rival, bien sea que postule un lugar en el corazón del «alma gemela» o de cualquiera otra persona a la que se desea seducir.

Para conseguirlo eficazmente, es necesario primero darse perfecta cuenta de los propios límites. Ya hemos visto cuán difícil era practicar la influencia sobre un solo sujeto, cuántos esfuerzos y tensión requería ello. Así pues, sería pura locura atraer a la persona deseada rechazando a la vez de ella al rival: ha de elegirse entre la atracción y la repulsión.

Esta elección deberá ser guiada por dos criterios. El primero será el de determinar en qué caso es más poderoso nuestro deseo, es decir si preferimos ver apartarse al rival de la persona cortejada, o bien si deseamos aún más que ésta desdeñe por completo la corte que se le hace. Y, en segundo lugar, será preciso determinar sobre cuál de los dos sujetos tenemos más probabilidades de ejercer una acción eficaz.

En la mayoría de los casos, es sobre el ser amado que se habrá de actuar. En la hipótesis de que su doble astral emita vibraciones comparables a las del nuestro, sabemos que hay serias probabilidades de que se establezca la comunicación. Además, es probable también que nuestro deseo de poseer a esa persona sea netamente más fuerte que el de ver desinteresarse de ella al importuno, estando seguros de una preeminencia incontestable, una vez que la hayamos seducido.

Es ahí donde comienzan las dificultades. Sabemos que para que una emisión volitiva sea poderosa y eficaz, debe limitarse en el tiempo. Dicho de otro modo, es preciso abstenerse de pensar en el sujeto fuera de los momentos de emisión. Lo cual no ha de ocultarse que resulta sumamente difícil cuando se está enamorado... Sólo una voluntad poderosa y bien entrenada, tal como nos han permitido adquirirla todos los ejercicios efectuados hasta ahora, autoriza esta proeza. Si uno no se siente capaz, vale más volver al entrenamiento antes de toda tentativa. Ha de saberse bien, en efecto, que un fracaso tendría consecuencias irreparables y que, además, peligraría desencadenar un proceso de choque de rebote cuyos efectos desastrosos, y hasta trágicos, conocemos en el caso de un frustrado hechizamiento amoroso.

Expuesto lo cual, ¿cómo imponer el amor y la ternura a una persona que apenas conocemos? De una manera muy sencilla, sugiriéndole que la vida no merece la pena ser vivida sin nosotros. Ya que es incontestable que la primera señal del amor es ese deseo constante que se tiene de vivir cerca del ser querido, de encontrarse lo más a menudo posible a su lado, de disfrutar en todo momento de su presencia.

Como primer paso, habrá de ejercerse la acción sobre el espíritu del sujeto de tal manera que sienta un gran contento en compartir nuestra presencia. Pronto se constatará la adquisición de este resultado. Cuando se ha hecho indiscutible, se inducirá al sujeto al examen de ese estado de ánimo y, por consiguiente, de nuestra presencia; y nos daremos

fácilmente buena cuenta también del momento en que habrán cedido las últimas resistencias psicológicas. La tercera etapa consistirá en hacer comprender al ser amado que se aburre cuando no está con nosotros. Todas las diversiones y placeres fuera de nuestra compañía deberán parecerle sosos e insípidos. Finalmente, y como última etapa, hacerle admitir que ese hastío en la ausencia nuestra es el amor, para el cual no hay más que un remedio: la vida en común para siempre o... para un año, o para un día... Según se desee una gran pasión o una breve aventura.

Se impone, sin embargo, una observación. Parece desproporcionado desplegar tales esfuerzos para un simple amorío de algunas semanas. Además, no ha de olvidarse que ese verdadero hechizo amoroso va a causar estragos en el corazón de la persona pretendida, o sea que va a estar profundamente prendada. En tales condiciones, puede temerse que no acepte sino muy difícilmente una apresurada ruptura, y que persiga a su hechizo con asiduidades a veces muy molestas. Es pues preferible limitar esta forma de sugestión de pensamiento sólo al caso que merezca la pena, es decir al del verdadero amor.

Sea como fuere, a todo lo largo de la transmisión de influencia no habrán de perderse de vista las reglas anteriormente indicadas. Será preciso proceder siempre mediante proyección de imágenes, aunque ello no sea muy fácil, cuando menos en las primeras etapas. Representarse las formas de la satisfacción en un rostro, los actos que lleva aparejados la alegría de un encuentro, ver mentalmente a la persona deseada abandonar a sus más caras amistades para venir a nosotros en medio de una recepción, imaginarla corriendo en una acera para precipitarse a nuestro encuentro, tendrán un efecto mucho más rápido y más profundo que intentar sugerirle frases como «Quiero a X... y no puedo vivir sin él», etc. En la etapa final, es decir, en la que se va a intentar imponer la idea del amor al espíritu de la persona señalada, nada impide enviarle además representaciones bastante osadas de lo que se espera de ella, de visualizar los besos y transportes

amorosos a los que se desearía abandonarse. Pero aun en esto conviene proceder comedidamente, no sea que cuando la sugestión haya producido resultados tangibles, la persona hechizada se entregue a un desenfreno sexual, reclamando sin cesar besos y caricias y mostrándose —corolario casi obligado— tremendamente celosa.

Ahora que hemos descubierto esa alma gemela, que hemos sabido descartar a los rivales que nos disputaban su corazón y que hemos llegado a seducirla, conviene conservarla. Cada día que pasa embota un poco los sentimientos. La vida cotidiana trivializa los afectos más profundos, relaja los acuerdos mejor sellados. Llega entonces el tiempo de «cada cual para sí» y nada para el otro, de las contestaciones hirientes, del cansancio. Cuando los dos seres que forman la pareja están verdaderamente hechos el uno para el otro, se perdonan esas dificultades, pero se sumen, sin embargo, en su egoísmo y sus hábitos. Cuando el encuentro no ha sido debido más que a la casualidad o a una simple atracción física, se produce a menudo la ruptura.

En cuanto se sienta ese cansancio, todo ha de suceder como si hubiese sonado un timbre de alarma. Dejar «pudrirse» la situación sería un grave error, ya que los efectos del desencanto son tanto más difíciles de combatir cuanto más arraigados están. Es pues necesario actuar desde los primeros síntomas, guardándose bien de hacer notar a la pareja que se ha percibido su malestar. Como sabemos, es imposible ejercer la menor sugestión mental sobre una persona prevenida. No dar la alerta, ni siquiera por una simple observación del género: «Me quieres menos...» En este caso, más que nunca, es de rigor la imperturbabilidad.

A continuación, se puede volver a los procedimientos que tan buen resultado habían dado antes, o sea a imponer la idea de satisfacción, de deseo físico, etc. Al mismo tiempo, uno debe sujetarse a reconstruir los elementos que habían determinado la seducción. Una cura de adelgazamiento puede tener más efecto que una tentativa mal conducida de influencia a distancia...

Sea como fuere, cuando la pareja está bien «combinada», para emplear la expresión consagrada, esas desazones no son sino pasajeras y pueden ser eliminadas rápidamente, por poco que se desee verdaderamente. En algunas sesiones de transmisión de pensamiento, la vida en común debe recobrar la serenidad que nunca debiera haber perdido.

Los malentendidos acumulados pueden, sin embargo, conducir a una ruptura lamentable. En este caso, será grande la dificultad de volver al estado anterior. Es mucho más fácil inspirar amor a una persona desconocida que hacerlo renacer en la de una compañera que nos ha abandonado. En todo caso, lo primero que ha de hacerse es delimitar lo más exactamente posible las causas de la ruptura y, sobre todo, determinar si es o no irreversible.

Para ello son necesarios largos períodos de meditación. Tras un aislamiento profundo y de una duración bastante importante, se hacen desfilar, mentalmente, todas las imágenes de la vida pasada en común, los momentos felices como los momentos de desavenencia. Se analizan estas imágenes, se las «objetiva» de manera para descubrir las raíces de la discordia. Una vez conocidas, se las examina con sangre fría, sin complacencia, y con todo conocimiento de causa se toma la decisión.

Desde luego, en todos los casos tendrá todas las probabilidades de éxito una nueva tentativa de influencia a distancia, si la lleva a cabo un espíritu fuerte y perfectamente entrenado. Es decir, que devolverá al hogar al cónyuge disidente. Mas ¿por cuánto tiempo? No ha de ocultarse que si la ruptura ha sido provocada por una antinomia fundamental de las personalidades y de las vibraciones de los cuerpos astrales, todas las reconciliaciones, hasta las más apasionadas, no servirán de nada. La discordia, olvidada por un momento, renacerá de sus cenizas.

En estas condiciones aparece inútil el considerable esfuerzo necesario para volver a uno al ser querido que se ha perdido. Más vale, si no se quiere quedar solo, utilizar esa energía para encontrar a la verdadera alma gemela, que se esconde aún en al-

guna parte, puesto que no se la ha descubierto todavía. Pero esta decisión no puede ser tomada sino después de un examen profundizado de los días pasados, de las condiciones en que se ha efectuado el encuentro, y de las realizaciones comunes.

Si aparece ser solamente superficial el desacuerdo, no se debe vacilar en proceder a un nuevo hechizo amoroso. Sin embargo, no han de esperarse resultados tan rápidos y espectaculares como en ocasión de la primera tentativa de seducción. No ha de olvidarse que ahora se va a afrontar a un espíritu desfavorablemente prevenido contra nosotros, y que se va a necesitar hacerle cambiar de parecer. Es preciso pues actuar aún más gradualmente que la primera vez.

En principio, se contentará con sugerir que, aun cuando se haya producido una separación, no es necesario conservar resentimiento. Luego, sería acaso agradable verse de vez en cuando como antiguos amigos. Y seguidamente, se puede sugerir, como anteriormente, que esos encuentros proporcionan cierto placer, el cual es indisociable de la presencia mutua por lo que no hay nada malo, sino bien al contrario, en celebrarlos.

Una vez percatado de que el ex cónyuge utiliza de nuevo todos los pretextos para celebrar encuentros, ha llegado el momento de inspirarle pesar sugiriéndole que la vida pasada tenía su lado bueno. A continuación de lo cual no será difícil imponer la idea de que la ruptura no es irremediable y que, por buen número de razones, sería quizá preferible volverse atrás de una decisión tomada sin duda a la ligera. Cuando se ha llegado a esta fase, puede decirse que la partida está ya ganada. No queda más sino esperar, al par que manteniendo la presión psíquica, que el otro dé los primeros pasos, proponiendo una reconciliación.

Sea como fuere, para que dé resultado esta difícil tentativa, es preciso que la persona objeto de ella no se percate en absoluto que su antiguo compañero desea una reconciliación... Ello para evitar que se alzaran barreras psicológicas que serían un obstáculo infranqueable para las ondas de pensa-

miento. Por consiguiente, de hallarse en curso las formalidades de un divorcio, sería un error interrumpirlas. No obstante, quien desea la reconciliación, y cuya voluntad entera se halla tensa hacia ella, debe cuidarse de caer en el exceso contrario, es decir, fingir que no la desea. Hay casos en que una tal actitud puede desencadenar una reacción del espíritu de contradicción e impulsar a volver a quien se fue. Pero son raros. Por el contrario, la mayoría de las veces, esa mala voluntad fingida de una manera un tanto demasiado flagrante no hace sino reforzar al «adversario» en su deseo de separación. Lo mejor es conservar un comportamiento neutro, sin indicar que se desea ver arregladas las cosas, pero sin hacer creer tampoco que la ruptura colma nuestros deseos.

Así se podrá enmendar una desafortunada decisión y, advertido de la fragilidad del amor —aun del más grande—, obrar de modo que no asomen nunca jamás las causas de discordia.

VIII

GANAR EN EL JUEGO

En el juego como en la vida, no hay que probar fortuna, sino forzarla. No existe más azar ante el tapete verde de la mesa de un casino que ante el que cubre la de la sala de los consejos de administración. En la ruleta como en los negocios, es siempre el más fuerte, psicológicamente se entiende, quien gana. Todos los cálculos de probabilidades del mundo no pueden cambiar tal inconclusa verdad. Así se ve, ciertas noches, a jugadores —de quienes se dice en la ocasión que se hallan en estado de gracia— embolsarse todas las apuestas y hacer «saltar la banca», mientras que de atenerse a los exactos datos matemáticos, el «croupier» debería despojarlos completamente en pocos minutos.

En este muy particular campo de batalla, donde ruedan alegremente bolas y dados, no pueden sobrevivir los «vencidos de antemano», quienes vuelven miserablemente a sus casas al cabo de pocas horas, cuando no acaban en las aguas del puerto, como lo quiere la leyenda de Montecarlo. Por contra los otros, los que han ido a ganar y no a jugar, salen generalmente con los bolsillos repletos. Ya que, y eso es justamente todo cuanto constituye la diferencia entre el jugador profesional y el que se sienta a la mesa para distraerse, no se gana en el juego si no se está decidido a ganar. La ciencia de los naipes o de la jugada no viene sino después. Es,

empero, bien evidente que sería vano pretender ganar cuando se ignoran todas las sutilezas de una partida bien llevada.

Las peripecias del campeonato mundial de ajedrez disputado entre Spassky y Fischer lo ilustran perfectamente. En la competición sólo el americano supo conservar hasta el fin lo que comúnmente se llama «una moral de vencedor». Por el contrario el ruso, si bien fuese quizá mejor táctico, se dejó impresionar demasiado fácilmente por sus primeros reveses. Desde ese momento, el impulso estaba dado y nada podía ya impedir a Fischer alcanzar la victoria final, aun cuando fuera momentáneamente retrasada por el último esfuerzo de Spassky. Por otra parte, el campeón del mundo no se equivocó al emplear todos los medios, hasta los más descorteses, para socavar la resistencia nerviosa de su adversario...

Un jugador curtido y decidido a vencer debe despojarse de toda piedad y sensiblería, desarrollando al máximo su agresividad, sin conservar el menor aprecio por su adversario, aprovechando la menor ocasión para abatirlo. De no hacerlo así, corre el riesgo de ponerse a merced de una voluntad más poderosa que la suya. En una palabra, el juego no es un juego, ni una diversión, sino un combate donde triunfa el más fuerte.

En un magnífico filme —extraído de una excelente novela—, titulado *L'Arnaqueur*, se asiste al duelo deportivo de dos hombres, dos campeones de billar, que se enfrentan por importantes sumas. Al comienzo de la partida, todas las probabilidades parecen estar de parte del «aspirante». Es que el joven ha hecho un largo viaje con la idea fija de medirse con el campeón y vencerle. Está persuadido de lograrlo. Mas luego, al correr de las horas, su convencimiento pierde fuerza. El muchacho bebe, para recuperar energía. Y tras horas y horas de lucha sin cuartel, el «poseedor del título» siente que su enemigo está vencido. Se toma tiempo, cuida su físico, se afeita, se peina y lo remata. Si lo logra, es porque en un momento dado se ha «desequilibrado» la partida. Ello se ha producido en el preciso instante en que

el joven ha sufrido una serie de reveses, dejándose arrastrar por lo que se podría llamar «el vértigo de la caída». No ha jugado para ganar, y ni siquiera para intentar recuperar el importe de sus pérdidas, sino simplemente porque era necesario jugar.

Hasta en un nivel más modesto es peligroso ese vértigo. Desde el momento en que se piensa «en la situación en que estoy...», vale más abandonar la partida so pena de ver a la suerte volverse decididamente contra uno. Y no serviría de nada achacarlo a una transitoria contingencia, esperar algún hipotético milagro para restablecer la situación. Esta se halla irremediablemente comprometida, y sólo un excepcional esfuerzo de la voluntad permitiría invertir la corriente.

Escondidas en lo más profundo de nosotros existen, en efecto, tendencias autodestructoras que no esperan sino el momento favorable para manifestarse. Se las puede vincular a esos parásitos que se injertan en el doble astral y que nos arrastran luego a pesar de nosotros.

Es cuando se juega que esas tendencias pueden encontrar el terreno más propicio a sus nefastas acciones.

¿Cómo, entonces, asegurarse un máximo de posibilidades de éxito cuando se decide uno a atravesar la puerta de un casino?

Se puede desde luego hacerlo con la confianza depositada en una antigua fórmula que ofrece la composición de una especie de amuleto, al parecer infalible. Helo transcrito a continuación, con todas las reservas en cuanto a su eficacia, aparte del hecho de que —cosa que conviene recalcar— las dificultades que se presentan para elaborar el talismán son tales que ponen en movimiento una voluntad de triunfo que no puede ser sino benéfica.

Tomad una anguila —aconseja el librito mágico— muerta por falta de agua, la hiel de un toro que habrá sido muerto a su vez por el furor de los perros, metedla en la piel de la anguila con un dedal de sangre de buitre, atad los dos extremos de la piel de la anguila con cuerda de ahorcado y po-

nedla en estiércol caliente por espacio de quince días; hacedla secar después en un horno calentado con helecho recogido la víspera de San Juan y, finalmente haced con ella una pulsera sobre la que escribiréis con una pluma de cuervo y vuestra propia sangre estas cuatro letras: HVLY. Llevando esta pulsera en torno a vuestro brazo, tendréis fortuna en todos los juegos.

No es desde luego imposible. Sin embargo, para comprobar la eficacia de esta fórmula, sería preciso poder procurarse ingredientes que no creemos se hallen en venta en los almacenes, sin embargo, tan bien surtidos, de nuestra sociedad de consumo...

Más prosaicamente, pues, contentémonos con nuestros solos recursos psíquicos para triunfar del azar o de los adversarios que él nos ha destinado en torno al tapete verde.

En principio, impregnémonos bien de la idea de que si participamos en la partida, es para salir ganancioso y no por el simple placer de ofrecer, sin lucha, nuestra apuesta a los demás. La voluntad de vencer, hasta la agresividad, es, como ya lo hemos visto, la condición *sine qua non* del éxito, sobre todo en juegos tan difíciles como el póquer, el ajedrez o el bridge. Cuando ha de intervenir sólo «la suerte», en la ruleta, por ejemplo, hemos de estar absolutamente convencidos de que a partir del instante en que se pone la primera ficha, esa suerte está con nosotros y lo seguirá estando hasta el momento en que decidamos retirarnos.

En cuanto comienza la partida, es necesario concentrarse poderosamente en su desarrollo. Cada jugada es importante, cada dado lanzado, cada carta abatida cuenta. No debe permitir ninguna excusa el menor error táctico.

Resulta a veces sumamente difícil conseguir tal concentración, sobre todo cuando el juego se desarrolla en un lugar público, en medio de la algarabía y del ir y venir de la gente. Es entonces que se necesita saber aislarse, abstraerse de cuanto nos rodea para no considerar más que el desarrollo de las fases del juego.

Es frecuente constatar que los buenos jugadores de póquer detestan que alguien lance una ojeada a sus cartas por encima de su hombro. Sostienen que es porque es preciso ver siempre en el curioso a un posible cómplice del adversario, a quien puede indicarle por una seña secreta las cartas que se tienen en mano. Pero es también porque esa indiscreción es infinitamente perjudicial a la concentración necesaria para llevar a cabo una jugada difícil.

Otro factor de posible trastorno es el importe de la apuesta. Es corriente ver a buenos jugadores perder todas sus facultades en el momento en que las sumas arriesgadas superan demasiado a las que acostumbran jugar, siendo que, por el contrario, tal factor no debe ser tenido en cuenta sino para reforzar un poco más el deseo de ganar.

Puede suceder aún que un adversario cuya potencia psíquica es bastante fuerte consiga, sin siquiera darse cuenta de ello, crear ciertas perturbaciones en la mente de sus adversarios. Ya sabemos cómo prevenirnos contra este género de ataque. Mas nada excluye por contra que hagamos intervenir nosotros conscientemente nuestra propia fuerza volitiva para tratar de perturbar las facultades de razonamiento de aquellos a quienes deseamos vencer. Es ésta un arma como cualquier otra que puede ser empleada sin deshonor alguno en el curso de este combate que, como lo hemos dicho, ha de ser sin cuartel.

Por último, para conservar constantemente esta facultad de concentración y la determinación indispensable, es necesario respetar muy estrictamente las reglas de la sobriedad. Debe ser resueltamente apartado el alcohol, que tan a menudo acompaña a las partidas algo gratuitamente denominadas «entre amigos». Apenas puede permitirse el sostén nervioso de algo de tabaco o de café cuando se nota ganar terreno al cansancio.

Una vez enunciados estos varios principios generales, pasemos al examen de los diferentes juegos y medios que pueden permitirnos imponer nuestra ley casi sin esfuerzo. Es harto más duro, incontestablemente, lograrlo en los juegos tradicionales de casino, o sea en la bocha o en la ruleta. Aquí, lo

determinante es la voluntad de ganar, la certidumbre de que la suerte está de nuestro lado. Las martingalas o combinaciones —los cálculos de probabilidades lo han demostrado abundantemente— son una utopía: contar ciegamente con una martingala para ver salir sus números plenos o la serie escogida, no es ya confiar en uno mismo sino creer en el desarrollo mecánico y automático de un proceso del todo exterior a nuestra voluntad, aun si lo hemos puesto a punto solos.

Desde luego, el establecimiento de la martingala, con todos los complicados cálculos que requiere, denota ya en principio una enorme voluntad de conseguir el objetivo. Mas esta voluntad no es efectiva sino durante el tiempo de puesta a punto del principio. Seguidamente desaparece, hallándonos persuadidos que en adelante van a desarrollarse automáticamente las cosas.

Tratándose de dados, lo medios de acción se manifiestan netamente más elásticos. Todo el mundo ha observado que los buenos jugadores de dados, además de que exhiben una indefectible confianza en sus posibilidades, tienen una manera muy peculiar de coger los cubitos de hueso o de materia plástica. Es que han descubierto, verdad es que del todo empíricamente, que cogiéndolos de esa manera aparecían mucho más a menudo sobre el tapete los puntos deseados.

La explicación es muy sencilla. Los dados se fabrican con materiales muy permeables al fluido magnético humano. Resulta por lo tanto posible impregnarlos y transmitirlos, en la ocasión, un enlace causal que los llevará a rodar exactamente de la manera deseada. Ahora bien, al estudiar la realidad del doble astral hemos visto que uno de los puntos privilegiados de la emisión fluídica es la yema de los dedos. Así pues, para que los dedos se carguen de un máximo de fluido personal, no es en el hueco de la mano donde conviene tenerlos, sino en el extremo superior de las falanges, cosa imposible cuando se utiliza un cubilete para lanzarlos. Se puede, sin embargo, paliar este inconveniente apretándolos

unos segundos antes de introducirlos en el recipiente.

Dicho lo cual, no ha de creerse que la impregnación fluídica baste por sí sola para que salgan automáticamente las combinaciones deseadas. Es indispensable mantener el contacto así iniciado entre los dados que ruedan y nuestra fuerza volitiva. Conviene, mientras no están inmovilizados, seguir mirándolos fijamente, representándose la imagen que se desearía que formasen sobre el tapete. La concentración se impone, pues, ahí también.

Ni que decir tiene que estas reglas son válidas para todos los juegos de dados, bien se trate de la sencilla partida de 421 disputada en la esquina de un mostrador o del pase inglés que puede enriquecer o arruinar a un hombre en una sola noche... Sin embargo, siendo los jugadores del 421 netamente más numerosos que los apasionados del kraps, es en ese juego popular que vamos a buscar los ejercicios que van a darnos el poder sobre los dados.

Sería decepcionante intentar, de buenas a primeras, tratar de realizar figuras únicas o complicadas como el 421 o el trío de ases. En cambio, puede uno aplicarse al intento de «sacar» series de combinaciones simples como dos ases más una cifra, o triples, y persuadirse que no es más difícil obtener dos ases más seis que dos ases más dos. En todos los casos, la combinación es la misma, cuando menos en dificultad real si no en valor absoluto.

Se empezará por buscar combinaciones respetando escrupulosamente la regla del juego, es decir, haciendo las tres tiradas reglamentarias. Luego, cuando se llegue a realizar series de diez figuras consecutivas sin que una combinación extraña venga a romper el curso, se podrá intentar no jugar sino sólo dos veces, y luego una vez.

Como continuación de lo cual se podrá atreverse a figuras más importantes, tales como el trío de ases, la «nénette» o el 421.

Cuando se esté en plena posesión de esta técnica, será posible enfrentarse a los más temibles campeones. Sin embargo, no ha de perderse nunca de vista que las condiciones de una partida no son, con

mucho, tan favorables a la concentración como las que se encuentra uno entrenándose en casa. Pero sería estúpido desalentarse o experimentar cierta decepción al constatar que se llega menos fácilmente a obtener las combinaciones que conseguirían la victoria.

Con las cartas, ya no es cuestión de tratar de influir en la suerte por la acción directa del magnetismo. En efecto, bien estén o no impregnadas de fluido, su distribución será siempre la misma. En cambio, resulta fácil actuar sobre la pareja o sobre el adversario, principalmente en juegos que, como el bridge, el whist, o bien el mus, por referirnos a un juego específicamente español, comportan pujas. Tomando como ejemplo al bridge, el establecimiento del llamado contrato, que es la declaración, por parte de los cuatro jugadores que en él intervienen, del número de bazas que piensan hacer, da lugar a una serie de anuncios que, bien hechos, deben conducir al máximo de sus posibilidades al equipo que posee el mejor juego. Puede suceder que, por el hecho de un falso anuncio, se cree cierta incomprensión entre la pareja compañera, siendo entonces posible hacer intervenir a la influencia a distancia para ordenar al compañero que cese en la escalada de sus declaraciones. Se puede también emplear esa influencia en desalentar a un contrario, en paralizarlo en cierto modo. A menos que se prefiera inducirlo a una excitación que le llevará a desear un contrato muy por debajo de sus posibilidades.

Del mismo modo, es posible influir sobre el juego de la carta estorbando un impás o sugiriendo un corte.

Pero es en el curso de una partida de póquer cuando se revela particularmente preciosa esta facultad de frenar o de excitar al adversario. Teniendo en cuenta el hecho de que no le es siempre necesario a un jugador poseer un juego superior para ganar, puede ser útil para sostener un *bluff*, insuflar una especie de desaliento en quien se quiere batir. Además, la práctica del póquer exige a su ejecutante el mantenimiento de una perfecta impasibilidad. He-

mos visto cómo lograrlo, por lo que no insistiremos sobre el particular.

Vienen finalmente los dos juegos-reyes que cada semana tienen en vilo a la mayoría de los franceses: las carreras de caballos con su apuesta triple gemela y la lotería nacional.

Con respecto al primero, teniendo en cuenta el número de factores que entran en juego, o sea la cantidad de los caballos, la consistencia del terreno o la forma de los jockeys, parece bien difícil descubrir con seguridad los números ganadores. Una vez más, será determinante la absoluta confianza en la buena estrella. No obstante, gracias a la numerología y a las influencias astrales y zodiacales, cabe establecer las posibilidades y jugar en consecuencia. Queda, sin embargo, a los caballos decidir si la elección estaba o no bien hecha.

No es lo mismo en cuanto a la lotería, donde el estudio profundizado de la numerología y de los signos del Zodíaco puede ser decisivo.

En lo que concierne a los signos zodiacales, es bien evidente que la posición de los diferentes planetas en el cielo influye sobre los períodos benéficos. Así pues, cada vez que se quiere comprar un billete conviene hacerse establecer el horóscopo de manera que podamos contar con todas las posibilidades.

Ha de contarse, sin embargo, con que ciertos signos son, por regla general, más o menos más favorecidos que otros en lo que respecta al juego. *Grosso modo*, pueden repartirse en dos categorías: los privilegiados, que son Tauro, Cáncer, Leo, Sagitario y Piscis; y los desfavorecidos, o sea todos los demás: Aries, Géminis, Virgo, Libra, Escorpión, Capricornio y Acuario.

Dicho esto, la *numerología* sigue siendo para todos el medio mejor de determinar las cifras benéficas.

Esta antiquísima ciencia —se remonta a la cábala— está basada en el principio de que las palabras emiten vibraciones acordes a una frecuencia

determinada por cifras, que se puede conocer gracias al cuadro de equivalencias siguiente:

A = 1	N = 5
J = 1	W = 5
S = 1	F = 6
B = 2	O = 6
K = 2	X = 6
T = 2	G = 7
C = 3	P = 7
L = 3	Y = 7
U = 3	H = 8
D = 4	Q = 8
M = 4	Z = 8
V = 4	I = 9
E = 5	R = 9

Este cuadro permite, en principio, calcular exactamente la cifra personal que permitirá practicar a continuación todas las comparaciones necesarias, a fin de determinar los períodos de suerte. Por supuesto, la cifra personal queda establecida de una vez para siempre. Veamos cómo ha de procederse, tomando por ejemplo el caso de un hombre que se llamaría François MICHEL, al que suponemos nacido el 25 de abril de 1936.

Para comenzar, se disponen verticalmente las letras del nombre y del apellido, numerándolas de abajo arriba desde el 1. A cada uno de los números se aplica el coeficiente representativo de la equivalencia, verificando una multiplicación y luego la suma de los productos obtenidos:

F	8 × 6 = 48				
R	7 × 9 = 63				
A	6 × 1 = 6		M	6 × 4 = 24	
N	5 × 5 = 25		I	5 × 9 = 45	
Ç	4 × 3 = 12		C	4 × 3 = 12	
O	3 × 6 = 18		H	3 × 8 = 24	
I	2 × 9 = 18		E	2 × 5 = 10	
S	1 × 1 = 1		L	1 × 3 = 3	
	191			118	

Obtenemos, pues, los números siguientes: Nombre = 191; Apellido = 118.

Se procede de la misma manera para la fecha de nacimiento, atribuyendo a cada uno de los meses los siguientes coeficientes:

Enero	1	Abril	4	Julio	7	Octubre	10
Febrero	2	Mayo	5	Agosto	8	Noviembre	11
Marzo	3	Junio	6	Setiembre	9	Diciembre	12

Lo que da:

Día de nacimiento . . .	25
Mes de nacimiento . . .	4
Año	1936
	1965

Se puede establecer el cuadro recapitulativo siguiente:

Nombre: François . . .	191
Apellido: Michel	118
Fecha de nacimiento. . .	1965

Reduzcamos estos números a una sola cifra, gracias a la suma mágica:

Fecha de nacimiento .	1965 : 1+9+6+5 = 21	. . 2+1 = 3
François	191 : 1+9+1 = 11	. . 1+1 = 2
Michel	118 : 1+1+8 = 10	. . 1+0 = 1

El nombre expresa la cifra activa: en nuestro ejemplo, es 2.

El apellido designa la cifra hereditaria: aquí es 1.

Añadiéndoles la cifra obtenida para la fecha de nacimiento (3 para nuestro hombre), obtenemos la cifra de expresión total que es así: 2 + 1 + 3 = 6.

Veamos ahora cómo utilizar esta cifra de expresión total para la apuesta triple gemela y para la lotería nacional.

La apuesta primero. Han de buscarse las cifras de los jockeys y de los caballos empleando el método aplicado a nuestro propio nombre. Una vez obtenidas esas cifras, queda por establecer el número del día de la carrera, de la misma manera que

hemos establecido el de nuestra fecha de nacimiento. Basta sumar las tres cifras obtenidas, o sea del nombre y apellido del jockey, más el nombre del caballo, más el día de la carrera, para obtener la cifra de expresión total del conjunto caballo-jockey. Es esta cifra la que seguidamente debe ser comparada con la propia, a fin de determinar exactamente todas las probabilidades.

Generalmente se considera que 7 es el mejor signo de la suerte, 3 y 5 cifras de suerte media, mientras que 1, 4 y 8 no indican más que una suerte o probabilidad muy incierta.

Lo que nos permite establecer el cuadro siguiente, gracias al cual se puede proceder a todas las comparaciones entre la cifra jockey-caballo y la personal:

— 1 en semiacuerdo con 7
— 2 en semiacuerdo con 5
— 3 en semiacuerdo con 8
— 4 en desacuerdo con 5
— 5 en desacuerdo con 2, 4 y 8
— 6 excelente con todas las cifras
— 7 en desacuerdo con 8
— 8 en desacuerdo con 7
— 9 ó 0 en armonía con todas las cifras
— 1 armonía con 4 y 8
— 2 armonía con 7 y 9
— 3 armonía con 5, 6 y 9
— 4 armonía con 1 y 8
— 5 armonía con 3
— 6 armonía con 3, 7 y 9 más particularmente
— 7 armonía con 2 y 6
— 8 armonía con 1 y 4
— 9 armonía con 2, 3 y 6 más particularmente.

Por ejemplo, si la cifra de expresión total personal es 5 y la del conjunto caballo-jockey que se quiere jugar da 8, es preferible abstenerse, ya que el cuadro nos muestra un total desacuerdo. En cambio, si la segunda cifra es 3, todas las probabilidades se encuentran de nuestra parte.

En cuanto a la utilización de este cuadro para la lotería nacional, como regla general, es preferible comprar el billete el día en que se tiene una cifra de expresión total que corresponda a la cifra del día.

Se suman seguidamente las cifras del nombre, del apellido, y de la fecha de nacimiento, a la cifra del día del sorteo, y se obtiene así un número que comparado con los que la tradición atribuye a cada signo del Zodíaco, permite saber inmediatamente si se encuentra uno en un período de suerte o no. He aquí el cuadro zodiacal:

ARIES	1, 17, 25
TAURO	7, 14, 29
GÉMINIS	8, 24, 32
CÁNCER	9, 18, 13
LEO	6, 13, 36
VIRGO	4, 12, 28
LIBRA	2, 14, 21
ESCORPIÓN	5, 22, 35
SAGITARIO	4, 16, 32
CAPRICORNIO	3, 9, 15
ACUARIO	9, 18, 27, 31, 1, 15, 20, 30
PISCIS	17, 14, 16, 35.

Todos estos cálculos pueden parecer largos y fastidiosos. No ha de olvidarse, sin embargo, que son de incontestable utilidad: durante toda la duración de esas operaciones, nuestra voluntad se halla tendida hacia un solo y único objetivo, que es el ganar. Sabemos la importancia de esta tensión voluntaria. Además, cuando se juega y que se juega para ganar —lo cual es, como ya lo hemos dicho, absolutamente esencial—, importa contar con todas las posibilidades, es decir, no actuar sino en función de la conjunción de un haz de elementos favorables. Mediante lo cual se puede estar seguro de no conocer sino raramente sinsabores y, si acontece que se pierde, bien puede uno afirmarse que no ha preparado suficientemente su juego ni «objetivado» de manera intensa su voluntad de ganarlo.

IX

CURAR

Primavera 1940. Los alemanes han atravesado el Rin. Se abaten sobre Francia. Alsacia es invadida. Hombres, mujeres y niños huyen a millares ante su sangrienta barbarie. Es el éxodo.

En los trenes atestados, cada cual se las apaña como puede para tomarse un instante de reposo, para olvidar su fatiga, para vendar sus heridas. Sin embargo, en uno de esos convoyes que se deslizan a todo vapor hacia el Sur, un joven no duerme. Tiene apenas quince años, pero hacia él convergen todos los dolores. Todos los que sufren se arrastran como pueden hasta su compartimiento y esperan pacientemente a que él pueda poner sus manos sobre sus quemaduras. Y él lo hace, sin perder un minuto, sin darse tregua.

Es en medio de toda esta miseria que Louis Uberti acaba de descubrir que él posee «el don», que con sus simples manos puede curar o más simplemente aliviar. Esta revelación fulgurante le ha venido sin que él sepa cómo. Y atiende y cuida, persuadido de que tiene una elevada misión que cumplir. Bajo la benéfica acción de su fluido, los dolores más vivos se calman, las fiebres más tenaces se apaciguan, y las más profundas heridas cesan de hacer sufrir.

Más tarde, después de haber participado en la Liberación con el 10.º Ejército, y haber aprendido el

yoga en América, se instalará cerca de Colmar, y consagra á su vida a aliviar los males de aquellos que tendrán confianza en él. Por el momento, no sabe aún que esta vocación le arrastrará como un torbellino, y se contenta con hacer el bien en su derredor.

Por extraordinaria que resulte, la historia de este hombre no es excepcional. Todos somos, en efecto, curanderos potenciales, curanderos que se ignoran. Todos tenemos, en estado latente, el poder de aliviar nuestros propios males y los de los otros. Y si ciertas personas, excepcionalmente favorecidas, lo descubren un día por sí mismas, gracias a un acontecimiento extraordinario, las demás no deben desesperar jamás. Louis Uberti tuvo esta revelación durante el éxodo. Las circunstancias se la impusieron. Mas no hay en absoluto necesidad de una ocasión tan dramática para que cualquiera pueda decidir un buen día ayudar a su prójimo aliviando su dolor.

Todos poseemos una indudable fuerza psíquica. Lo sabemos. Hasta hemos aprendido a desarrollarla, mediante una serie de ejercicios cuyo objetivo era permitirnos dirigir nuestro destino en vez de sufrirlo, guiar los acontecimientos a nuestra guisa en lugar de someternos a una ley de la fatalidad que no existe. Esa fuerza se halla, pues, en nosotros, y podemos utilizarla tanto para cuidarnos como para cuidar a los demás.

Es innegable que el pensamiento actúa sobre el organismo. Para convencerse de ello, no hay más que considerar las hazañas de yoguis y faquires que son capaces de afrontar las llamas sin quemarse, de caminar sobre ardientes brasas o de traspasarse las carnes con acerados instrumentos, sin sufrir en absoluto lo más mínimo. Además —y el fenómeno ha sido médicamente comprobado—, las llagas que se causan voluntariamente se curan por sí mismas y se cicatrizan en el mismo instante en que el arma que las ha producido es retirada de la herida.

Esto no ha sido capaz de explicarlo jamás nadie. Sin embargo, las más modernas teorías de la ciencia oficial reconocen ahora la acción determinante de

la voluntad sobre el cuerpo por el cauce de ondas que sus descubridores se han apresurado a bautizar con nombres bárbaros extraídos del alfabeto griego. En una palabra, su teoría puede resumirse así: el cerebro tiene una acción conjugada sobre todos los sistemas del cuerpo humano. Puede hasta controlar su propia actividad. Gracias a técnicas sencillas cada cual puede aprender a dilatar o a contraer sus vasos sanguíneos, a aumentar o disminuir la cantidad de orina que fabrican sus riñones, etc.

Se han dado, en efecto, cuenta los sabios de que el cerebro engendra una intensa actividad eléctrica que puede ser representada, gracias a la encefalografía, en forma de ondulaciones de frecuencia variable. Por lo demás, esas señales eléctricas son captadas por electrodos sujetos a la cabeza con un adhesivo conductor. Registradas en gráficos, se han podido identificar cuatro clases de ondas principales que han recibido la denominación de Alfa, Beta, Delta y Theta, correspondiendo cada una de ellas a un estado muy preciso.

Así, la onda Delta no se registra sino cuando el sujeto se encuentra sumido en un sueño profundo. La onda Alfa, por su parte, corresponde a un estado de profundo relajamiento. La onda Theta se manifiesta por una apertura del cerebro, por un estado de creatividad que corresponde a la memorización de datos sensoriales. Finalmente, la onda Beta interviene en el estado de plena conciencia, cuando la persona en la que se experimenta mantiene una conversación animada o que está poseída de cierta exaltación.

Esta clasificación de las ondas eléctricas emitidas por el cerebro corresponde, punto por punto, a los cuatro estados de reiteradas situaciones. Pues Delta no puede ser emitida sino durante el período de aislamiento que simultáneamente nos separa del resto del mundo y nos procura el completo reposo. En cuanto a Alfa, debe ser atribuida al período de meditación. Por su parte, Theta nace, desde luego, durante la objetivación, cuando la mente posee todos los datos del problema y extrae sus consecuen-

cias. Y finalmente Beta no reacciona sino en período de acción.

Por lo demás, este cerebro tan bien organizado, tan radiante, no deja de recordar la vieja noción del doble astral, tan cara a los esoteristas. Sabemos que este doble emite radiaciones cuya naturaleza no ha podido ser determinada aún exactamente, por no haber tratado de medirlas seriamente. Ahora bien, ¿qué hace un electroencefalograma, sino proporcionar la imagen gráfica de una radiación emitida por el cerebro? No cambia nada el hecho de que el despliegue del magnetismo se manifieste con mayor intensidad en las extremidades de los miembros. Bastaría simplemente que un sabio tenga un buen día la idea de medir también esa radiación, para que se dé cuenta de que es en todo comparable a las que se inscriben en los electroencefalogramas.

Sea como fuere, ha sido oficialmente constatado que, desde las primeras experiencias, cualquier persona puede aprender a reconocer esas ondas y que, con un poco de entrenamiento, puede reproducirlas a discreción. Lo sabemos ya, puesto que hemos aprendido a practicar el aislamiento, la meditación, la objetivación y la acción.

Yendo más lejos, esos mismos sabios han constatado que tal control voluntario del cerebro permitía tratar ciertas enfermedades, sin ninguna intervención exterior, ni médica, ni farmacéutica. Es larga la lista de los éxitos obtenidos. No es de extrañar que los resultados más espectaculares hayan sido logrados en casos de enfermedades nerviosas, epilepsia principalmente. Pero también han podido curarse solos cardíacos, paralíticos y asmáticos. Hasta se piensa en aplicar este método al tratamiento de la impotencia masculina y a la contracepción...

Es bien evidente que los Henri Errèra, Aug de l'Aulone, Jean Raillon y otros curanderos son auténticos bienhechores, así como parece difícil no reconocer que cada uno de nosotros puede convertirse en curandero, de su propia persona primero, y luego de los demás. No debe desalentar el que la medi-

cina oficial no quiera admitir este estado de cosas, disimulándolo con eruditos nombres de ondas recientemente descubiertas..., pero empíricamente conocidas desde la más remota antigüedad.

Por lo demás, Hector Durville nos suministra una fehaciente prueba en su *Terapéutica psíquica.* Una prueba tanto más indiscutible por haberse tratado él mismo de su caso considerado como desesperado.

En 1913 fue víctima de una pleuresía purulenta declarada como consecuencia de una uremia crónica. Los médicos le declararon incurable. Y ya que la ciencia se declaraba incapaz de sanarle, decidió tratarse solo.

Tosiendo continuamente —escribe—, escupía a veces hasta un litro de pus, sangre y de materias diversas en un día y, como todos los que me rodeaban, esperaba el instante fatal...

Sin embargo, en súbita reacción, se negó a dejarse morir y emprendió una cura terapéutica psíquica.

Mi pensamiento se orientó en todo momento exclusivamente hacia la curación... Con la máxima confianza en el resultado que esperaba, practiqué la respiración profunda en la medida de lo posible. Aplicando mis manos sobre el pulmón izquierdo, me decía mentalmente durante la inspiración: «Llamo en mi socorro a las fuerzas de la naturaleza necesarias a mi curación. Absorbo las fuerzas curativas para añadirlas a las mías y, durante la expiración, expulsó los gases y los productos de la desnutrición.»

Esta triple operación repetida con frecuencia, a veces durante una hora, bien fuese de día o de noche, me aportaba fuerzas físicas y morales muy apreciables, y su consecuencia era siempre una sensible mejoría...

De análoga manera —prosigue Dorville—, actuaba sobre los riñones, el corazón, el estómago, o cual-

quier otro órgano que tenía una perentoria necesidad; trataba así de equilibrar mutuamente los órganos...

¡Y se curó! Con gran estupor de todos los que le habían declarado incurable. Decidió entonces ir más lejos y tratar también aquella uremia que era el origen de todos sus males. Pero allí, la acción aparecía más delicada, por cuanto no se beneficiaba del sector natural que es el aire para conducir su fluido volitivo hasta el órgano enfermo. Decidió, pues, paliar la dificultad mediante una imposición de manos.

Aplicando la palma de la mano izquierda sobre la cara posterior del riñón izquierdo, que era el más afectado, y la derecha sobre la cara anterior, y representándome el órgano lo mejor posible, dirigía yo primero mi pensamiento del exterior al interior para penetrarlo mejor. Al cabo de unos instantes, me decía mentalmente: «Del cabillo (parte cóncava) penetro al interior por la arteria siguiendo sus divisiones y sus subdivisiones hasta las arteriolas y vuelvo por las venillas y las subdivisiones de la vena renal.» Realizado este recorrido, volvía a entrar en el nervio que sigue la arteria hasta las arteriolas, diciéndome: «Penetro en la parte sensitiva del nervio y sigo sus subdivisiones hasta su extremidad...»

Decenas, centenas de veces hizo así Durville el recorrido de su riñón enfermo. El esfuerzo de voluntad y de concentración que debió imponerse fue gigantesco. Pero consiguió hacer desaparecer su uremia como había curado su pleuresía, y vivió hasta una edad muy avanzada, para mayor pasmo de sus enterradores.

Ni qué decir tiene que, para lograr tales resultados, es preciso no sólo poseer una fuerza volitiva fuera de lo común, sino también conocer lo suficiente bien la anatomía y la fisiología del cuerpo humano para no cometer ningún error. Es por eso que —y todos los grandes curanderos lo practican así—, cuando se emprende una cura en uno mismo o en

otra persona, es absolutamente necesario conducirla conjuntamente con el tratamiento médico. Así se duplican las probabilidades, y, además, como todo curandero no es forzosamente un experto en anatomía, los tratamientos dedicados al órgano enfermo pueden entonces servir de apoyo a la fuerza volitiva y conducirla hasta el punto donde su impacto será más poderoso.

Ha de comprenderse bien que la enfermedad no es un fenómeno aislado en un organismo, sino que participa de un deterioro general que afecta al conjunto del cuerpo y del espíritu, y que se traduce siempre por una pérdida de potencia de la radiación del doble astral. En realidad, es una ruptura parcial de equilibrio que acarrea un trastorno general. En cuanto se halla afectado un órgano, el mal repercute en el resto del cuerpo. Durante algún tiempo, y a favor de la «velocidad adquirida», el doble astral continuará efectuando normalmente su tarea, y sólo hará sufrir la parte afectada. Pero, al cabo de unas semanas, será atacada la vitalidad general del enfermo. Automáticamente, el doble astral habrá de sufrir las consecuencias y, desde ese momento, nada podrá ya detener el agravamiento de la situación. Se traza una especie de círculo vicioso, donde el debilitamiento de uno acarrea automáticamente el decaimiento del otro.

Es pues a nivel psíquico que conviene actuar en principio. Los antiguos médicos rurales lo sabían bien, al contentarse a menudo con recetar a sus pacientes alguna tisana más o menos relajante, uniendo a su prescripción buenas y tranquilizadoras palabras. Y es también por el psiquismo que se explican las virtudes milagrosas de ciertos lugares privilegiados.

Todas las civilizaciones, todas las religiones han conocido lugares de peregrinaje en los que se operaban curaciones espectaculares por la sola virtud de la oración. Esa fe que, según el proverbio, mueve las montañas, cura también muy a menudo las enfermedades más incurables. Podría pues deducirse de ello que es la voluntad de sanar unida a una total confianza lo que provoca el milagro, y no la

intervención de una divinidad, sea la que fuere, ya que ese fenómeno ha podido ser observado bajo todos los cielos y en todas las latitudes.

Dicho esto, puede encontrarse sin duda una explicación si se estudia cuidadosamente la concepción de lo Astral tal como lo hemos ya definido. Hemos visto que sobreentendía la existencia de una deidad universal que podría bien ser a la vez el Jehová de Israel, el Padre de Cristo, y el Dios de quien Mahoma sólo fue el profeta. ¿Y por qué no también el Zeus de los griegos y el Júpiter de los romanos? En suma, esa deidad sería Dios, y los hombres se habrían empeñado luego en darle una apariencia física o moral a su conveniencia, divergente según las regiones, las civilizaciones y las épocas. En esas condiciones, no sería en absoluto de asombrar que esa divinidad común —si bien designada con diferentes nombres— pueda realizar los milagros en cuestión. Y sigue siendo la teoría de lo Astral la que nos permite descubrir por qué canal puede ella realizar esas espectaculares curaciones.

Sabemos que toda enfermedad, por benigna que pueda ser, afecta más o menos al doble astral. Médiums afirman ser capaces de establecer un diagnóstico, al menos tan exacto como el de los médicos, analizando las variaciones de los colores emitidos por ese doble. Sabemos igualmente que nuestro doble astral no está aislado, sino en contacto permanente con el inmenso depósito de sustancia astral que lo rodea. Lo está igualmente con ese Dios mal definido, y que es a la vez la sustancia astral y todo lo que ella contiene. Cabe admitir que la extrema confianza de que da pruebas el peregrino, objetivada por la idea de curación y concentrada por la plegaria, crea en lo Astral una especie de descarga magnética cuyo primer efecto es el de reforzar considerablemente la potencia del doble de aquel que desea sanar. Por supuesto, claro está, que cuanto mayor sea la fuerza volitiva del sujeto, tanto más poderosa será la descarga, lo que explica que seres escépticos hayan sido favorecidos con milagros que jamás obtuvieron creyentes sinceros. Como consecuencia, habiendo sido despejada la enfermedad del cuerpo

astral, el cuerpo físico —que hemos bautizado con el nombre de *gouph* al comienzo de esta obra—, que obedece ciegamente a sus órdenes, será llevado hacia la curación. De hecho, todo sucedería como si estallando repentinamente un trueno en el cielo magnético del enfermo, depurase todos los gérmenes malsanos que hubiesen podido injertarse en él.

Esta teoría puede parecer chocante. Sobre todo por la naturaleza y por el papel que confiere a la divinidad. Tiene no obstante el mérito de explicar la universalidad de los milagros —que no dependen, repitámoslo, ni de la religión ni de la forma que adopta la plegaria—, y de su fulgurante efecto. Además, se relaciona con ciertas curaciones, científicamente comprobadas, que no responden sino al simple y puro magnetismo.

Muchos enfermos no deben su curación más que a la bienhechora acción de pases efectuados por ciertos curanderos, exceptuando cualquier medicación. Estos pases tienen por objeto transmitir parte de la fuerza magnética del curandero al doble astral del paciente que, hallándose así reforzado, puede triunfar de la enfermedad. Impresiona por lo demás constatar el agotamiento del donante tras esta especie de transfusión. Ahí volvemos a encontrar el mismo caso que precedentemente, aparte de que el intercambio magnético procede de la voluntad del curandero y no de la plegaria del enfermo. Es la persona que hace el tratamiento quien establece el contacto, mientras que en el caso de un milagro es la persona tratada quien trata de establecer contacto con esa entidad que hemos llamado Dios. Pero, cuando se ha establecido el mismo, los efectos son semejantes, con la sola diferencia de que los obtenidos con el concurso de lo Astral son mucho más importantes y espectaculares, habida cuenta de la formidable potencia magnética que se les acumula.

Realizando estos milagros, Dios no se conduce de otra manera que como supercurandero...

Ahora que conocemos los mecanismos de la enfermedad y los que hacen que dure, así como las fuerzas que pueden permitir obtener la curación,

veamos cómo es posible hacerlas intervenir, para uno mismo primero, y para los demás después.

Sabemos que el doble astral se siente singularmente afectado por los excesos, de cualquier género que sean. Hemos visto que cuando se quiere desarrollar la potencia volitiva y, al mismo tiempo, reforzar el magnetismo personal, es necesario someterse a un régimen, el cual debe ser estrictamente observado en cuanto se presenta el menor síntoma de fatiga o debilidad. En efecto, no es en el momento que el doble astral va a tener necesidad de toda su fuerza para triunfar de las agresiones de que es víctima el cuerpo y cuando él mismo se encuentra debilitado por esas agresiones, que resulta lógico imponerle la carga suplementaria de arrostrar ciertos excesos. La medicina es por lo demás perfectamente consciente de este estado de cosas, y una de las primeras reglas del socorrismo es no dar nunca alcohol a un herido.

Desde las primeras alertas, conviene desterrar todos los excitantes: tabaco, bebidas alcohólicas o café. Es absolutamente imperativo evitar las comidas demasiado copiosas. Mas no ha de caerse por ello en el exceso contrario. La dieta completa no es recomendada sino en casos muy raros. Una alimentación sana, no demasiado abundante, y conteniendo pocas sustancias capaces de perturbar «la vida» del doble astral, es el primer imperativo de la cura.

Desde los primeros días del régimen se debe sentir una ligera mejoría. Ha llegado entonces el momento de emprender la segunda parte del tratamiento. Es una parte puramente intelectual que va a consistir en «depurar» el alma de todos los elementos que pueden perjudicar la tarea del doble astral. Más que nunca se hace necesaria una línea de conducta acorde a una ética personal muy estricta.

Viene seguidamente la parte activa, aquella que ha de conducir a la curación. Ya hemos visto de qué manera había actuado Durville. El proceso es el mismo, sea cual fuere la enfermedad que se ataca. Es importante en todo caso operar una carga intensa de las «baterías» magnéticas, evitando continuamen-

te gastar las fuerzas volitivas en otra cosa que no sea la curación. Esa carga debe ser constante, de manera que permita la liberación del máximo de potencia cuando llegue el momento. También es absolutamente necesario «olvidar» la enfermedad durante todo el tiempo que no se actúe para su curación. Cuando hemos estudiado los medios de proceder en la influencia a distancia, hemos visto que no es preciso pensar en la persona a la que se quiere sugestionar, fuera de los momentos de emisión volitiva. Con respecto a la enfermedad, es exactamente lo mismo. A fin de poseer un máximo de intensidad magnética, y por consiguiente de multiplicar las probabilidades de éxito, importa no pensar constantemente en el mal que se sufre, ni en las consecuencias que puede tener tanto en nuestra vida privada como en nuestra actividad profesional. Así se llegará a «sorprender» a la enfermedad, un poco como la emisión volitiva sorprende a la persona que se sugestiona.

Pero el fondo del tratamiento propiamente dicho sigue siendo de todos modos la acción sobre el órgano enfermo. Se procede a ella mediante las cuatro operaciones que hemos ya conocido en el curso de la transmisión de influencia. Todo transcurre como si el órgano atacado fuese ajeno a nuestro propio cuerpo y que nosotros le intimásemos la orden de sanar.

De hecho, se notan algunas diferencias notables entre el trabajo necesario para lograr una curación y el que requiere la sugestión de pensamiento.

En principio, porque la duración del aislamiento ha de ser más prolongada. Hemos visto en efecto que esta fase tenía por finalidad permitirnos, rechazando el mundo exterior, reunir poderosamente nuestras fuerzas psíquicas. Además, proporciona un reposo profundo, excelente para el organismo. Se comprende por lo tanto que debe ser prolongada.

En cuanto a la meditación, no hay ningún inconveniente en acortar su duración. Una enfermedad no es una persona, y resulta bien difícil imaginarse «su rostro». Representarse el órgano enfermo es a menudo muy arduo, y el hecho de que ello no aporte

nada al tratamiento basta para mostrar su inutilidad.

Por el contrario, el estado de la objetivación reviste una importancia capital. Es él quien va a permitirnos fortalecer nuestro deseo de curar, de afirmar nuestra voluntad de triunfo sobre la enfermedad. No se trata realmente de repetirse «voy a curarme..., quiero curarme...», sino de representarnos la imagen que tendremos cuando estemos curados. Todas estas cosas deben ser objetivadas intensamente, con un máximo de precisión.

Y, en fin, la última fase, la de la acción. Cuando se siente que el deseo de curarse está suficientemente objetivado, que no cabe ya duda sobre el resultado de la cura emprendida, se transmite el fluido volitivo al órgano atacado, como lo ha hecho Durville para su pulmón y su riñón. Sea el que fuere, es preciso que se llegue a sentir esa voluntad de penetrarlo, recorrer todas sus ramificaciones, cargarse poco a poco de los miasmas y microbios que le afectan. Y ya no queda luego sino conducir ese flujo contaminado hasta los orificios naturales de expulsión: los pulmones, los riñones, el intestino.

En este nivel del tratamiento, puede ser de poderoso apoyo la práctica de la respiración profunda tal como la hemos conocido, aun cuando el mal no se sitúe en los órganos respiratorios. Sabemos en efecto que esta técnica, inspirada del yoga, además de una perfecta oxigenación de la sangre, permite almacenar ciertas fuerzas benéficas que nos rodean, y que serán poderosos aliados en la lucha contra la enfermedad.

Al cabo de algunos días de régimen, de respiración y de ataque directo a la afección, debe notarse una mejoría. Mas ello no ha de ser motivo para relajar la acción, ni tampoco para creer alejado todo peligro y, por consiguiente, para ignorar las prescripciones médicas. Insistimos en lo ya dicho: antes de emprender todo acto personal, es indispensable consultar a un médico y seguir el tratamiento que él ordene. Cuando más, a medida que uno se siente mejor, se puede ir disminuyendo poco a poco las dosis de los medicamentos. Pero, como siempre, es

necesario proceder con la mayor prudencia. Si tomados con exceso, como es demasiado a menudo el caso, los medicamentos modernos pueden ser peligrosos, bien dosificados son indiscutibles factores de curación.

A veces se impone la operación quirúrgica, que sólo a un médico incumbe decidirla, pues la ablación de un órgano es y debe seguir siendo excepcional. Antes de adoptar tal resolución, es importante constatar que ha resultado vano el empleo de todos los recursos de la quimioterapia y de la cura psíquica.

Si se es capaz de curarse a sí mismo, no hay razón para que no se pueda curar a los demás. La dificultad es empero, y naturalmente, mayor en la medida en que se ataca no sólo a una enfermedad, sino que también se aborda a una personalidad diferente. Conocemos los obstáculos con que topamos para sugestionar a alguien a distancia, los cuales se multiplican cuando se trata de lograr una curación. Sin embargo, un factor importante abona en nuestro favor en la medida de la confianza que el paciente tiene en nosotros, cuando no se trata ya de convencer a un indiferente, o hasta a una persona hostil.

Hecha esta salvedad, la confianza no presenta sino excelentes aspectos, llegando hasta a inducir al enfermo a abandonar un tratamiento médico que no ha dado resultados espectaculares, en provecho de la cura magnética y psíquica. Lo cual es un error, por lo que ante todo importa persuadir al paciente que los dos tratamientos deben ser llevados conjuntamente, completándose mutuamente su acción.

Es esencial que el curandero tenga una absoluta confianza en sí mismo. Sería harto paradójico que un enfermo fuera a confiársele mientras que en su fuero interno duda de sus posibilidades... Es por ello que resulta vano esperar, al comienzo, resultados extraordinarios. Algunas personas muy dotadas pueden seguramente obtenerlos sin haberlos buscado, mas ha de reconocerse que constituyen excepciones. Por nuestra parte vamos a limitarnos a indicar algunos métodos para curar las dolencias

benignas de la vida corriente, para las cuales es preferible emplear el magnetismo de la aspirina... Para las otras, aconsejamos vivamente que, tras haber consultado el paciente a un médico, como condición previa, se dirija a curanderos confirmados, cuya lista ofrecemos como anexo a esta obra.

Los primeros métodos considerados son puramente psíquicos. Sucede en efecto con bastante frecuencia, debido al ritmo desordenado que impone la vida moderna, que personas cuya voluntad no es muy fuerte atraviesen crisis de abatimiento que no consiguen superar. Es muy fácil ayudarlas empleando la influencia a distancia. Naturalmente, la dificultad de la acción se limitará tanto más cuanto se logre obtener una mayor confianza por parte del paciente. Y aún, si se logra sumirle en un estado próximo a la hipnosis, los resultados serán a la vez más rápidos y más duraderos.

La manera de proceder es idéntica a la que hemos expuesto en ocasión de la transmisión de influencia, consistiendo la única diferencia en el mensaje a transmitir. Mientras que, precedentemente, se trataba de modificar el punto de vista de alguien en relación con el emisor, en este caso no se trata más que de devolver al receptor una plena conciencia de sus posibilidades, de sus responsabilidades y de su valor: hacerle sentir, por medio de la transmisión de imágenes, cuánto se transformaría su vida si volviese a tener confianza en sí mismo, si recuperase la calma. Muy a menudo, estos trastornos van acompañados de insomnios. Impongamos al enfermo la idea de que éstos no son sino pasajeros, que acabará fácilmente con ellos y que, cuando lo haya logrado, todos sus problemas serán resueltos. Si las crisis se traducen por ideas fijas, sobre todo por una especie de manía persecutoria, se obtienen excelentes resultados demostrando que el peligro es imaginario. Cuando el paciente ha aprendido a no tener miedo, se ha dado un gran paso en el camino de su curación.

Conviene, sin embargo, ser sumamente prudente cuando se aborda este género de terapéutica. En principio, porque siempre resulta difícil juzgar exac-

tamente de buenas a primeras el estado de una persona deprimida. Su mal puede ser mucho más grave de lo que puede uno imaginarse, y las lesiones psíquicas más profundas de lo que permiten suponer las reacciones exteriores. Una cura mal conducida corre peligro de agravar el estado del enfermo en vez de mejorarlo. Se recomienda, pues, no aventurarse, no procediendo a la tentativa de influencia sino después de la consulta efectuada por el paciente a un psiquiatra o un neurólogo, quien establecerá un diagnóstico preciso de los trastornos del comportamiento.

No ha de olvidarse tampoco que, emprendiendo tal cura, el propio operador se expone a los peligros de un choque de rechazo cuyo proceso conocemos. En tales condiciones, no ha de abordarse la terapéutica psíquica más que si se está seguro de poseer una suficiente fuerza volitiva para resistir a ese choque de rechazo y poder aportar algunos beneficios al enfermo.

La tarea es extenuante aun en estas condiciones. Todos los magnetizadores están de acuerdo en que tratar a una persona que padece depresión ocasiona una considerable pérdida de energía, y que a menudo le son necesarias al operador varias horas para recuperarse después de la sesión de tratamiento.

En cambio, otras dolencias más benignas pueden ser atendidas sin temor y muy rápidamente. Es sobre todo el caso del *dolor de cabeza.*

Si la migraña puede ser rápidamente vencida con ayuda de un analgésico, sabemos que uno se encuentra mejor cuanto menos emplea la quimioterapia, siendo por lo tanto preferible recurrir al tratamiento psíquico. Este se desarrolla en dos tiempos: una primera fase de relajamiento, que tiene por objeto situar al afectado en estado de receptividad y una segunda fase de actividad.

A alguien atacado por una violenta jaqueca, la primera providencia es hacerle sentarse y suprimirle cuanto pueda obstaculizar su respiración y su circulación sanguínea. Cuando está suficientemente relajado, se le hace respirar profundamente, aconsejándole que no piense más que en la manera en

Dolor de cabeza

que entra el aire en sus pulmones y sale de ellos. Una vez que se estima que ha llegado a un estado suficiente de vacuidad intelectual, se fija persistentemente la vista en el seno de su nariz, entre los dos ojos, esforzándose por imponer la imagen de cómo estará él cuando su dolor de cabeza haya desaparecido. Así puede imaginársele conversando, o reanudando los trabajos interrumpidos.

Generalmente, esta simple sugestión es suficiente. Pero se puede, sin embargo, tener que habérselas con una migraña rebelde y, en este caso resulta útil añadir la potencia del magnetismo personal a la fuerza volitiva. En un primer tiempo, han de armonizarse las emanaciones fluídicas de cada cual, de manera que puedan coincidir seguidamente. Para ello se toman entre los dedos las muñecas del paciente, ejerciendo una ligera presión, algo así como para buscar el pulso. Poco a poco se atenúa la diferencia de temperatura entre nuestras manos y el brazo del paciente. Cuando ha llegado a ser idéntica, es que los magnetismos tienen todas las probabilidades de coincidir. Situándose entonces detrás del enfermo, y sin dejar de objetivar la idea de su curación, se colocan las dos manos a ambos lados de su cabeza, rozando apenas sus sienes las extremidades de los dedos. Un minuto, dos como máximo deben ser suficientes para que, por la acción conjugada del magnetismo personal y la transmisión de la fuerza volitiva, desaparezca el más tenaz dolor de cabeza: a condición de que el paciente haya tenido una plena confianza, y de que esté perfectamente relajado.

Puede suceder que en el curso de esta imposición de las manos se sienta un ligero picor en las yemas de los dedos. Es un fenómeno natural que no debe inquietar en absoluto.

Cuando se estima que el tratamiento ha durado lo bastante, se pide al paciente que cierre los ojos. Luego se cuenta mentalmente hasta 20. Una vez alcanzada esta cifra, se retiran las manos rápidamente y se da una palmada bastante fuerte para sorprender al paciente y sobresaltarle. Si la transmisión de influencia y el intercambio magnético han sido

perfectamente realizados, no debe sentir ya ningún dolor.

En cambio, *los dolores de muelas* son más difíciles de aliviar. En principio porque tienen siempre por origen un estado infeccioso, bien sea del propio diente o muela, o bien de la encía; debido a lo cual sólo un dentista puede intervenir directamente sobre las causas del dolor tratando la caries o el absceso que lo provoca. Sin embargo, y en espera del tratamiento del facultativo, se puede adormecer el dolor; y todos los que han tenido un día dolor de muelas saben cuán apreciable es eso...

Como primer paso, se procede exactamente de la misma manera que para los dolores de cabeza, pidiendo al paciente que se relaje, esforzándonos en transmitirle la idea de que pronto no sentirá ya su dolor. Pero en vez de actuar magnéticamente sobre las sienes del paciente, es necesario imponer las manos sobre la parte de la cara más próxima al diente o muela afectados. Se roza luego ligeramente la mejilla con las yemas de los dedos de la mano izquierda, mientras que con la derecha se efectúan pases magnéticos a lo largo de la parte posterior de la columna vertebral, que es el órgano principal de la transmisión de las sensaciones. Estos pases deben durar cierto tiempo, una buena media hora en la mayoría de los casos, y han de ir, naturalmente, acompañados de una objetivación de la idea de la curación y del alivio. Poco a poco, el paciente que estaba crispado al comienzo, concentrado en su dolor, se va relajando más y más, señal de que va sintiendo cada vez menos el dolor. Una vez se le ve completamente sosegado, puede estimarse que no sufre ya y, como en el caso precedente, se da una violenta palmada para sorprenderle. Y, a continuación, no queda sino aconsejarle que acuda lo más rápidamente posible a su dentista antes de que se agudice la causa que había provocado su dolor.

El *estómago* es igualmente la sede de males tan desagradables como pasajeros, y que bastan para hacer particularmente insoportable una velada o un banquete, por lo que puede ser muy útil a sus deudos o amistades saber cómo aliviarle rápidamente.

Tras aconsejarle que se ponga cómodo desabrochando cuanto puede oprimirle u obstaculizar el libre funcionamiento de la respiración, se le extiende en una cama o diván, en una habitación tranquila en la que reine cierta penumbra, pidiéndosele que cierre los ojos y se relaje. El relajamiento reviste en este caso una importancia muy particular, pues queda bien sentado que la mayoría de las gastralgias pasajeras provienen de un simple nerviosismo. En cambio, cuando esos dolores son habituales, sobre todo después de las comidas, ha de aconsejarse al paciente, mientras se intenta aliviarle, que acuda lo más pronto posible a consultar a un especialista, en previsión de que pudiera tratarse de una lesión cancerosa o de una úlcera. Pero cuando esas acedías son sólo ocasionales, no hay razón para inquietarse demasiado.

Hallándose extendido y convenientemente relajado el paciente, se procede primero, a una transmisión de influencia, en el curso de la cual se le infunde la idea de que su dolor ha cesado. Luego, al cabo de unos minutos se le imponen las manos, bien planas a cada lado del estómago, cuidando de que la punta de los dedos esté perfectamente en contacto con la región dolorosa. Ni que decir tiene que durante todo el tiempo que dure esta imposición, no se cesará de objetivar la idea de curación mirando intensamente al paciente entre los dos ojos. Como anteriormente, el progresivo sosiego del paciente mostrará el progreso de la terapéutica y se podrá estimar que ha desaparecido completamente el dolor cuando el asistido esté próximo a dormirse. Se puede acentuar el efecto del magnetismo dando un masaje ligero con la extremidad de los dedos, pero sin mover el resto de la mano, a la región dolorosa. Como en el caso anterior, se volverá en sí al enfermo con una fuerte palmada.

Las pérdidas de apetito, generalmente de origen nervioso, al menos cuando no van acompañadas de dolores gástricos particulares, pueden ser también tratadas únicamente por la sugestión, siendo conveniente reforzarla al nivel del estómago por algunos pases que tengan por finalidad luchar contra

una posible pereza digestiva. La manera de proceder es sensiblemente idéntica al tratamiento de las acedías. Hallándose el enfermo extendido y relajado, se objetivan en él algunas ideas simples tales como las de hambre o de glotonería. Se puede, por ejemplo, imaginársele sentado a la mesa ante su plato favorito, a fin de restituirle la idea de probarlo. Se puede incluso representársele plenamente satisfecho tras una comida, con todo el bienestar que se experimenta después de un buen trato culinario. Se puede, en fin, sugerirle la sensación de hambre que ha olvidado. En realidad, la naturaleza de las sugestiones debe depender únicamente de la personalidad del paciente.

Conjuntamente a la transmisión de influencia, la imposición de las manos al nivel del órgano deficiente, la punta de los dedos tocando apenas la piel y efectuando un ligero masaje, ayudan a acabar con la pereza del músculo gástrico.

No ha de ocultarse, sin embargo, que es muy raro que se pueda curar en una sola sesión la falta de apetito. No se trata ya de calmar un simple dolor. Las causas del mal son mucho más profundas. Presentan además el peligro de crear consecuencias graves en la medida en que la pérdida de apetito lleva aparejada una privación involuntaria que se traduce por un debilitamiento general. Debido a ello son necesarias cierto número de prolongadas sesiones. Sin embargo, sería peligroso obstinarse y, cuando se constata que varias tentativas no han conseguido ningún resultado tangible, se hace necesario aconsejar al paciente que vaya a consultar a un especialista.

Más rápida es la curación del exceso inverso, es decir, de *la indigestión*. Esta se manifiesta generalmente tras una comida demasiado copiosa y como consecuencia de un enfriamiento al abandonar la mesa. Sus causas físicas son, sin embargo, sensiblemente las mismas que las de la falta de apetito, ya que es también el músculo gástrico quien «rehúsa» desempeñar su función. A él es, pues, a quien conviene excitar para que todo vuelva a la normalidad. Para ello, se coloca la extremidad de los dedos so-

bre la región gástrica y, al par que dando un ligero masaje a la piel, se objetiva la idea del músculo estomacal animado por contracciones regulares y efectuando normalmente su trabajo. Poco a poco se restablecerá el orden y desaparecerá la obstrucción.

Ultima función que puede hallarse muy a menudo perturbada, sobre todo en las mujeres: *la eliminación.* Es perfectamente estúpido tratar «despectivamente» al estreñimiento, como demasiado a menudo se tiene tendencia a hacerlo, bien sea porque se es remiso a hablar de él, o porque se imagina que cesará por sí mismo. Realmente puede presentar graves riesgos, en la medida en que compromete la evacuación de los residuos, abriendo por ende la puerta a todas las infecciones intestinales, de las cuales es la menor la apendicitis. Más bien que atender a esta enfermedad mediante laxantes, cuyo efecto es inmediato más no duradero, es preferible atacar directamente las causas del mal, es decir, hacer cesar la pereza de los músculos intestinales, pero asegurándose bien primero de que está provocada por un régimen alimentario desequilibrado.

Así, tras haber interrogado al paciente sobre la composición de sus menús y haber aportado a ellos las necesarias modificaciones, se le extiende, cuidando, como siempre, de que no haya nada que obstaculice la libertad de su respiración o su circulación sanguínea. Luego, después de haberle ayudado a relajarse, se efectúan ligeros masajes circulares sobre su abdomen, con la punta de los dedos de la mano derecha, a la par que objetivando la idea de un intestino animado de movimientos perfectamente normales. La sesión debe proseguir por lo menos durante media hora, y se requieren generalmente de dos a tres sesiones para que se note una ligera mejoría. Pero, en cuanto se ha obtenido un resultado positivo, siguen rápidamente los progresos. Pueden ser ayudados por la absorción de ciertas tisanas laxantes, pues si bien debe ser limitado al máximo el recurso a los medicamentos químicos, nada impide el empleo abundante de productos naturales, a condición de que se tenga la certidumbre de que

hayan sido cultivados y cosechados en buenas condiciones, es decir, sin el empleo de productos sintéticos, sobre todo abonos derivados del petróleo y pesticidas.

Cierto número de curanderos se han especializado en el tratamiento por plantas. Todos obtienen resultados apreciables, pero guardan celosamente el secreto de sus principales «recetas», no proporcionando al público sino las que no son fundamentales. Por otra parte, aquéllas se transmiten a menudo de generación en generación, sin que el profano sea admitido a penetrar en el secreto de su composición. He aquí algunas que nos vienen del fondo de los tiempos, ya que es el propio Alberto el Grande quien las indica en su famoso tratado.

Bolo purgativo: tomad cañafístula nueva, regaliz escogido medianamente majado, cuatro granos de canela, y haced con ello un bolo con azúcar.

Se suministrará por la mañana, tres horas antes de la comida.

Tisana purgante: tomad media onza de regaliz e introducidla en dos pintas de agua; ponedla al fuego y retiradla en cuanto empiece a hervir; luego, después de haberla hecho enfriar durante veinticuatro horas, meteréis en ella dos dracmas de sen de riente, y beberéis el preparado dos días en vuestras comidas y a todas horas, repitiendo nuevamente de dos en dos días.

Para terminar, he aquí la receta de una cataplasma capaz de «restablecer la piel arrugada del vientre de las mujeres jóvenes después de varios partos», es decir, para borrar las vetas, cuando menos de creerse al famoso tratado llamado *El Pequeño Alberto.*

Elaboraréis una pomada con trementina de Venecia, leche de hojas de espárragos, queso blanco agriado de vaca y cristal mineral. Luego, tras haber frotado el vientre con una pequeña esponja impreg-

nada de jugo de limón, se aplicará un emplasto de dicha pomada sobre el vientre, repitiéndolo varias veces, con lo que tendréis satisfacción.

Este preparado tiene sin duda un aspecto poco agradable y debe despedir un olor no muy grato. Pero, en todo caso, nada impide pensar que sea eficaz, y lo menos que se puede decir es que no tiene nada que envidiar a los baños de lodo en los que parecen sumirse deleitosamente algunas de nuestras elegantes del siglo XX.

X

PREDECIR EL FUTURO

Al término de una tranquila mañana me encontraba yo en mi despacho en compañía de mi impresor M. P..., ultimando un proyecto de compaginación. Mi visitante comenzaba ya a meter sus papeles en su cartera de mano cuando sonó el teléfono.

—¿Señor Belline?

Era una voz de mujer, bastante aguda.

—Ya que es usted vidente —prosiguió la voz—, sabrá por qué le telefoneo...

Ahora bien, Belline, que cuenta esta aventura en su libro *Historias extraordinarias de un vidente* (1), si bien es indiscutiblemente uno de los más grandes metagnomos franceses de la hora actual, no gusta mucho de ser provocado de tal manera. En principio, porque, al igual que todos sus colegas, tiene necesidad de la confianza de sus consultantes para poder realizar un trabajo eficaz. Y luego, porque estima que el enfoque de la cuestión tal como lo hacía su comunicante es un juego estéril, inútil, por no decir injurioso. La conversación fue en consecuencia muy breve, y colgó tras preguntar el número a donde podía llamar cuando tuviese tiempo.

(1) *Histoires extraordinaries d'un voyent*, La Pyramide d'Or, éditeur.

Apenas había colgado el receptor —prosigue él— cuando una imagen pasó ante mis ojos, tan dramática que hice un gesto para retener al impresor que ponía ya su mano en el picaporte.

—¿Ha venido usted con su camioneta?

—Sí.

—¿Quiere esperarme un momento? Me haría un gran favor... se trata de una vida humana...

Se volvió a sentar, estupefacto.

Ante todo, me hacía falta saber dónde vivía aquella mujer a la que ahora veía tendida en el suelo, presa de intolerables sufrimientos.

Belline pidió seguidamente información a la central telefónica, donde le proporcionaron la dirección correspondiente al número de teléfono que la voz le «había lanzado como un desafío», y a continuación llamó a un médico citándole urgentemente en aquella dirección, a donde le condujo en su camioneta el impresor. Cuando llegaron, nadie respondió a la insistente llamada del timbre. Belline no vaciló en forzar una ventana, y penetró con el médico en el apartamento.

Es un extraño momento para el vidente —reconoce Belline— aquel en el que coinciden en fin su visión y la realidad. En el caso, la coincidencia era trágicamente perfecta.

Una mujer, semidesnuda, se debatía aún débilmente sobre la alfombra de su dormitorio. Un frasco vacío de somníferos aparecía sobre la cama. Hice una mueca leyendo el nombre del producto.

—¿No será ya demasiado tarde, doctor?

El médico me miró, me vio descompuesto y sonrió.

—Tranquilícese, usted la ha salvado la primera vez; ahora me toca a mí.

Es una historia ejemplar por más de un motivo. En principio, porque establece patentemente la realidad de la «videncia», de una forma de videncia cuando menos, la que consiste en percibir, a pesar de los obstáculos materiales y la distancia, un hecho que está en curso de producirse. Y luego, porque muestra que el determinismo del destino no es inmutable y que su curva puede ser cambiada. En estas condiciones, el recurso a la videncia se halla perfectamente justificado, ya que permite, con cierta idea de lo que sucede o de lo que va a producirse, obrar en consecuencia y modificar en cierta medida el curso de los acontecimientos. Y, en fin, porque muestra el desarrollo exacto que procede por imágenes, las cuales no siempre son tan fáciles de descifrar. Lo que, por lo demás, lo explica perfectamente Belline en otro pasaje de su libro.

La palabra «videncia» —escribe— cubre a los ojos del público un dominio bastante exiguo. Escépticos o no, muchas personas ven al vidente apuntando al futuro como con un anteojo capaz —o simulándolo— de descifrar las líneas directrices de un destino y de establecer, partiendo de ello, un cuadro del futuro tan exacto como el de un horario de ferrocarriles.

No es tan sencillo... Una visión no es ni más ni menos explícita, para mí, que para un médico los síntomas de una enfermedad: me queda, como a él, el establecimiento de un diagnóstico.

Mis visiones se asemejan a menudo a una imagen que se inscribiría sobre el objetivo de un aparato fotográfico cuyo enfoque ignorase: imagen enigmática, fragmento de una vida desconocida y que ni siquiera sé siempre si tiene su lugar en el futuro o en el pasado...

Ya que si es dado a ciertas personas rasgar un poco el velo que oculta el futuro y encubre el pasado, es porque lo Astral contiene a la vez ese pasado y ese futuro. En determinadas condiciones, cuando se establece una intercomunicación privilegiada entre el doble de una persona —no necesariamente un vidente— y lo Astral, pueden aparecer imágenes. Pero resulta entonces muy difícil saber si provienen de esa cinemateca gigante que conserva los filmes de todas las vidas pasadas o si, por el contrario, la tal imagen ha sido engendrada por la existencia de

causas primeras y segundas que desembocarán en el resultado futuro proyectado sobre la pantalla de la imaginación, si ninguna intervención voluntaria del hombre no modifica su curso. Así, en la historia relatada por Belline, la mujer habría muerto, sin la rápida intervención de socorro. Su destino estaba inscrito en lo Astral por las causas primeras —probablemente una extrema vulnerabilidad psíquica—, y causas segundas —una pena amorosa, por ejemplo—, que debían desembocar indefectiblemente en el suicidio. Pero hubo videncia e intervención humana, lo que le permitió escapar a su trágico destino. Todo ello no significa en absoluto que ella no intentase posteriormente poner de nuevo fin a sus días. A menos, desde luego, que habiendo tomado conciencia de su debilidad o del peligro que le hacía correr ese amor desgraciado, no hubiese, por un acto voluntario, modificado el aspecto de algunas de las causas que dirigían su vida en lo Astral.

Es en efecto por el canal de lo Astral que se efectúan las videncias. Sabemos que nuestro doble se halla en perpetuo contacto con el inmenso océano de sustancia indefinible que baña el mundo, y al mismo tiempo con todos los dobles astrales de cuanto existe sobre la tierra, desde los hombres a los minerales pasando por los animales y los vegetales. Todos los archivos del pasado, así como también todo el futuro en gestación por el juego de las causas primeras y segundas deberían, pues, poder ser leídos por cualquiera de nosotros en cualquier momento. Mas no es éste el caso. Sin embargo, ello puede explicarse fácilmente, cuando menos remitiéndose a la teoría de los ocultistas sobre la «organización» humana.

Ellos sostienen que el hombre tiene dos niveles de percepción. El primero, puramente físico, puramente real —empleando la palabra en su sentido etimológico, es decir, como un derivado del latín *res*, que significa «la cosa»—, es el hecho de la conciencia, de lo que hemos llamado ya *ruach*. Para ellos, pues, no son ni los ojos, ni los oídos, ni las terminaciones nerviosas quienes perciben lo que nos rodea. Todos esos sentidos no son sino vehículos

que transmiten a *ruach*, en forma de estímulos, la fisonomía del mundo ambiente. Y es *ruach* quien ve, quien oye, quien siente o quien toca.

Puede uno darse cuenta hasta qué punto esta antiquísima teoría se incorpora a los datos más avanzados de la ciencia contemporánea, que ha establecido firmemente que los órganos sensoriales no hacen sino transmitir al cerebro impulsos eléctricos, los cuales se transforman al contacto de la materia cervical en imágenes o en sensaciones. Por lo demás, es partiendo de esta teoría como los sabios americanos han conseguido realizar una de las más extraordinarias prótesis que se pueda imaginar: el ojo artificial. Una minicámara, encajada en un globo ocular de vidrio, transmite al cerebro impulsos comparables a los que transmite normalmente la retina. Estas investigaciones no se hallan aún sino en estado experimental, pero se ha logrado ya hacer percibir, a ciegos «totales», una serie de puntos luminosos transmitidos por la cámara.

Así se encuentra comprobado el primer postulado de la teoría ocultista. Ahora bien, si este primer postulado es exacto, nada impide pensar que lo sea igualmente el segundo, aunque resulte más difícil de demostrar.

Según los antiguos autores, *nephesch* no estaría limitado como *ruach* por la relativa imperfección de nuestros sentidos. Podría entrar en comunicación con una gama más extensa de vibraciones luminosas y sonoras, las cuales permanecerían, sin embargo, siendo imperceptibles en estado de vela normal, por la buena razón de que nada les permite llegar hasta el nivel de la conciencia. Todo sucedería como si el doble astral fuera ese famoso sexto sentido que nadie ha logrado jamás definir exactamente, pero que sin embargo permite a algunos evitar obstáculos contra los cuales otros se precipitan ciegamente. En estas condiciones, basta que se establezca un contacto directo entre *nephesch* y *ruach* para que esas percepciones extrasensoriales se tornen descifrables. Es lo que a veces sucede fortuitamente, cuando se tiene una intuición, o hasta una visión precisa de un acontecimiento lejano o futuro.

Y es eso lo que realizan cotidianamente los videntes para llegar a descifrar el pasado y el futuro de sus consultantes.

A falta de pruebas formales, se pueden no obstante apuntar ciertos indicios que abonan consistentemente en favor de ese segundo postulado de la teoría ocultista, siendo el primero la existencia de lo que llamamos «el sexto sentido». A todos nos ha sucedido, en un momento u otro de nuestra existencia, renunciar sin razón plausible a un proyecto, simplemente porque una especie de intuición nos inducía a ello, diciéndonos más tarde que habíamos obrado cuerdamente, al constatar los peligros que con nuestra inhibición nos habíamos evitado. Es preciso, pues, admitir, en este caso, ya que la decisión era contraria a toda lógica, que hemos experimentado la sensación como de una vaga «advertencia», sin que tuviésemos una cabal conciencia de ella, y que eso fue lo que nos indujo a modificar nuestra línea de conducta. Ahora bien, ¿de dónde puede provenir tal advertencia sino de lo Astral donde se halla potencialmente «realizado», por el juego de las causas primeras y segundas, el futuro inmediato de cada uno?

Más sorprendente aún es el caso de los animales. Se ha convertido ya en un lugar común decir que nuestros hermanos inferiores perciben por sus sentidos más datos que nosotros. Así se ha podido constatar, por ejemplo, que los perros «oyen» perfectamente los ultrasonidos, mientras que los mismos escapan por completo al oído humano. Igualmente se ha establecido que las bestias salvajes, mamíferos, aves y hasta reptiles, son capaces de «prever», con varias horas de antelación, las grandes catástrofes naturales, tales como los temblores de tierra o las erupciones volcánicas. No basta explicar este hecho por el solo instinto. Debe admitir que otro factor entra en él en juego. Y este factor no es sino la muy estrecha intercomunicación que existe entre el doble astral de los animales y su «conciencia de las cosas». Sabemos en efecto que lo que diferencia al hombre del animal es la ausencia de facultad de razonamiento en el segundo, aun existiendo en cier-

tas especies —monos sobre todo— esa facultad en estado embrionario. De lo que resulta que las percepciones más extendidas del doble astral llegan más fácilmente al nivel de la conciencia, es decir, de manera a captar el mundo exterior.

Las bestias son, pues, infinitamente más sensibles que nosotros a las variaciones que afectan a las vibraciones emitidas por lo Astral universal. Y son así más fácilmente advertidas, por su «sexto sentido», de las grandes conmociones que van a producirse en su entorno.

Son, sin embargo, los humanos quienes van a proporcionarnos la prueba más irrefutable de la exactitud de esta teoría. Los ejemplos de videncia ocasional y espontánea son en efecto muy numerosos, y cierto número de ellos han sido hasta constatados científicamente. Ora es una madre que, en plena animación de una fiesta de sociedad, «ve» de repente a su hijo yaciendo sangrante a sus pies, y recibe varios días después la funesta noticia que murió a la hora exacta en que ella tuvo la visión. Otra es un sueño premonitorio que advierte a una persona de un peligro que no la amenazará sino varias semanas más tarde. Incluso se cita el caso de un físico del Observatorio de París, Léon Sonrel, que mientras se paseaba con uno de sus amigos por las alamedas del Luxemburgo, el mes de julio de 1869, anunció, en el curso de una «crisis» de videncia que duró cerca de tres horas, la guerra de 1870, los desastres que se abatirían sobre Francia, y las peripecias que él y su amigo habrían de correr durante todo el conflicto. Añadió que moriría en tres días durante el sitio de París, y que su compañero se ocuparía luego de su familia. Efectivamente, fue arrebatado en setenta y dos horas por la peste negra, mientras rodeaban los prusianos la capital. Y, en un último arranque, pronunció esta frase literalmente profética, pues anunciaba la guerra de 1914 y la victoria final de los aliados.

—¡Ah! ¡Hela salvada! ¡Ella va hasta el Rin!... ¡Oh, Francia! ¡Oh mi patria bienamada, hete ya triunfante; tú eres la reina de las naciones!

Es, pues, en ciertos momentos del todo privilegiados, bien sea a efectos de una emoción muy intensa o, por el contrario, cuando el cuerpo y la mente se hallan perfectamente sosegados —como durante el paseo de Léon Sonrel—, que el doble astral puede transmitir sus percepciones a la conciencia. Ahora bien, al estudiar el mecanismo de la influencia a distancia, hemos visto que las ondas psíquicas se propagan en el espacio un tanto a la manera de las ondas hertzianas. Por consiguiente, la mejor comparación que pudiera hacerse del espíritu es con relación a un aparato de televisión que recibe las ondas emitidas y las produce en forma de imágenes. No resulta, pues, en esas condiciones sorprendente que una criatura muriendo pueda proyectar una fuerza volitiva suficientemente intensa como para que vaya a chocar con el doble astral de su madre y ésta tenga entonces la visión de lo que se está produciendo. En este caso, nos encontramos más bien frente a cierta forma de transmisión de pensamiento que de videncia real.

Queda por examinar la cuestión de los sueños premonitorios. Como ya hemos dicho, los momentos de gran relajamiento favorecen a la metagnomia, y el sueño es muy naturalmente el más perfecto de esos momentos. Es mientras duermen cuando quienes no están particularmente predispuestos a la videncia tienen las mayores probabilidades de recibir los mensajes captados y retransmitidos por su doble astral.

Sería, no obstante, erróneo creer que todos los sueños forman parte de esos mensajes. La mayoría de ellos están en realidad inspirados por los recuerdos inconscientes del día o por diferentes estímulos exteriores. Así se puede soñar que se está andando sobre hielo, si se tienen descubiertos los pies, o bien que se está en el baile si llegan a nuestro oído débiles ecos de música, insuficientes para despertarnos. Es por ello que muy detalladas claves o interpretaciones de los sueños que, en principio, deberían permitir explicarlos *todos*, son perfectamente inútiles. Es siempre sumamente difícil diferenciar el sueño profético del sueño corriente. Tanto

más por cuanto al despertar cuesta mucho a veces recordar las imágenes que han atravesado nuestra mente durante la noche. No obstante, se puede considerar como adscrito a la videncia todo sueño que ha dejado en el espíritu una huella o una desazón lo suficientemente profunda para que sea luego imposible olvidarlo.

Partiendo de ello, y para analizar un sueño premonitorio, no ha de olvidarse que, si efectivamente lo es, la imagen que da del futuro es puramente alegórica. Sería vano buscar en las peripecias del sueño un hilo conductor concordante con lo que sucederá en la realidad. Para descifrar este jeroglífico que nos es propuesto así por lo Astral, son absolutamente indispensables algunas nociones básicas. En un primer análisis, ha de tratarse de definir, lo más exactamente posible, cuál era el ambiente general del sueño: si era pesado, tenso, angustiado, señala que no está falto de amenazas el futuro que se prepara; si, por el contrario, era ligero, alegre, sonriente, supone el comienzo de un período particularmente venturoso. Se puede por lo demás precisar muy útilmente este carácter favorable detallando las imágenes percibidas durante el sueño. Si las superficies vislumbradas eran claras, nítidas, si las capas de agua y los colores se destacaban perfectamente, el presagio es bueno. En cambio, si todos los elementos del sueño parecen anegados en la bruma, si los edificios eran mates, los personajes sombríos, y los planos de agua sucios o cenagosos, el presagio debe ser considerado como temible.

Otro punto, capital también, es la actitud del durmiente: si éste se contenta con soñar, es decir, si no es más que el espectador de ese pequeño filme que se proyecta en la pantalla de su imaginación, puede estar seguro de que él no desempeñará ningún papel en el desarrollo de los acontecimientos venideros. Se contentará con ser sujeto de experimentación. Si los presagios son felices, la cosa no está mal del todo. Pero si son desfavorables, su voluntad habrá de hacer el esfuerzo necesario para enmendar la plana, para ir contra la corriente de

ese destino que se le impone y modificar su desarrollo que, repitámoslo, no está siempre definitivamente fijado.

Por el contrario, cuando el durmiente se ve a sí mismo en acción durante su sueño, eso significa que es él quien va a dirigir la marcha de los hechos predichos. Y consecuentemente, según la naturaleza favorable o desfavorable del presagio, podrá modificar como conviene su línea de conducta.

La realidad de estos sueños premonitorios está ampliamente establecida por una impresión que un día u otro hemos sentido: la de «ya visto». Algunos teóricos pretenden que ese sentimiento está inspirado por el hecho de haber vivido aventuras semejantes, en un lugar equivalente, en el curso de una existencia anterior.

Ello resulta bastante difícil de admitir, y parece mucho más «racional» creer que si reconocemos tal o cual paisaje, es porque un sueño nos lo había mostrado ya, sueño que, conservado por el inconsciente, se superpone entonces a lo que vemos. La imagen de lo Astral duplica en cierto modo la de la realidad.

Eso se desarrolla desde luego durante el sueño. Pero sabemos que nos es posible sumirnos en un estado de relajamiento mucho más profundo que el procurado por el descanso natural. Hemos visto, en efecto, que, sean las que sean las circunstancias y el dominio donde se quiere actuar, prestaban una gran ayuda los períodos sucesivos de aislamiento, luego de meditación, de objetivación y, en fin, de acción.

Exactamente lo mismo ocurre con respecto a la videncia.

Los grandes videntes, los que al recibir a un consultante en su despacho son capaces de descifrar su pasado y prever su futuro, todos consiguen ponerse casi instantáneamente en una especie de segundo estado, en el que las percepciones de su doble astral tienen la primacía sobre las de sus sentidos físicos. Haciéndolo así consiguen desde el principio armonizar las vibraciones de su doble con las que emite el de su «cliente», resultándoles entonces posible leer el filme de su vida y percibir las causas primeras y las causas segundas que determinarán su futuro próximo o lejano. Y tras haber descifrado la alegoría presentada por lo Astral, se hallan en condiciones de anunciar más o menos precisamente lo que se va a producir. Una seria cultura psíquica y un entrenamiento bien llevado pueden permitir a cualquiera de ellos lograr ese estado particular que los videntes poseen generalmente al nacer.

De hecho, ese entrenamiento no difiere en absoluto del que ya hemos conocido en el curso de los capítulos precedentes. Las mismas reglas de higiene alimentaria, la misma acumulación de energía nerviosa, igual procedimiento de puesta en condiciones. Sin embargo, es esencial saber que sería vano esperar una videncia si, en un intervalo muy próximo, se ha intentado una transmisión de influencia a distancia.

No se puede ser a la vez emisor y receptor.

La tentativa de influencia supone que toda la fuerza nerviosa está orientada hacia la irradiación. Por el contrario, la práctica de la videncia implica la concentración de toda la voluntad para aumentar las facultades receptoras. Ambas, pues, son perfectamente incompatibles.

Si se ha efectuado una transmisión de influencia a distancia, ha de esperarse varios meses antes de intentar llevar a cabo la metagnomia. De no tomarse esta precaución, se corre al fracaso. Y un fracaso tanto más grave por cuanto que si las imágenes habrán podido, a pesar de todo, llegar al cerebro, lo habrán sido irremediablemente falseadas por la interferencia provocada por las emisiones. La interpretación que podrá entonces dárselas no corresponderá a ninguna realidad, ni pasada, ni futura.

Habiendo sido establecida esta regla —perfectamente lógica, ha de reconocerse—, veamos cómo es posible alcanzar un estado que permita ejercer la videncia.

En principio, el aislamiento. Para que sea eficaz, importa que sea particularmente profundo. Cuando se quiere llevar a cabo una videncia personal, es preferible escoger un lugar en donde no se sea molestado en absoluto. Cuando la lectura de lo Astral

ha de ser efectuada en beneficio de un tercero, es absolutamente necesario apartar a toda persona ajena, sea cual fuere su grado de parentesco con ese tercero. Consultante y vidente deben hallarse solos frente a frente.

Este período de aislamiento puede ser más o menos largo, según el grado de fatiga del vidente, y no debe cesar hasta que éste se sienta en perfecta comunicación con lo Astral. Entonces puede pasar al período de meditación, en el curso del cual tratará de establecer el contacto con el doble astral de su consultante, o más simplemente con el propio Astral si se trata de sí mismo. Se cae en la cuenta de haber sido establecida la «conexión» cuando desfilan imágenes no habituales por la pantalla de la imaginación, una de las cuales se impondrá muy rápidamente. Es el momento capital de la videncia: ha de objetivársela poderosamente de manera que se fije *con todos sus detalles* en la conciencia. Es en efecto ella la que constituye el jeroglífico enviado por lo Astral, la alegoría que habrá de descifrarse seguidamente. Puede ser una imagen estática, semejante a un cuadro o a una fotografía, o, por el contrario, una secuencia dinámica muy breve de escenas comparables a un minúsculo cortometraje. A veces, esta visión es muy fugaz. Otras, por el contrario, se impone con rara violencia. Pero, sean cuales fueren las circunstancias, es importante captarla en su conjunto, al par que precisando cada detalle. Cuando cesa la aparición de la imagen clave, ha terminado la videncia propiamente dicha. Queda entonces el interpretarla, lo cual no siempre resulta fácil, ya que, en la mayoría de los casos, las alegorías en cuestión son perfectamente oscuras. Es ahí que se hace indispensable la confianza del consultante. Muy a menudo es él y sólo él quien posee las diferentes claves que permiten interpretar el enigma. Es, pues, necesario que las revele sin reticencias. Se comprende mejor por qué a un hombre como Belline, por ejemplo, le guste bien poco que se le lancen desafíos tales, por ejemplo también, como el que hemos visto al comienzo de este capítulo.

Acontece con frecuencia que los videntes experimentados recurran a agentes exteriores para facilitar su tarea. Los más clásicos son la bola de cristal, las cartas, el poso de café y las agujas. Todos estos agentes tienen, en principio, una misma finalidad: favorecer la concentración, es decir, el aislamiento. Pero si con respecto a la bola de cristal se circunscribe a ello —aun cuando a veces suceda que se tenga la ilusión de que la imagen de lo Astral se forma en ella—, los otros agentes van más lejos. Son ellos en efecto quienes, por las combinaciones que representan, forman la imagen alegórica a interpretar. Permiten concentrar el trabajo de videncia en dos fases, reagrupando en la primera al aislamiento, a la meditación y a la objetivación, y formando parte de la segunda sólo la interpretación.

La *bola de cristal* es, indiscutiblemente, el atributo más significativo de la videncia, de creerse cuando menos a los dibujantes humorísticos que no dejan nunca de dotar a sus pitonisas de ese accesorio. Realmente, no es en absoluto necesario que la tal bola sea de cristal. Puede estar hecha lo mismo de rocas transparentes, esféricas u ovoides, cuidadosamente pulidas, que de las más puras producciones de los maestros vidrieros. Algunos hasta prefieren simples garrafas llenas de agua o de un preparado especial. Algunos de estos preparados, empleados generalmente por brujos y hechiceros, pueden por lo demás tener un pronunciado efecto alucinante. Tal es sobre todo el caso de éste, extraído de un ritual mágico:

Viértase vino tinto (cantidad suficiente para llenar la garrafa) sobre cabezas de adormidera (una por litro). Fíltrese al cabo de cuarenta y ocho horas de maceración. Se pueden añadir algunos gramos de beleño, de belladona, de mandrágora, de valeriana y de flor de cáñamo.

No insistiremos sobre los peligros que presenta la utilización de sustancias alucinógenas cuando se aventura en lo Astral. Sabemos que son enormes los peligros que se corren. Es, pues, preferible evitar

servirse de tales preparados, y limitarse, si se escoge la bola de cristal, a los instrumentos tradicionales o a la garrafa llena de agua.

Para «leer» cómodamente la bola de cristal, basta colocarla sobre una mesa, a una altura normal, al par que cuidando de no alejarla demasiado de los ojos. Se debe poder, sin embargo, discernir muy netamente sus contornos, a la vez que manteniendo la posibilidad de fijar su centro. Es por eso que ciertos videntes prefieren levantarla un poco, de manera que se encuentre prácticamente al nivel de los ojos. La luz ambiente debe ser la suficiente, pero no demasiado fuerte. La mejor iluminación la proporciona una bombilla eléctrica de poca potencia colocada tras un vidrio esmerilado.

Como ya lo hemos dicho, el papel esencial de la bola de cristal es el de facilitar la concentración, es decir, el aislamiento, la meditación y la objetivación. Ha de clavarse, pues, en ella la mirada, mas cuidando de no crisparse. Al cabo de unos minutos se precisan las imágenes provenientes de lo Astral. A veces lo hacen con tal claridad que, si se está perfectamente concentrado, se tiene la impresión de que se forman en el interior de la bola misma. Son estas imágenes las que conviene objetivar, de manera que puedan ser interpretadas seguidamente.

Las *cartas*, en cambio, no proceden de la misma manera. De hecho existe una infinidad de métodos para descifrar el futuro por medio de las cartas, desde los más esotéricos, basados en la utilización de los tarots, a los más simples, que no requieren sino una baraja corriente de bridge. Sin omitir por supuesto «los oráculos» especializados establecidos en cartulinas comparables a las cartas, empleados por algunos de los más grandes videntes, y cuyos símbolos permiten una exploración holgada de los datos de lo Astral.

Es durante la distribución del juego, con el reverso de las cartas sobre la mesa, que el vidente debe intentar obtener lo más rápidamente posible el aislamiento. Mas éste no tiene por misión, como anteriormente, hacer surgir imágenes al nivel de la conciencia, sino por el contrario, aportar una apre-

ciable ayuda al consultante que va a tener que escoger las cartas, y que no se aísle. Es en cierto modo una transferencia de aislamiento lo que se debe operar entre el vidente y su cliente, de manera que permita al doble astral del último inspirar la elección de las cartas. Una vez éstas echadas y vueltas, se pasa al descifrado del mensaje transmitido. En efecto, la imagen alegórica de lo Astral se halla ya representada concretamente por las diferentes yuxtaposiciones de las figuras. Desde luego, las vecindades son particularmente importantes, y son ellas las que dominan la configuración general de la videncia. Muchos neófitos se limitan por lo demás a un somero desenmarañamiento, a la simple vista de esta configuración. Lo cual es un error, pues se puede muy fácilmente ir más lejos procediendo a un nuevo período de aislamiento y de meditación que, con el apreciable apoyo que aporta el juego desplegado, permite obtener imágenes rápidas y precisas que vienen a completar lo que habían anunciado ya las cartas.

Obras enteras se han escrito sobre la manera de componer los diferentes juegos y, según las circustancias, se utilizará una u otra de sus técnicas. Pero, sea cual fuere la configuración elegida, se señala un importante número de constantes que es necesario conocer para interpretar correctamente el juego desplegado por el consultante.

Así, a las «figuras», es decir, Rey, Dama, Valet (1) (y Caballero si se utiliza un juego de tarots), corresponden las significaciones propias a los personajes actuando sobre las causas primeras y segundas, bien se trate del mismo consultante o de sus próximos, hasta de personas que no conoce. Su serie indica cuál va a ser el sentido de la acción de las mismas, o de su pasividad. Así el corazón, en el que los cabalistas ven la representación de la

(1) *N. de los T.*: Hemos de observar, aunque bien se aprecia, que se trata de la baraja francesa. Dejamos por lo tanto al "valet" (que corresponde a la sota) con su nombre específico, así como al palo de "carreau".

juventud y de la primavera, es muy naturalmente el signo de las relaciones afectivas. El «carreau», que corresponde a la plenitud de la vida, traerá aparejada obligatoriamente una idea de acción. El trébol, representación de la edad madura y del otoño, implicará un concepto de resultado, de donde la deformación generalmente difundida que lo ve como signo de dinero. En cuanto al pique, que tiene por atributos la vejez y el invierno, sugiere muy naturalmente la idea de la muerte y el conjunto de las dificultades que pueden perturbar una existencia.

Lo que es verdad para las figuras lo es también para las cartas cifradas. He aquí su significado para cada serie:

JUEGO DE CINCUENTA Y DOS NAIPES

Por primera han de marcarse las cartas arriba y a la izquierda por un signo cualquiera: el sentido atribuido a una carta varía según se presente la misma derecha o invertida.

Seguidamente ha de aprenderse el valor de los palos, el significado de las cartas y el sentido de las coincidencias.

Los palos

Los dos palos favorables son los corazones y los tréboles. Los piques y los «carreaux» son, pues, los palos adversos.

Corazón:

As de corazón derecho: Es el anuncio de una buena noticia, de alegría en la casa.

As de corazón invertido: Las contrariedades van a perturbar la tranquilidad hogareña. Retraso en la realización de pequeños proyectos.

Rey de corazón derecho: Hombre rubio condescendiente y adicto. Protege y se puede confiar en él.

Rey de corazón invertido: Indica retrasos con respecto a una recomendación. No contar demasiado con el apoyo prometido.

Dama de corazón derecha: Mujer rica, simpática y afectuosa. Anuncia un casamiento rico o satisfacciones amistosas.

Dama de corazón invertida: Disgustos matrimoniales: lío amoroso, divorcio, o más simplemente chismorreos.

Valet de corazón derecho: Joven rubio. Anuncia a la muchacha casadera un matrimonio muy próximo, y al joven una buena situación.

Valet de corazón invertido: Es el signo de la ruptura o de sinsabores a causa de la persona amada.

Diez de corazón derecho: Matrimonio feliz, prosperidad. Es un naipe favorable profesionalmente.

Diez de corazón invertido: Sorpresa o cólera. Amenazas sobre el hogar: disputas con sus allegados, inquietudes familiares.

Nueve de corazón derecho: Exito próximo. Regalo o logro.

Nueve de corazón invertido: Retrasos pasajeros. Desconfiar de la propia charlatanería.

Ocho de corazón derecho: Muchacha rubia. Anuncia un encuentro sentimental próximo.

Ocho de corazón invertido: Es una buena carta que indica el éxito.

Siete de corazón derecho: Niño rubio o naipe que simboliza el pensamiento del consultante.

Siete de corazón invertido: Desapego. Proyecto puesto en cuarentena debido a la torpeza del consultante.

Seis de corazón derecho: Esta carta representa el pasado. Llama la atención sobre los errores anteriores.

Seis de corazón invertido: Es el futuro. Anuncio de un bienestar duradero.

Cinco de corazón derecho: Herencia en perspectiva o reconciliación inminente.

Cinco de corazón invertido: Desconfiar de su aturdimiento. Visita próxima y sorprendente.

Cuatro de corazón derecho: Molestia bastante grave y contra la cual no se puede hacer nada.

Cuatro de corazón invertido: Nueva amistad de la que conviene desconfiar. Si este naipe está precedido del cinco de pique invertido, indica una muerte próxima en la familia del consultante.

Tres de corazón derecho: Para los jóvenes, suerte en todos los dominios. Para los demás, buenas perspectivas.

Tres de corazón invertido: Sonríe la suerte, pero han de tomarse iniciativas.

Dos de corazón derecho: Exito total en los negocios.

Dos de corazón invertido: Logro modesto. Vale más no hacer proyectos demasiado ambiciosos.

Trébol:

As de trébol derecho: Satisfacción pecuniaria, longevidad, felicidad.

As de trébol invertido: Fortuna, vejez dichosa, pasión compartida.

Rey de trébol derecho: Hombre moreno amistoso. Esta carta indica al consultante que está protegido en su trabajo. Si es una mujer, que conocerá a un hombre generoso.

Rey de trébol invertido: Es indicación de enfermedad. Conviene desconfiar de sus aliados.

Dama de trébol derecha: Mujer morena adicta. Anuncia, bien sea un casamiento de dinero, o bien una eficaz ayuda en los negocios.

Dama de trébol invertida: Mujer morena celosa y malévola. Indica engaño y decepción.

Valet de trébol derecho: Joven moreno. Es un hombre honrado, marido de fácil convivencia y amigo leal.

Valet de trébol invertido: Anuncia la prodigalidad. Evitar los gastos desconsiderados.

Diez de trébol derecho: Indica el orden, la economía y el logro en el plano financiero.

Diez de trébol invertido: Pérdida de dinero. Amor contrariado

Nueve de trébol derecho: Ingreso imprevisto de dinero. Matrimonio brillante si el consultante es soltero.

Nueve de trébol invertido: Ha de evitarse hacer negocios o proyectos matrimoniales: os quieren engañar.

Ocho de trébol derecho: Joven morena. Cerca del valet o del as de corazón, esta carta anuncia a una joven morena que su casamiento no se efectuará debido a su falta de fortuna. Buena carta para los negocios y el corazón.

Ocho de trébol invertido: Dificultades, celos, avaricia, sinsabores sentimentales.

Siete de trébol derecho: Hijo moreno, pequeño logro financiero.

Siete de trébol invertido: Hijo natural, pequeña dificultad financiera.

Seis de trébol derecho: Anuncia el presente.

Seis de trébol invertido: Desconfiar de su ambición.

Cinco de trébol derecho: Logro en el matrimonio. Esta carta representa al esposo o a la esposa.

Cinco de trébol invertido: Fracaso o traición en el plano sentimental.

Cuatro de trébol derecho: Una promoción inesperada. Regalo o sorpresa agradable.

Cuatro de trébol invertido: Retraso en el ascenso. Sorpresa desagradable. Dificultad en las relaciones amistosas o profesionales.

Tres de trébol derecho: Favorable al casamiento o a la asociación proyectada.

Tres de trébol invertido: Próximo nacimiento. Retraso y preocupación en los asuntos en curso.

Dos de trébol derecho: Gran dificultad pecuniaria. Contrariedad en los sentimientos.

Dos de trébol invertido: Ruina, incendio. Corazón: reparación, ruptura.

Pique:

As de pique derecho: Es el triunfo sobre la adversidad.

As de pique invertido: Esta carta anuncia la fecundidad.

Rey de pique derecho: Jurista. Pleito ganado en un proceso.

Rey de pique invertido: Personaje dañino. Pérdida de proceso.

Dama de pique derecha: Viuda, divorciada, mala amiga. Esta carta acompañada del dos de corazón designa una rival.

Dama de pique invertida: Para un hombre: suegra insoportable; para una mujer: familia política desagradable.

Valet de pique derecho: Joven moreno. La hipocresía y la malevolencia rodean al consultante. Atención a las malas intenciones.

Valet de pique invertido: Traición. Dificultades inmediatas como consecuencia de la imprevisión.

Diez de pique derecho: Es una carta muy mala. Llanto, separación. Cerca de la dama de pique, esta carta anuncia una próxima viudedad.

Diez de pique invertido: La situación no es tan desesperada como podría suponerse. Con paciencia, el consultante saldrá de sus dificultades.

Nueve de pique derecho: Es la peor carta del juego. Anuncia catástrofes y la muerte cuando está situada al lado del ocho de pique.

Nueve de pique invertido: Desconfianza. Engaño por personas en quienes se ha depositado demasiada confianza.

Ocho de pique derecho: Anuncio de una enfermedad. Malevolencia en el medio profesional.

Ocho de pique invertido: Accidente posible, trastorno de la existencia del consultante.

Siete de pique derecho: Muchacha morena. Buena carta que indica o confirma el éxito.

Siete de pique invertido: Seguir los consejos de los allegados, so pena de graves desilusiones.

Seis de pique derecho: Un viaje benéfico que no hay que dejar de hacer.

Seis de pique invertido: Inquietud justificada, para el corazón y para los negocios.

Cinco de pique derecho: Engaño por parte del ser amado. No tomar iniciativa en los negocios.

Cinco de pique invertido: Evitar el aumento de trabajo, y los excesos en la mesa. Desconfiar de la salud.

Cuatro de pique derecho: Decepción amorosa, aislamiento benéfico; desilusiones profesionales.

Cuatro de pique invertido: Es un buen naipe que indica un ingreso de dinero, una promoción o un retorno de afecto.

Tres de pique derecho: Desavenencia en el hogar. Pérdida de situación.

Tres de pique invertido: Perturbación cerebral. Es la carta de la locura.

Dos de pique derecho: Amigos sinceros con los cuales se puede contar. Regalo.

Dos de pique invertido: Desconfiar de las relaciones de quienes no ha de esperarse nada por el momento.

Carreau:

As de carreau derecho: Asunto de negocios, carta de amor o de ruptura.

As de carreau invertido: Malas noticias. Desconfiar de los proyectos en curso de realización.

Rey de carreau derecho: Viajero u hombre del país. Es una buena carta que anuncia la felicidad y el éxito en las empresas profesionales.

Rey de carreau invertido: Retraso en las protecciones prometidas. Consejos a seguir de un hombre justo.

Dama de carreau derecha: Mujer más bien peligrosa. No ha de concedérsele sino una relativa confianza, pero puede ser útil.

Dama de carreau invertida: Desconfiar de una intrigante que ronda en torno de vuestro hogar.

Valet de carreau derecho: Elemento portador de nuevas. Trae la alegría en amor, el logro en los negocios. Hay un personaje interesante en quien se puede confiar.

Valet de carreau invertido: Trae la decepción en amor, el fracaso en los negocios. Hay un envidioso en quien no se debe confiar.

Diez de carreau derecho: Cambio de situación, viaje lejano, proposición importante. Es un buen naipe.

Diez de carreau invertido: Retraso o anulación de proyectos de viaje o de cambio de situación.

Nueve de carreau derecho: Advertencia concerniente a los intereses personales. Redoblar la vigilancia en los negocios.

Nueve de carreau invertido: Dificultad en las relaciones profesionales. Pérdida de dinero. Retraso en los asuntos en curso de solución.

Ocho de carreau derecho: Pequeñas gestiones coronadas por el éxito, viaje agradable en perspectiva.

Ocho de carreau invertido: Disputas. Persona de cortos alcances. Retraso en los pagos.

Siete de carreau derecho: Buena noticia. Negociaciones que se traducirán en evidentes ventajas. Exito a corto plazo, vejez sin cuidados.

Siete de carreau invertido: Disputa, falta de decisión, atención a las malas influencias.

Seis de carreau derecho: Indicación concerniente al temperamento del consultante: indolencia, imprevisión.

Seis de carreau invertido: La negligencia acarrea la incomodidad y la discordia en el hogar.

Cinco de carreau derecho: Esta carta anuncia el éxito en los negocios y la fecundidad en el matrimonio.

Cinco de carreau invertido: Infortunio total, mala suerte permanente.

Cuatro de carreau derecho: Vida fácil, a condición de rodearse de amigos útiles y de amistades poderosas.

Cuatro de carreau invertido: Suerte en amor, éxito en los negocios.

Tres de carreau derecho: No descuidar nada para asegurar el futuro, no vacilar en redoblar los esfuerzos en este período; serán provechosos.

Tres de carreau invertido: Es una buena carta que indica el éxito de los proyectos en curso.

Dos de carreau derecho: Quienes le rodean envidian al consultante. Su entusiasmo se enfría sin motivo.

Dos de carreau invertido: Agradable y muy interesante sorpresa. Dinero o amor.

EL SIGNIFICADO DE LAS CARTAS

As de corazón:

Situado a la derecha de un corazón: casamiento feliz.
Situado a la derecha de un trébol: suerte y éxito.
Situado a la derecha de un pique: salida agradable.
Situado a la derecha de un carreau: visita, misiva amorosa.
Situado a la izquierda de un corazón: pasión compartida.
Situado a la izquierda de un trébol: fortuna.
Situado a la izquierda de un pique: anuncio de un trámite.
Situado a la izquierda de un carreau: viaje lucrativo.

Rey de corazón:

Situado a la derecha de un corazón: protección.
Situado a la derecha de un trébol: ingreso de dinero.
Situado a la derecha de un pique: preocupación.
Situado a la derecha de un carreau: gestión.
Situado a la izquierda de un corazón: interés amoroso.
Situado a la izquierda de un trébol: proposiciones interesantes.
Situado a la izquierda de un pique: obstáculos.
Situado a la izquierda de un carreau: desplazamiento.

Dama de corazón:

Situada a la derecha de un corazón: pasión.
Situada a la derecha de un trébol: protección de una mujer.
Situada a la derecha de un pique: pesar.
Situada a la derecha de un carreau: viaje.
Situada a la izquierda de un corazón: fidelidad.
Situada a la izquierda de un trébol: protección de una mujer.
Situada a la izquierda de un pique: envidia.
Situada a la izquierda de un carreau: visita.

Valet de corazón:

Situado a la derecha de un corazón: novio.
Situado a la derecha de un trébol: dinero.
Situado a la derecha de un pique: tormento.
Situado a la derecha de un carreau: carta o cita.
Situado a la izquierda de un corazón: novio rico.
Situado a la derecha de un trébol: fortuna.
Situado a la izquierda de un pique: decepción amorosa.
Situado a la izquierda de un carreau: viaje.

Diez de corazón:

Situado a la derecha de un corazón: amor sincero.
Situado a la derecha de un trébol: ingreso de dinero.
Situado a la derecha de un pique: pérdida de dinero.
Situado a la derecha de un carreau: nuevo amor.
Situado a la izquierda de un corazón: pasión compartida.
Situado a la izquierda de un trébol: éxito total.
Situado a la izquierda de un pique: dificultades pasajeras.
Situado a la izquierda de un carreau: invitación.

Nueve de corazón:

Situado a la derecha de un corazón: constancia.
Situado a la derecha de un trébol: logro.
Situado a la derecha de un pique: dificultades.
Situado a la derecha de un carreau: agradable imprevisto.
Situado a la izquierda de un corazón: felicidad.
Situado a la izquierda de un trébol: reconciliación.
Situado a la izquierda de un pique: desavenencias pasajeras.
Situado a la izquierda de un carreau: desplazamiento inesperado.

Ocho de corazón:

Situado a la derecha de un corazón: nueva pasión.
Situado a la derecha de un trébol: matrimonio ventajoso.
Situado a la derecha de un pique: *flirt* tranquilo.
Situado a la derecha de un carreau: misiva lejana.
Situado a la izquierda de un corazón: pasión sin mañana.
Situado a la izquierda de un trébol: petición de préstamo.
Situado a la izquierda de un pique: disputa.
Situado a la izquierda de un carreau: maledicencias.

Siete de corazón:

Situado a la derecha de un corazón: amor sincero.
Situado a la derecha de un trébol: fecundación.
Situado a la derecha de un pique: obstáculos matrimoniales.
Situado a la derecha de un carreau: viaje de negocios.
Situado a la izquierda de un corazón: felicidad amorosa.
Situado a la izquierda de un trébol: prosperidad.
Situado a la izquierda de un pique: preocupación.
Situado a la izquierda de un carreau: viaje útil.

As de trébol:

Situado a la derecha de un corazón: matrimonio de dinero.
Situado a la derecha de un trébol: gran situación.
Situado a la derecha de un pique: obstáculos superados.
Situado a la derecha de un carreau: éxito profesional.
Situado a la izquierda de un corazón: carta de amor.
Situado a la izquierda de un trébol: herencia.
Situado a la izquierda de un pique: sucesión importante.
Situado a la izquierda de un carreau: éxito total.

Rey de trébol:

Situado a la derecha de un corazón: relación interesante.
Situado a la derecha de un trébol: protección eficaz.
Situado a la derecha de un pique: triunfo sobre las dificultades.
Situado a la derecha de un carreau: viaje de negocios.
Situado a la izquierda de un corazón: lealtad.
Situado a la izquierda de un trébol: asociación provechosa.
Situado a la izquierda de un pique: dificultades.
Situado a la izquierda de un carreau: desplazamiento interesado.

Dama de trébol:

Situada a la derecha de un corazón: amor perfecto.
Situada a la derecha de un trébol: ayuda de una mujer rica.
Situada a la derecha de un pique: desconfiar de una mujer morena.
Situada a la derecha de un carreau: visita desagradable.
Situada a la izquierda de un trébol: ganancia importante.

Situada a la izquierda de un corazón: amistad duradera.
Situada a la izquierda de un pique: enfermedad, dificultades.
Situada a la izquierda de un carreau: disputa inesperada.

Valet de trébol:

Situado a la derecha de un corazón: novio serio.
Situado a la derecha de un trébol: joven afortunado.
Situado a la derecha de un pique: retraso.
Situado a la derecha de un carreau: visita agradable.
Situado a la izquierda de un corazón: proyecto de matrimonio.
Situado a la izquierda de un trébol: novio rico y tonto.
Situado a la izquierda de un pique: ruptura, deslealtad.
Situado a la izquierda de un carreau: nueva amistad.

Diez de trébol:

Situado a la derecha de un corazón: pago anticipado.
Situado a la derecha de un trébol: riqueza.
Situado a la derecha de un pique: situación.
Situado a la derecha de un carreau: regalo amistoso.
Situado a la izquierda de un corazón: éxito general.
Situado a la izquierda de un trébol: beneficio inesperado.
Situado a la izquierda de un pique: cambio profesional.
Situado a la izquierda de un carreau: logro en el curso de un desplazamiento.

Nueve de trébol:

Situado a la derecha de un corazón: matrimonio de amor y de dinero.
Situado a la derecha de un trébol: importantes ingresos de dinero.

Situado a la derecha de un pique: proceso ganado.
Situado a la derecha de un carreau: pequeño viaje.
Situado a la izquierda de un corazón: amor recompensado.
Situado a la izquierda de un trébol: beneficios.
Situado a la izquierda de un pique: disgusto.
Situado a la izquierda de un carreau: regalo de provincias.

Ocho de trébol:

Situado a la derecha de un corazón: éxito con una morena.
Situado a la derecha de un trébol: casamiento feliz.
Situado a la derecha de un pique: preocupación monetaria.
Situado a la derecha de un carreau: satisfacción amistosa.
Situado a la izquierda de un corazón: agradable encuentro sentimental.
Situado a la izquierda de un trébol: inversión segura.
Situado a la izquierda de un pique: amistad nefasta.
Situado a la izquierda de un carreau: anuncio de un casamiento.

Siete de trébol:

Situado a la derecha de un corazón: amor de una morena.
Situado a la derecha de un trébol: ingreso de dinero.
Situado a la derecha de un pique: enfurruñamiento.
Situado a la derecha de un carreau: proposición interesante.
Situado a la izquierda de un corazón: penas del corazón.
Situado a la izquierda de un trébol: beneficio imprevisto.
Situado a la izquierda de un pique: dificultades, preocupaciones.
Situado a la izquierda de un carreau: regreso de una persona querida.

As de pique:

Situado a la derecha de un corazón: falta de honradez.
Situado a la derecha de un trébol: desahogo, confort.
Situado a la derecha de un pique: asociación nefasta.
Situado a la derecha de un carreau: noticia desagradable.
Situado a la izquierda de un corazón: impresión, infidelidad.
Situado a la izquierda de un trébol: hogar sin problemas.
Situado a la izquierda de un pique: proceso ganado.
Situado a la izquierda de un carreau: enojosos papeles de negocios.

Rey de pique:

Situado a la derecha de un corazón: viudo amoroso.
Situado a la derecha de un trébol: dificultades sentimentales.
Situado a la derecha de un pique: enredo.
Situado a la derecha de un carreau: proceso venidero.
Situado a la izquierda de un corazón: ruptura.
Situado a la izquierda de un trébol: proceso perdido.
Situado a la izquierda de un pique: intrigas.
Situado a la izquierda de un carreau: mal negocio.

Dama de pique:

Situada a la derecha de un corazón: viuda amorosa.
Situada a la derecha de un trébol: dificultad financiera.
Situada a la derecha de un pique: maledicencia.
Situada a la derecha de un carreau: pesar, preocupación.
Situada a la izquierda de un corazón: cuidados, infidelidad.

Situada a la izquierda de un trébol: dificultades monetarias.
Situada a la izquierda de un pique: viudez.
Situada a la izquierda de un carreau: divorcio.

Valet de pique:

Situado a la derecha de un corazón: traición.
Situado a la derecha de un trébol: estafa.
Situado a la derecha de un pique: falsos amigos.
Situado a la derecha de un carreau: calumnia.
Situado a la izquierda de un corazón: indiferencia.
Situado a la izquierda de un trébol: envidia.
Situado a la izquierda de un pique: deslealtad.
Situado a la izquierda de un carreau: desilusión.

Diez de pique:

Situado a la derecha de un corazón: sufrimiento, penas.
Situado a la derecha de un trébol: dificultades.
Situado a la derecha de un pique: duelo.
Situado a la derecha de un carreau: éxito en negocios.
Situado a la izquierda de un corazón: muerte de un amigo.
Situado a la izquierda de un trébol: peligroso cambio de situación.
Situado a la izquierda de un pique: muerte de un pariente.
Situado a la izquierda de un carreau: logro afectivo.

Nueve de pique:

Situado a la derecha de un corazón: discordias.
Situado a la derecha de un trébol: sucesión.
Situado a la derecha de un pique: enfermedad, dificultades.
Situado a la derecha de un carreau: pérdida de prestigio.
Situado a la izquierda de un corazón: éxito profesional.

Situado a la izquierda de un trébol: reconciliación.
Situado a la izquierda de un pique: mala suerte.
Situado a la izquierda de un carreau: muerte de un pariente.

Ocho de pique:

Situado a la derecha de un corazón: accidente leve.
Situado a la derecha de un trébol: preocupaciones monetarias.
Situado a la derecha de un pique: enfermedad.
Situado a la derecha de un carreau: melancolía.
Situado a la izquierda de un corazón: separación.
Situado a la izquierda de un trébol: grandes pérdidas de dinero.
Situado a la izquierda de un pique: gran pesar.
Situado a la izquierda de un carreau: alejamiento de un ser querido.

Siete de pique:

Situado a la derecha de un corazón: felicidad.
Situado a la derecha de un trébol: mala inversión.
Situado a la derecha de un pique: preocupaciones, decepciones.
Situado a la derecha de un carreau: querellas.
Situado a la izquierda de un corazón: amor defraudado.
Situado a la izquierda de un trébol: herencia modesta.
Situado a la izquierda de un pique: noticias desagradables.
Situado a la izquierda de un carreau: grave pesar.

As de carreau:

Situado a la derecha de un corazón: carta amistosa.
Situado a la derecha de un trébol: retraso en el pago.
Situado a la derecha de un pique: misiva desagradable.
Situado a la derecha de un carreau: noticia, carta.

Situado a la izquierda de un corazón: carta tranquilizadora.
Situado a la izquierda de un trébol: salida de dinero.
Situado a la izquierda de un pique: duelo.
Situado a la izquierda de un carreau: mal viaje.

Rey de carreau:

Situado a la derecha de un corazón: noviazgos a evitar.
Situado a la derecha de un trébol: penosa discusión de dinero.
Situado a la derecha de un pique: reflexión, desconfianza.
Situado a la derecha de un carreau: visita molesta.
Situado a la izquierda de un corazón: matrimonio.
Situado a la izquierda de un trébol: préstamo de dinero.
Situado a la izquierda de un pique: no sacar dinero.
Situado a la izquierda de un carreau: disputas, dificultades.

Dama de carreau:

Situada a la derecha de un corazón: ternura.
Situada a la derecha de un trébol: obstáculos.
Situada a la derecha de un pique: chismorreos, envidia.
Situada a la derecha de un carreau: accidente.
Situada a la izquierda de un corazón: infidelidad.
Situada a la izquierda de un trébol: estafa, robo.
Situada a la izquierda de un pique: reflexión, preocupación.
Situada a la izquierda de un carreau: engaño.

Valet de carreau:

Situado a la derecha de un corazón: misiva amorosa.
Situado a la derecha de un trébol: carta de dinero.
Situado a la derecha de un pique: un nuevo duelo.
Situado a la derecha de un carreau: carta difícil.

Situado a la izquierda de un corazón: buenas noticias.
Situado a la izquierda de un trébol: pérdida de dinero.
Situado a la izquierda de un pique: pena, tristeza.
Situado a la izquierda de un carreau: documentos profesionales.

Diez de carreau:

Situado a la derecha de un corazón: visita sentimental.
Situado a la derecha de un trébol: agradable cambio de fortuna.
Situado a la derecha de un pique: disgusto pasajero.
Situado a la derecha de un carreau: viaje útil.
Situado a la izquierda de un corazón: viaje amoroso.
Situado a la izquierda de un trébol: gran herencia.
Situado a la izquierda de un pique: peligro de accidente.
Situado a la izquierda de un carreau: viaje inútil.

Nueve de carreau:

Situado a la derecha de un corazón: retraso.
Situado a la derecha de un trébol: contrariedad.
Situado a la derecha de un pique: grandes dificultades.
Situado a la derecha de un carreau: preocupaciones domésticas.
Situado a la izquierda de un corazón: ruptura.
Situado a la izquierda de un trébol: pérdida de dinero.
Situado a la izquierda de un pique: proceso.
Situado a la izquierda de un carreau: carta amistosa.

Ocho de carreau:

Situado a la derecha de un corazón: novedad.
Situado a la derecha de un trébol: viaje de dinero.
Situado a la derecha de un pique: viaje peligroso.

Situado a la derecha de un carreau: alejamiento.
Situado a la izquierda de un corazón: breve amorío.
Situado a la izquierda de un trébol: viaje costoso.
Situado a la izquierda de un pique: viaje penoso
Situado a la izquierda de un carreau: enemistad.

Siete de carreau:

Situado a la derecha de un corazón: disgusto.
Situado a la derecha de un trébol: contrariedad.
Situado a la derecha de un pique: cólera.
Situado a la derecha de un carreau: maledicencia.
Situado a la izquierda de un corazón: felicidad.
Situado a la izquierda de un trébol: decepción.
Situado a la izquierda de un pique: hipocresía.
Situado a la izquierda de un carreau: malevolencia.

El sentido de las coincidencias:

Dos ases: superchería.
Tres ases: semilogro.
Cuatro ases: logro total familiar y profesional.
Dos reyes: consejo a seguir.
Tres reyes: reunión de notabilidades.
Cuatro reyes: apoyos, protección, logro.
Dos damas: adhesión, amistad.
Tres damas: desconfianza.
Cuatro damas: habladurías, traición.
Dos valets: cuidados, inquietud.
Tres valets: querellas, enredos.
Cuatro valets: enfermedad, disputa violenta.
Dos de diez: grandes dificultades.
Tres de diez: transformación, cambio.
Cuatro de diez: pérdida, proceso.
Dos nueves: entrada de dinero.
Tres nueves: éxito por venir.
Cuatro nueves: suerte, prosperidad.
Dos ochos: encuentro agradable.
Tres ochos: casamiento sin pasión.
Cuatro ochos: decepción, ruina.

Dos sietes: noticia, carta.
Tres sietes: contrariedad, nacimiento.
Cuatro sietes: traición, maledicencia.
Dos de seis: cólera, rencor.
Tres de seis: logro, éxito.
Cuatro de seis: gran logro.
Dos cincos: valor.
Tres cincos: tenacidad.
Cuatro cincos: reflexión.
Dos cuatros: desplazamiento.
Tres cuatros: prudencia, avaricia.
Cuatro cuatros: reveses.
Dos de tres: período tranquilo.
Cuatro de tres: logro lento.
Dos de dos: matrimonio logrado.
Tres de dos: linfatismo.
Cuatro de dos: disputa, desavenencia.

Método de base

Antes de echar las cartas es indispensable barajarlas tres, siete o trece veces, a vuestra elección. Observando este rito, las corta el consultante con la mano izquierda.

Tras haber interpretado las cartas de corte, tomad el juego en mano y repartidlo en dos paquetes de veintiséis cartas. Pedid al consultante que escoja uno de los dos paquetes. Luego, invitadle a tomar, al azar, dos cartas del paquete dejado de lado y a que las mezcle, sin mirarlas, en el paquete que ha elegido.

Una vez terminadas estas operaciones, barajad las cartas y hacedlas cortar. Disponedlas luego en cuatro paquetes de siete cartas. El primero os dará indicaciones sobre el consultante, el segundo sobre la casa, el tercero sobre el pasado y el cuarto sobre el futuro.

La explicación de estos paquetes se efectúa remitiéndose al valor y al significado dados anteriormente de las cartas. Si el consultante es hombre, se le representa tradicionalmente por el rey de corazón

para un rubio, por el rey de trébol para un moreno y por el rey de pique para un viudo o un divorciado. Si se trata de una mujer, la reina de corazón representa asimismo a una rubia, la reina de trébol una morena, y la reina de pique una viuda o divorciada.

EL JUEGO DE TREINTA Y DOS CARTAS

Todo lo que se ha explicado hasta aquí permanece válido. Existen varias maneras de leer el futuro con un juego de treinta y dos cartas. Hemos seleccionado dos: el método por siete y el gran juego.

El método por siete

Una vez barajadas y cortadas las treinta y dos cartas. contad seis, una a una, y sacad la séptima, que colocaréis a la izquierda ante el consultante. Renovad la operación, repitiéndola varias veces hasta haber obtenido un semicírculo de doce cartas.

Examinad y explicad de izquierda a derecha el conjunto de las cartas expuestas. Interpretad luego las coincidencias dos a dos comenzando por la primera carta que asociáis a su vecina de la derecha, y así sucesivamente.

El gran juego

Una vez barajado y cortado el paquete de cartas, se extraen de él al azar veintiuna, después de haber desplegado el juego completo en semicírculo.

Tras haber apartado las cartas que no han sido extraídas, desplegad, siempre en semicírculo, y con la cara oculta, las cartas elegidas.

El gran juego se lee de derecha a izquierda. Contad cuatro cartas y descubrid la quinta. Comentada ésta, partid de ella, contándola como uno y descubrid de nuevo la quinta, procediendo así hasta que hayan sido descubiertas todas.

Interpretad seguidamente las coincidencias dos a dos, asociando la carta de la derecha a la de la izquierda.

Finalmente, recoged las veintiún cartas, barajadlas, hacedlas cortar y separadlas en cuatro paquetes de cinco cartas, que examinaréis uno tras uno. Cada uno de ellos debe daros un oráculo preciso: el primero, sobre el consultante; el segundo, sobre la casa; el tercero, sobre el pasado; y el cuarto, sobre el futuro. La carta número veintiuno se coloca sobre uno de los paquetes, y la misma, llamada «la sorpresa», proporciona una explicación complementaria importante al consultante. Es de ella que depende el éxito o el fracaso de la consulta.

LEER LOS TAROTS

Existen varios juegos de tarots, siendo los más conocidos el llamado de «Mlle. le Normand» y el denominado «Grand Etteilla». Como es preciso hacer una elección y no se trata de abordar a fondo el arte de leer los tarots —no bastaría para ello un volumen entero—, hemos tomado como ejemplo el de la «Grand Etteilla» editado por B. P. Grimaud.

Manera de echar las cartas

Una vez barajadas las cartas, haced que las corte el consultante con la mano izquierda. Contad cuatro cartas y descubrid la quinta. Obrad así hasta que tengáis delante cuarenta y cinco: seis hileras de siete cartas más una de tres: la carta n.º 1 representa al consultante. Si no ha salido entre las cuarenta y cinco, ha de incluírsela en el juego y extraer una carta al azar. Esta carta es inútil si se echa el juego de tarots para una mujer, en cuyo caso conviene sustraerla del mismo.

La carta n.º 8 representa a la consultante. Si son echadas las cartas para un hombre, es necesario retirarla del juego. Ha de incluírsela igualmente en

él si no ha salido en las cuarenta y cinco cartas, y extraer una carta al azar dada esa eventualidad.

Contad seis cartas y descubrid la séptima. Examinad lo que anuncia y pasad luego a la catorce. Y así sucesivamente hasta que hayáis dado vuelta a todo el juego.

El significado de los tarots

N.º 1: Carta derecha. — *Etteilla:* es el signo de una gran inteligencia.
Invertida. — *El consultante:* cuando sale normalmente esta carta en el curso de una tirada, es un presagio feliz.

N.º 2: Derecha. — *Esclarecimiento:* la carta significa que son favorables las discusiones en curso.
Invertida. — *Fuego:* querellas violentas, obstáculos en vuestro camino. Se intenta abusar de vuestra confianza.

N.º 3: Derecha. — *Conversación:* se habla de vosotros sin benevolencia. Vuestros íntimos se recrean en palabras desagradables y hasta calumniosas a vuestro respecto.
Invertida. — *Agua:* la lluvia amenaza trastornar vuestros proyectos de salida. Atención a no beber demasiado en el curso de una cena.

N.º 4: Derecha. — *Despojo:* es el anuncio de un secreto. Se disparará la hipocresía que os rodea.
Invertida. — *Aire:* El ambiente en el que os movéis es brillante; a vosotros toca de aprovecharos de ello. Desconfiad de vuestras inversiones de dinero.

N.º 5: Derecha. — *Viaje:* Es una carta muy importante. Anuncia la vuelta a la tranquilidad y el aumento de la fortuna.
Invertida. — *Tierra:* Es un mal presagio: pérdida de dinero, preocupaciones, problemas profesionales o familiares.

N.º 6: Derecha. — *Día:* Anuncia un nuevo amor, un encuentro en un lugar público.
Invertida. — *Noche:* Un gran amor nacerá en una fiesta nocturna o durante un espectáculo.

N.º 7: Derecha. — *Apoyo:* He aquí una mala carta, ya que anuncia enemigos que no se sospechan.
Invertida. — *Protección:* Por el contrario, ésta es benéfica. Vuestros competidores serán confundidos y triunfaréis de la adversidad.

N.º 8: Derecha. — *Etteilla:* Es el signo de la dulzura y de la virtud.
Invertida. — *La consultante:* Excelente presagio si la carta sale rápidamente.

N.º 9: Derecha. — *La Justicia:* Ganaréis el pleito, siendo satisfecha vuestra demanda.
Invertida. — *El legista:* Os espera una mala querella. Rodeaos de juristas de confianza.

N.º 10: Derecha. — *La Templanza:* No abuséis de las cosas buenas. Sed sobrio y evitad los excesos en la mesa.
Invertida. — *El sacerdote:* Alguien muy allegado a vosotros está gravísimamente enfermo. Si echáis las cartas para vosotros mismos, consultad a un excelente médico.

N.º 11: Derecha. — *La Fuerza:* El éxito se encuentra al alcance de vuestra mano. Vuestros adversarios serán confundidos, venceréis en toda la línea.
Invertida. — *El soberano:* Personas muy poderosas tratan de desacreditaros. Corréis peligro de perder vuestro empleo.

N.º 12: Derecha. — *La Prudencia:* Sed muy prudente en los negocios. Vuestros apoyos no son sólidos. ¡Desconfianza!
Invertida. — *El pueblo:* Atención a las discusiones políticas en la calle, a los tropiezos en vehículo. Riesgo de trifulcas.

N.º 13: Derecha. — *Casamiento:* Hay boda en el aire. Esta noticia os agrada; por otra parte puede que se trate de vuestra propia boda.
Invertida. — *Unión:* La persona amada se casará con otra. Pena de amor, desesperación.

N.º 14: Derecha. — *Fuerza mayor:* Vuestra ardiente pasión no os aportará sino lágrimas.
Invertida. — Si sois hombre, conquistaréis a una mujer casada, lo cual no os producirá más que

disgustos. Si sois mujer, seréis engañada muy rápidamente por vuestro amante.

N.º 15: Derecha. — *Enfermedad:* Esta carta anuncia una temible enfermedad contra la cual no puede nada la medicina tradicional. En cambio, será curada por un charlatán.
Invertida. — Cuidad vuestros nervios. Id a ver a un psiquiatra.

N.º 16: Derecha. — *Juicio:* Vuestros problemas están en vías de resolverse. Sed paciente.
Invertida. — Las decisiones están tomadas; el asunto está juzgado, sin apelación.

N.º 17: Derecha. — *Mortalidad:* Esta carta anuncia el inminente fallecimiento de la persona que la sigue en el orden de las cartas.
Invertida. — *Nada:* Todos vuestros proyectos se van a pique. Os persigue el fracaso.

N.º 18: Derecha. — *Traidor:* Alguien que os quiere mal os hace una peligrosa contra-publicidad.
Invertida. — Ese traidor va a traicionarse a sí mismo. Estad alerta; lo descubriréis muy pronto.

N.º 19: Derecha. — *Miseria:* Un imprevisto trastorno va a llevaros a la ruina. Haced un inmediato acopio de vuestros recursos.
Invertida. — *Prisión:* Vais a ser perseguido. Sed prudente, la prisión os acecha.

N.º 20: Derecha. — *Fortuna:* Alguien lanza el descrédito sobre vosotros y os hace pasar por un asno, a pesar de vuestra reputación.
Invertida. — *Aumento:* Estad atento a vuestro hogar. La gente se ríe de vosotros a causa de vuestro consorte, con razón o sin ella.

N.º 21: Derecha. — *Disensión:* Un país que os es querido sufre intrigas políticas de sus vecinos.
Invertida. — El país en el que pensáis está dispuesto a sacudir el yugo de sus tiranos.

N.º 22: Derecha. — *Hombre del campo:* Esta carta anuncia la llegada de un amigo o pariente lejano, lleno de buenas intenciones.
Invertida. — *Hombre severo:* Las personas frías saben mostrarse a veces buenas consejeras. Pueden igualmente ser generosas.

N.º 23: Derecha. — *Mujer del campo:* Viene de lejos para hacer el bien en vuestra casa. Escuchadla.
Invertida. — *Mujer buena:* Tiene buenas intenciones, pero no puede hacer lo que quiere.

N.º 24: Derecha. — *Partida:* Vuestra familia y allegados tratan de casaros.
Invertida. — *Desunión:* Las personas que os rodean están dispuestas a todo para destruir vuestro hogar.

N.º 25: Derecha. — *Extranjero:* Os será anunciada próximamente una noticia importante y agradable.
Invertida. — *Noticia:* Una carta imprevista os dejará perfectamente indiferente.

N.º 26: Derecha. — *Traición:* En el plano profesional, vuestros enemigos están a punto de haceros perder la estima de vuestros superiores.
Invertida. — *Obstáculo:* En el último momento será anulado un viaje que os interesaba mucho.

N.º 27: Derecha. — *Retraso:* Por una causa imprevista será retrasado un arreglo de vuestros asuntos.
Invertida. — *Contratiempos:* Vuestros engorros no se hallan a punto de desaparecer, sino muy al contrario. Mostraos tranquilo, reflexivo y prudente.

N.º 28: Derecha. — *Campo:* Viaje o desplazamiento benéfico.
Invertida. — *Disputa intestina:* Disputa a propósito de vuestra casa. Escena hogareña en perspectiva.

N.º 29: Derecha. — *Negociaciones:* Las negociaciones no darán resultado alguno. Vuestros proyectos no tendrán éxito.
Invertida. — *Indecisión:* Sois indeciso y no veis cómo salir del atolladero en el que os habéis metido.

N.º 30: Derecha. — *Criado:* Querella en vuestro servicio, en casa o en el despacho. Vuestros colaboradores son ineficaces.
Invertida. — *Espera:* Alguien ha perdido una importante carta de favor que esperabais impacientemente.

N.º 31: Derecha. — *Oro:* Un asunto largo y difícil llega a su término, aportándoos una ligera compensación pecuniaria.
Invertida. — *Proceso:* Vais a perder tiempo y dinero en un mal negocio.

N.º 32: Derecha. — *Sociedad:* Un cambio de situación hará que busquéis en los salones.
Invertida. — *Prosperidad:* Es el logro en el plano material.

N.º 33: Derecha. — *Empresas:* No dudéis en concluir negocios, pues todos os serán benéficos.
Invertida. — *Dificultades que tienden a su fin:* Los esfuerzos que habéis hecho para asegurar vuestro porvenir serán pronto coronados por el éxito.

N.º 34: Derecha. — *Pesadumbre:* Una partida o la ausencia de alguien a quien queréis va a causaros mucha pena.
Invertida. — *Sorpresa:* El regreso o la inesperada llegada de un ser querido os sorprenderá agradablemente.

N.º 35: Derecha. — *Nacimiento:* Es el anuncio de un próximo nacimiento.
Invertida. — *Caída:* Hay grandes riesgos de aborto para una persona encinta.

N.º 36: Derecha. — *Hombre rubio:* Gozáis de la benevolencia de un hombre rico. Confiad en él.
Invertida. — *Hombre bien colocado:* Atención a un personaje que no os perdonará fácilmente vuestro humor ni el haberle zaherido ingeniosamente.

N.º 37: Derecha. — *Mujer rubia:* Esta carta anuncia que una mujer rubia trata de ayudaros.
Invertida. — *Mujer bien colocada:* La esposa de un hombre importante busca vuestra compañía amorosa.

N.º 38: Derecha. — *Llegada:* No os dejéis cautivar por los halagos y los falsos honores. No os producirán nada.
Invertida. — *Bribonada:* Alguno de quienes os rodean está a punto de tenderos trampas.

N.º 39: Derecha. — *Muchacho rubio:* Tened confianza en uno de vuestros jóvenes colegas, rubio.
Invertida. — *Inclinación:* Guardad las distancias con un joven rubio que trata de captar vuestra atención.

N.º 40: Derecha. — *Ciudad:* Si no lo habéis hecho ya, pedid una condecoración; os será otorgada.
Invertida. — *Ira:* Sobre todo no os encolericéis. Sea cual sea la causa de vuestros disgustos, afrontad con serenidad y paciencia vuestro mal.

N.º 41: Derecha. — *Victoria:* Esta es una carta importante, pues significa que venceréis las dificultades y tendréis éxito en vuestros negocios.
Invertida. — *Sinceridad:* Habéis cometido graves errores de discernimiento. Escuchad a vuestros amigos; son buenos consejeros.

N.º 42: Derecha. — *Muchacha rubia:* Va a anudarse una amistad muy tierna entre vosotros y una encantadora joven rubia.
Invertida. — *Satisfacción:* Ayudasteis en otros tiempos a una persona que, a su vez, os prestará próximamente su apoyo.

N.º 43: Derecha. — *El pensamiento:* Es una carta agradable que anuncia una breve relación amorosa o un selecto ágape.
Invertida. — *Proyecto:* A ojos vistas, tampoco esta carta es mala: confirma agradables perspectivas a breve plazo.

N.º 44: Derecha. — *El pasado:* Habéis conocido alegrías que hoy os dejan indiferente.
Invertida. — *Futuro:* El pesar que experimentáis no durará, y se borrará rápidamente de vuestra memoria.

N.º 45: Derecha. — *Herencia:* La muerte de un viejo amigo o de un pariente lejano no os traerá más que disgusto. Por una suma irrisoria, perderéis mucho tiempo con los abogados.
Invertida. — *Pariente:* Contáis con la fortuna de un miembro de vuestra familia que no os dejará un céntimo.

N.º 46: Derecha. — *Hastío:* Vuestras ocupaciones os obligarán a acudir a ver a personas sin interés con las cuales no tendréis ningún contacto.

Invertida. — *Nuevo conocimiento:* Durante vuestros ocios os encontraréis con personas desagradables que os estropearán el descanso.

N.º 47: Derecha. — *Exito:* Si os ocupáis en un oficio artístico, el éxito es inminente.
Invertida. — *Expedición:* No os lancéis a una nueva empresa. Sería un fracaso.

N.º 48: Derecha. — *Amor:* Para una persona soltera, viuda o divorciada, es el anuncio de un próximo amor muy feliz.
Invertida. — *Deseo:* Sea cual sea vuestra situación, vuestras esperanzas serán defraudadas; seréis rechazado.

N.º 49: Derecha. — *Mesa:* Sabed moderar vuestro apetito y permaneced sobrio en el curso de vuestro próximo banquete.
Invertida. — *Cambio:* Vuestra situación profesional va a experimentar un cambio que no os esperabais.

N.º 50: Derecha. — *Togado:* Las personas poderosas que actúan en pro vuestro lo hacen con mucho acierto.
Invertida. — *Hombre avieso:* Vuestros adversarios son obstinados y quisquillosos. Os dificultarán la existencia.

N.º 51: Derecha. — *Viudedad:* Esta viudedad no ha de trastornaros.
Invertida. — *Mujer malvada:* Desconfiad de las féminas que os rodean, y principalmente de una mujer de cierta edad.

N.º 52: Derecha. — *Militar:* Un hombre de uniforme os causará dificultades seguras.
Invertida. — *Ignorancia:* Os gusta figurar. Atención a no cometer imprudencias de orden pecuniario.

N.º 53: Derecha. — *Espía:* Uno de vuestros allegados espía cuanto hacéis para obtener un medio de presión sobre vosotros.
Invertida. — *Imprevisto:* Una carta o una visita inesperada os aportará algunas satisfacciones.

N.º 54: Derecha. — *Lloros:* Vais a tener una pena cruel.

Invertida. — *Ventaja:* Un pequeño asunto, en el que no pensabais ya, va a traeros algo de dinero.

N.º 55: Derecha. — *Eclesiástico:* Un clérigo trata de inmiscuirse en vuestra vida y trata de perjudicaros.
Invertida. — *Justa desconfianza:* Varias personas buscan vuestra pérdida. Estáis rodeados de enemigos.

N.º 56: Derecha. — *Crítica:* Sea cual fuere lo que hagáis, se os censurará. Permaneced tranquilo y esperad, sin adoptar ninguna iniciativa, el fin de este mal momento.
Invertida. — *Incidente:* Un pequeño éxito personal en medio de un período negro.

N.º 57: Derecha. — *Esperanza:* Pronto recibiréis ayuda y saldréis provisionalmente del mal paso.
Invertida. — *Cuerdo consejo:* Escuchad, en este momento sobre todo, los consejos que os serán prodigados. No lo lamentaréis, a buen seguro.

N.º 58: Derecha. — *Camino:* Vais a emprender un gran viaje. Por desgracia será frustrado por un mensaje que os obligará a volver precipitadamente.
Invertida. — *Declaración:* Vuestro testimonio será precioso y contribuirá a hacer justicia a un acusado.

N.º 59: Derecha. — *Duelo:* La muerte accidental de un amigo os causará un gran pesar.
Invertida. — *Pérdida:* Una persona muy querida va a fallecer en los próximos días.

N.º 60: Derecha. — *Soledad:* Vuestros amigos y conocidos van a abandonaros progresivamente. Os asombrará, pero no os apenará su actitud.
Invertida. — *Economía:* Vuestros últimos fracasos financieros añadidos a las recientes pérdidas de dinero os llevan a la ruina. Haced economías mientras es aún tiempo.

N.º 61: Derecha. — *Alejamiento:* Ojos que no ven, corazón que no siente. Vais a daros lamentablemente cuenta de la verdad de este adagio. ¡Cuando volváis, habréis sido olvidado!

Invertida. — *Extravío:* No sabréis dominaros y perderéis la cabeza en el curso de un paseo a solas. Este extravío os causará algunas preocupaciones.

N.º 62: Derecha. — *Amistad:* Tenéis el sentido de la amistad; vuestros allegados lo saben. Cuentan con vosotros, y podéis contar con ellos.
Invertida. — *Falso:* Uno de vuestros amigos no es sino un pérfido que se aprovecha de vosotros y trata por todos los medios de desacreditaros a los ojos de los demás.

N.º 63: Derecha. — *Extremo:* Vais a conocer dificultades en todos los dominios: trabajo, salud, corazón. Nada se habrá perdido si sabéis tener bien en mano las riendas de la situación.
Invertida. — *Embarazo:* Una aventura pasajera produce graves consecuencias. Si se trata de un enredo amoroso, este embarazo peligra causar vuestra ruina.

N.º 64: Derecha. — *Hombre moreno:* Un hombre en cuya casa estaréis invitado, se declarará resueltamente en vuestro favor. Es buen consejero y está deseoso de ayudaros.
Invertida. — *Hombre vicioso:* Si tenéis hijas, tened cuidado con ellas. Un hombre maduro trata de aprovecharse de la ignorancia de una.

N.º 65: Derecha. — *Mujer morena:* Esta mujer os ama en secreto. Se mostrará muy generosa por poco que la deis pie.
Invertida. — *Mal seguro:* Vuestra última conquista no es de una moralidad irreprochable. No seréis por mucho tiempo el único en compartir sus favores.

N.º 66: Derecha. — *Utilidad:* Tenéis a vuestro lado a un hombre seguro y activo con quien podéis contar por entero.
Invertida. — *Inacción:* Las personas con las cuales trabajáis son perfectamente incompetentes. Su abulia no os acarreará más que contrariedades.

N.º 67: Derecha. — *Muchacho moreno:* Una persona que acabáis de contratar o que trabaja para vosotros os va a sacar de un mal paso dentro de poco.

Invertida. — *Prodigalidad:* Tenéis malas personas entre vuestras relaciones. No caigáis en la tentación de imitar su pasión por el juego. Seríais gran perdedor.

N.º 68: Derecha. — *Casa:* Comprad vuestro apartamento o vuestra casa si lo podéis; es un excelente negocio.
Invertida. — *Lotería:* No hagáis negocios por el momento; sería en pura pérdida.

N.º 69: Derecha. — *Engañifa:* No será hecha efectiva una letra de cambio con la que contabais.
Invertida. — *Efecto:* Corréis peligro de graves problemas de dinero por culpa de un timador. ¡Estad sobre aviso!

N.º 70: Derecha. — *Muchacha morena:* El dinero que gastáis sin contar para vuestra última conquista está bien mal empleado, pues ella se burla muy lindamente de vosotros.
Invertida. — *Más:* Jugad moderadamente: la suerte está en contra vuestra.

N.º 71: Derecha. — *Dinero:* En días venideros os serán reembolsadas sumas prestadas con las que no contabais ya.
Invertida. — *Inquietud:* Los próximos vencimientos os causarán muchas preocupaciones. Sed previsor desde hoy mismo, si es posible.

N.º 72: Derecha. — *El presente:* Tenéis en este momento algunas dificultades pecuniarias, pero ello se va a arreglar muy rápidamente.
Invertida. — *Ambición:* Buscáis los honores, y ello os va a costar mucho dinero sin resultados apreciables.

N.º 73: Derecha. — *Amante:* La diferencia de fortuna entre los dos novios es un obstáculo seguro al matrimonio. Se ha de contemporizar, pues, con la familia política.
Invertida. — *Falta de orden:* Vuestras últimas imprudencias os han acuciado al borde de la estrechez. Tened más orden, y no se os escurrirá el dinero entre los dedos.

N.º 74: Derecha. — *Un presente:* Dentro de poco os va a llegar un regalo inesperado.

Invertida. — *Valla:* Ha terminado sin daros satisfacción el asunto con el que contabais para salir a flote.

N.º 75: Derecha. — *Noble:* Una persona importante tratará de que le prestéis dinero. Complacedla si lo podéis.
Invertida. — *Niño:* Uno de vuestros hijos despilfarra el dinero que le enviáis. Sermoneadle.

N.º 76: Derecha. — *Apuro:* El desarrollo de vuestros negocios exige liquidez, y no la tenéis ya.
Invertida. — *Carta:* Noticias enojosas de dinero; ha de sacarse.

N.º 77: Derecha. — *Perfecto contento:* Un rápido resultado satisfactorio en los negocios y, por consiguiente, mucho dinero.
Invertida. — *Bolsa de dinero:* Encontraréis documentos importantes que devolveréis a quien los ha perdido. Os lo agradecerá.

N.º 78: Derecha. — *Locura:* Vais a comportaros de una manera extravagante y lo lamentaréis. Aún es tiempo de dar marcha atrás.
Invertida. — Vuestra desconsiderada conducta os lleva al borde de la locura y de la ruina. Habéis de enmendaros antes de que sea demasiado tarde.

Sentido de las coincidencias:

Tres o cuatro reyes: honores, éxito.
Tres o cuatro reinas: placeres, alegría.
Tres o cuatro caballos: negocios prósperos, trabajo.
Tres o cuatro sotas: preocupaciones, cuidados.
Tres o cuatro espadas: proceso, disputas.
Tres o cuatro copas: festividades, selectos ágapes.
Tres o cuatro oros: dinero, beneficios.

La contra-verdad:

Cuando hayáis dado la explicación general del juego y comentado cada una de las cuarenta y cinco cartas, recogedlas y barajadlas. Haced luego varios

paquetes: uno de siete cartas para la casa, uno de seis para el consultante, uno de cinco para lo que puede ocurrir, uno de cuatro para el futuro, y uno de dos para la consolación.

Cortad estos paquetes uno tras otro y haced la síntesis de lo que os anuncian las cartas.

Luego de algunos intentos llegaréis rápidamente a dominar todos los datos de los tarots. Dejaos entonces guiar por vuestro sentido de la psicología y por vuestra intuición, con lo que los resultados serán mejores.

Si la mayoría de la gente admite, con más o menos reticencias y escepticismo, que se pueda predecir el futuro con la ayuda de una baraja, aflora indefectiblemente una singular sonrisa cuando se sostiene que ello es igualmente posible con ingredientes tan «simplistas» como el poso de café o los alfileres. Sin embargo, los oráculos que se pueden extraer de estos dos «materiales» no son menos serios que los obtenidos con las cartas o la bola de cristal. La razón es muy simple: como siempre, el papel que desempeña el doble astral es preponderante. Los residuos de café o la pizca de agujas no están sino para servir de apoyo a la propia videncia, y la predicción resulta tanto de su disposición en el platillo que los contiene como de la exploración que ha efectuado en lo Astral el doble del metagnomo.

La preparación del *poso de café* es sencilla. Basta mezclarlo con un poco de agua (aproximadamente un vaso por cincuenta gramos de poso de café) y hiérbase el preparado. Una vez enfriado el mismo, se echa una cucharada en un pequeño recipiente, un platillo, por ejemplo, y se pide al consultante que sople sobre todo ello, a fin de impregnarlo de su personalidad. Ya no queda sino escurrir el líquido al par que removiendo el recipiente en todos los sentidos. Cuando ha terminado la operación, el poso de café que queda en el platillo forma diferentes figuras que se pueden interpretar.

Se procede poco más o menos de la misma manera con los *alfileres*. Tras haberlos hecho guardar

al consultante algunos instantes en el hueco de la mano, a fin de que se impregnen de las radiaciones emitidas por su doble astral, se le pide que los eche, a pequeñas tomas, en un plato. En éste formarán figuras que se pueden interpretar de acuerdo a la misma clave que la utilizada para el poso de café, la cual se resume en algunos datos de base que a continuación pueden dar lugar a desarrollos más precisos. No entraremos, sin embargo, en el detalle de estos meandros, ya que una objetivación conducida partiendo de esos datos fundamentales permite percibir con bastante precisión el futuro.

Baste saber que, como regla general, las líneas rectas son señal de longevidad y de tranquilidad, mientras que las líneas curvas hacen prever dificultades y pesares. Las figuras geométricas armoniosas, exceptuando el rectángulo que anuncia disputas, son asimismo signos muy favorables, augurando el círculo o el ovalado un logro financiero, el triángulo una ventajosa sucesión, y el cuadrado una felicidad sin nubes. Las figuras angulosas irregulares en cambio, anuncian tormentos y enfermedades, así como las crucecitas muy próximas. Una cruz de tamaño relativamente importante, significa que se encuentra en peligro de muerte una persona muy allegada. A veces puede anunciar también que el amenazado es el propio consultante. Finalmente, la yuxtaposición de dos círculos significa que el consultante será feliz en amor, a menos que no se encuentren atravesados por una recta, en cuyo caso corre el riesgo de topar con muy graves dificultades si es una línea quebrada la que corta los círculos.

Gracias a todos estos métodos es posible hacer perder al futuro gran parte de su misterio. Pero no es ésa la verdadera finalidad de la videncia. Ningún destino, lo hemos dicho reiteradamente, se halla irremediablemente trazado. Informándonos de lo que puede acontecer en un plazo más o menos cercano, la videncia nos proporciona los medios de «corregir el tiro», de modificar nuestro comportamiento y nuestras acciones de manera a eliminar ciertas causas primeras y segundas que nos conducen a la catástrofe. Secundada por la astrología, gracias a la cual les es posible a especialistas bien adiestrados determinar los períodos más favorables a la acción, la videncia nos permite, pues, hacer evolucionar casi a nuestra guisa el curso de nuestro destino.

XI

BRUJERIA Y MALEFICIOS

En otro tiempo, hace unos veinte años, en 1953, el compadre Grolet era una especie de genio del chalaneo. Compraba animales que, por muy escuchimizados y enclenques que fuesen, se convertían en sus manos en espléndidas bestias carnosas y de pelaje reluciente. Afluían los compradores, los cuales volvían satisfechos a sus casas llevándose al animal ansiado. Pero, en cuanto la bestia había atravesado el porche de su establo, languidecía, perdía el apetito, se le caía el pelo lo mismo «que la nieve se funde al sol», y no tardaba en quedar reducida a un estado tan lamentable como una rata desollada...

Ya que, de hecho, el compadre Grolet era brujo, y si lograba engordar a animales canijos, convirtiéndolos en bien cebados y lustrosos, era sólo por los especiales poderes que poseía. Es esto cuando menos lo que da a entender Jean Palou en el relato publicado el 30 de agosto de 1960 en el periódico *L'Aurore*. El autor nos cuenta además cómo logró que el viejo chalán le confesara que era brujo y cómo, tras breve «combate» oral, logró sacarle algunas confidencias. Comenzó por hacer creer al compadre que había ido a verle por su reconocido talento como curandero.

Vino hacia mí, se inclinó (yo había permanecido sentado), y aplicó su mano, muy ancha, sobre mi pecho. Sentí su rostro muy próximo al mío, y su aliento algo corto. Veía sus ojos, completamente cercados de rojo, y de rojizos reflejos ellos mismos (es un declarado signo de brujería, que todos los autores diabólicos del siglo XVI *han señalado).*

Sentí como una ola de calor emanar de su mano...

... Esto no podía durar mucho tiempo. Bruscamente, apliqué mi mano derecha sobre la suya: «¡Vamos —dije—, yo también tengo poder!»

Se irguió vivamente y dio una vuelta a la mesa con una rapidez y una agilidad que no me esperaba en absoluto de aquel viejo. Ponía distancia entre él y yo. Sentía venir el ataque.

Había desaparecido su aspecto paternal y hasta bonachón del principio. Sus ojos parecían más rojos. Se descubría su elevada estatura. Era como la serpiente que se endereza, silbante, antes del lanzamiento de su ahorquillada lengua mortal.

«¡Sí!, tienes fluido, es verdad —me espetó—. ¡Pero si yo quisiera te atenazaría en el suelo en menos que canta un gallo!»

«No se te ocurra intentarlo, porque entonces yo haría de ti un hombre», repliqué.

Mis palabras frenaron en seco su cólera. Fue como si hubiese recibido un violento golpe en la boca del estómago.

«¡Ah! —dijo simplemente—. Siendo así, es mejor beber.»

Y se fue a su bodega a buscar una botella de viejo vino pardo.

Poder de las palabras mágicas. La fórmula que yo había empleado es muy conocida por todos aquellos que han estudiado los procesos de brujería del pasado. Ella me atestiguaba, de extraordinaria manera, la permanencia del vocabulario mágico a través de las épocas. Era la contraseña entre brujos. Desde ese momento yo me convertía en un cofrade para él, en un colega. Y él me probaba así, de manera irrefutable, que él mismo era un verdadero «brujo».

Así pues, y las fechas citadas en este artículo dan fe, existen aún en Francia, en pleno siglo xx, brujos conscientes de sus poderes y que no vacilan en utilizarlos. Por lo demás, según un informe establecido por el doctor Kruse, de Hamburgo, y destinado a las Naciones Unidas, sólo Alemania contaría aún con sesenta mil brujas, las cuales aseguran por ende una floreciente clientela a una decena de miles de exorcistas encargados de combatir sus maleficios. Y el mismo informe precisa que esas brujas son, en la inmensa mayoría de los casos, mujeres de cierta edad, solitarias y salvajes. Blanco frecuentemente de la vindicta pública, llegan a quejarse ante los tribunales cuando son demasiado maltratadas. Es así que, después de la Liberación, la justicia de allende el Rin ha intervenido ya en más de un millar de procesos de este género.

Ahora bien, se trate de la videncia, de la influencia a distancia —que no es otra cosa que cierta forma de hechizamiento—, o del arte de curar, todas las técnicas que hemos estudiado a lo largo de esta obra competen a la magia. Es preciso, sin embargo, no confundirlas con la brujería, tal como la practican aún las mujeres cuyo censo establece el doctor Kruse o los pastores de ciertas provincias. Existe en efecto una diferencia fundamental entre lo que podemos obtener a fuerza de adiestramiento y lo que buscan los brujos, tanto en las técnicas empleadas como en los objetivos apuntados.

Si, desarrollando gracias a ejercicios apropiados la fuerza de nuestro talento, nos es posible influir en la marcha de nuestro destino, obteniendo por ende un beneficio personal, debemos, empero, guardarnos de obrar de tal manera que terceros sufran las consecuencias de ello. Ahora bien, los brujos no tienen escrúpulos. Muy lejos de ello puesto que, la mayor parte del tiempo, su culpable actividad no se ejerce sino con el fin de perjudicar a quienes les rodean, bien sea para vengarse personalmente, o bien a petición de un tercero. Y, como sabemos, ello puede mostrarse muy peligroso para el operador, porque el brujo está obligado a recurrir a las

potencias malignas de lo Astral, y, por consiguiente, de encomendarse a su poder.

Ya hemos visto que esas potencias no dan nunca nada por nada y, cuanto más se trata con ellas, más se afirma su imperio sobre el imprudente que se ha lanzado a sus garras. Pues el pacto con el diablo es posible, si bien no se produzca exactamente como en las leyendas. Sabemos en efecto que la fijeza de una idea, sostenida por la puesta en práctica de procedimientos delicados, por no decir prácticamente irrealizables, crea una especie de imantación de la sustancia astral. Esta poderosa proyección volitiva puede, por sí sola, bastar a crear en lo Astral una nueva entidad que será buena o nefasta según los móviles que habrán inducido a su «genitor» y que adoptará muy exactamente la forma de los fantasmas de que habrá sido alimentada. Y nada podrá luego impedirla manifestarse concretamente en forma de una aparición a los ojos de quien la habrá provocado. En el caso de una invocación diabólica, será, pues, el Diablo quien se le aparecerá al aprendiz de brujo. Y un diablo tanto más parecido por cuanto tendrá exactamente el aspecto que se imaginaba quien lo ha literalmente inventado.

Mas también hemos visto que son temibles esos lemures nacidos de las obsesiones de mentes más o menos sólidas. Su existencia se halla en efecto subordinada a la idea que su creador se hace de su realidad. Si cesa de creer en su presencia, desaparecerán, fundiéndose de nuevo en la gran masa de lo Astral, volviendo al estado de existencias potenciales. En adelante, van a intentarlo todo para prolongar su vida sojuzgando cada día un poco más a quien se ha puesto en su poder, induciéndole a saciar sus más bajos instintos, impidiéndole siempre acceder a los arcanos superiores de la investigación esotérica. Es por ello que los brujos no son apenas capaces de hacer el bien, si no es obteniendo de vez en cuando una curación. El pacto que conciertan desde el principio, aun si no es más que tácito, hasta si no se halla, como lo quiere la tradición, establecido sobre un pergamino virgen y firmado con su propia sangre, les impide avanzar por el ca-

mino de la sabiduría. Tanto menos por cuanto su poder no descansa sobre ningún conocimiento comparable a los que hemos adquirido en el transcurso de esta obra. Para actuar, se limitan al empleo de estupefacientes o a la utilización de fórmulas más o menos mágicas contenidas en sus libracos, de los cuales los más conocidos son:

— *El Gran Libro Mágico, con la clavícula de Salomón, y la magia negra o las fuerzas infernales del gran Agripa, para descubrir todos los tesoros ocultos y hacerse obedecer de todos los espíritus, seguido de todas las artes mágicas.* (¡Este título abarca bien en su longitud todo cuanto quiere decir...!)
— *El Enriquiridión del papa León.*
— *El Gran Alberto, los secretos de las mujeres y de los hombres.*
— *El Pequeño Alberto, los secretos maravillosos de la magia natural y cabalística.*
— *El Dragón rojo, o el arte de mandar a los espíritus.*
— *El Dragón negro, o Las Fuerzas Infernales sometidas al hombre.*
— *La gallina negra, o la gallina de los huevos de oro.*

He aquí, de creerse a Anatole le Braz, quien lo describe en su libro *La leyenda de la muerte*, cómo se presenta el más célebre y el más eficaz de ellos, o sea *El Gran Libro Mágico* o *El Agripa.*

«Es un libro enorme. Puesto en pie, tiene la altura de un hombre. Sus hojas son rojas, y sus letras negras. Para que tenga su eficacia, es preciso que haya sido firmado por el Diablo...»

«Este libro es viviente. Detesta dejarse consultar. Se ha de ser más fuerte que él para arrancarle sus secretos.»

«Mientras no se le ha domado, por decirlo así, no se ve en él más que rojo. Los caracteres negros no se muestran sino cuando se les ha obligado a hacerlo, atizando al libro como a un caballo indócil.

Se ve uno obligado a batirse con él, y la lucha dura a veces horas enteras...»

Por lo demás, sus fórmulas no son siempre de fácil realización, como lo testimonia el resumen de una de ellas, extraída del *Dragón Rojo* por Paul C. Jagot en su obra *Ciencias ocultas y magia práctica* (1), destinada a hacer aparecer un demonio para firmar el «pacto».

Aislarse durante treinta días, absorber en el transcurso de este retiro una alimentación reducida, abundantemente completada por bebidas estupefacientes; preparar, antes de haberla cortado antes del alba, con un cuchillo nuevo consagrado a los malos espíritus de Marte, una varita ahorquillada provista de extremidades imantadas, degollar una víctima —un cordero—, proveerse de una piedra hematites, de una vestidura negra hilada por una prostituta o una abortadora, de una chapa de plomo estampada con jeroglíficos saturnianos, de dos antorchas hechas de sebo humano, candelabros negros de forma semicircular, vegetales y perfumes seleccionados entre los más peligrosos de la flora de Marte y de Saturno, componiendo con éstos una pasta mezclándolos a sangre de animales igualmente saturnianos; recoger cuatro clavos que han servido para clavar el ataúd de un hombre ejecutado en el año por asesinato, los cuernos y los testículos de un macho cabrío, la cabeza de un gato rabioso alimentado en este estado con carne humana durante trece días, el cráneo y los fémures de un parricida menor y, en fin, un murciélago muerto por inmersión en una cuba con sangre fresca...

Tras lo cual no queda sino invocar a los espíritus demoníacos de la siguiente manera:

Emperador Lucifer, Señor de todos los espíritus rebeldes, te suplico que me seas favorable en la demanda que hago a tu gran ministro Lucifugo Raca-

(1) *Sciences ocultes et magie pratique*, édition Dangles.

falo, deseando establecer un pacto con él, rogándote también, príncipe Belcebú, que me protejas en mi empresa. ¡Oh conde Astaroth! Séme propicio y haz que en esta noche se me aparezca el gran Lucifugo en forma humana, y sin ningún mal olor, y que me otorgue, por medio del pacto que voy a presentarle, todas las riquezas de que tengo necesidad. ¡Oh gran Lucifugo! Te ruego que abandones tu mansión, en cualquier parte del mundo en que esté, para venir a hablarme, pues si no lo haces te obligaré a ello por la fuerza de las poderosas palabras de la gran Clavícula de Salomón, de las que él se servía para obligar a los espíritus rebeldes a recibir su pacto: aparece pues cuanto antes, o voy a continuar atormentándote con las poderosas palabras de la Clavícula.

Se observa que a los encantamientos y a las súplicas suceden las amenazas, las cuales corresponden por entero al aumento de la intensidad del deseo, indispensable, como lo hemos visto, para obtener un resultado en toda comunicación con lo Astral.

El aprendiz de brujo debía entonces, apadrinado por un cofrade confirmado, firmar el pacto diabólico en once puntos:

1) Abjurar el bautismo.
2) Abjurar la fe cristiana.
3) Rehúsar la obediencia a Dios.
4) Repudiar a la Virgen María.
5) Renegar los sacramentos.
6) Pisotear la Cruz.
7) Pisotear las imágenes de la Virgen y de los santos.
8) Pronunciar juramento sobre las escrituras diabólicas de fidelidad y vasallaje eterno al Príncipe de las Tinieblas.
9) Recibir el bautismo en nombre del Diablo, escogiendo un nombre apropiado.
10) Hacerse raspar en la frente por la garra diabólica el signo sagrado del Santo Crisma.
11) Tomar nuevos padrino y madrina.

Todo esto podría prestarse a sonreír si miles y miles de personas no hubiesen perecido en la hoguera por haber creído en esos ritos y haberlos practicado. Ritos que, como ya lo hemos visto, pueden por lo demás perfectamente conferir cierto número de poderes extraordinarios en el sentido literal de la palabra, por el juego de lo Astral. Ya que si los brujos ignoran que éste existe, no por ello dejan de utilizarlo. Así reemplazan el esfuerzo de concentración voluntaria de la fuerza mental, que nosotros conocemos, por una concentración igualmente eficaz, si bien está fundada únicamente en la escrupulosa observancia de las fórmulas de los libros mágicos y, eventualmente, en la utilización de estupefacientes. Entonces pueden llegar a echar maleficios, a hacer languidecer y decaer rebaños o esterilizar la tierra, cuando no provocan convulsiones en los recién nacidos...

Y lo que resulta dramático es que cuanto más llega el brujo a convencerse de la realidad de su poder, más se afianza éste. Al mismo tiempo, aumenta su reputación, y sus relaciones próximas o lejanas llegan a temerle cada día un poco más. Desde ese momento, él no tiene más que lanzar miradas expresivas o efectuar algunos gestos raros para que sus destinatarios se crean embrujados y se pongan, por su propio miedo, a su merced, en la medida en que él no experimenta ya ninguna dificultad en efectuar una transmisión de influencias maléficas a un espíritu predispuesto a recibirlas por el propio miedo que le inspiran. Un miedo cuyo primer efecto es el de sepultar las barreras mentales que son nuestra única protección contra los maleficios.

Sea cual sea el escepticismo que se muestre frente a la brujería, es siempre preferible desconfiar de ella. Aun así, describiendo al Diablo representado en la cubierta de la edición de Aviñón (1522) del *Dragón Rojo,* Grillot de Givry ha podido escribir:

... este demonio, pezuñas de cabra, como el jefe del Sabbat, pero decentemente vestido con un jersey es, según parece, el verdadero Diablo de los brujos, el Diablo de cuerno triple, uno de los cuales está a

veces enroscado en fantasista moño. Hemos de confesar que no tiene un aspecto muy inteligente, lo que hace dudar de la ayuda que puede procurar a los humanos; mas como aporta tesoros, muchas personas le encuentran inspiradísimo...

Que no tenga un aspecto muy inteligente, sea. Pero nada es menos seguro que por ello no sea temible. Ya que, aunque parezca perfectamente idiota, nada prueba que sea un «buen diablo»...

Pequeño léxico usual

Agnosticismo. — Doctrina filosófica según la cual el hombre no puede alcanzar el conocimiento.

Agnóstico. — Partidario del agnosticismo, considera como superflua la búsqueda del absoluto.

Alteroscopia. — Posibilidad que es dada a un vidente de percibir lo que ocurre en el organismo de la persona ante la cual se encuentra. La alteroscopia permite, pues, determinar los órganos enfermos y, eventualmente, escoger los mejores remedios.

Animismo (del vocablo latino *anima:* alma). — El animismo es una doctrina a la vez filosófica y religiosa fundada en la idea de que todas las criaturas, tanto los seres humanos como los animales, las plantas como los minerales, y hasta los fenómenos naturales, tienen un alma sobre la cual se puede actuar por medio de prácticas mágicas. Se ve que esta concepción del mundo se acerca considerablemente a la teoría ocultista según la cual todas las criaturas tienen un doble astral sobre el que el hombre puede actuar por intermedio de su propio doble.

El animismo es igualmente una doctrina puesta a punto por Stahl y que explica todos los hechos vitales por la intervención del alma.

Ascesis. — El conjunto de ejercicios, a la vez físicos y morales, que permiten al espíritu liberarse progresivamente de las contingencias materiales. La

ascesis mágica comprende cierto número de grados que conviene escalar con prudencia. El último de ellos conduce al perfecto conocimiento.

Astral. — *Plano astral o Astral:* según los ocultistas, el universo entero se baña en un vasto océano de sustancia astral gracias a la cual se halla preservado el equilibrio cósmico. Es, pues, lo Astral quien regula la marcha de los planetas y de los diferentes sistemas solares que nos rodean. Y es aún por intermedio del plano astral que pueden entrar en contacto los diferentes dobles astrales de los seres y de las cosas.

— *Doble Astral:* cada ser y cada cosa, en la tierra, posee un doble astral que regula y organiza su vida como lo hace lo Astral para el Universo. Pueden establecerse comunicaciones entre esos diferentes dobles, siendo así posible ver o actuar a distancia.

Astrología. — Más que el arte de establecer horóscopos, la astrología es, en principio, una ciencia. Los caldeos, que fueron los primeros en trazar cartas del cielo, llegaron a ser maestros en este arte. No fue sino mucho más tarde cuando se produjo una escisión entre la astronomía, o sea el hecho de observar los fenómenos celestes con fines puramente científicos, y la astrología, que utiliza la posición de los diferentes planetas en el instante de un nacimiento para deducir de ello los rasgos principales que determinan el destino de un individuo. Una vez definidas estas características, es posible prever las influencias que tendrán las diferentes conjunciones planetarias sobre ese destino y establecer un horóscopo siempre muy exacto, y a menudo con mucha antelación.

Todas estas operaciones son naturalmente largas, complicadas y costosas. Es por ello que se ha tomado por costumbre «reunir» esas diferentes «contingencias» astrológicas en doce signos del Zodíaco. Muy recientemente el astrólogo del semanario *Ici-Paris* ha estimado que este procedimiento podría ser singularmente mejorado por la introducción de un

decimotercer signo, el de la «Serpiente» o «Serpentario» y hasta añadiéndole un decimocuarto: la «Ballena».

Autoscopia. — Mientras que la alteroscopia es la posibilidad ofrecida a un vidente de sentir y ver exactamente el cuerpo de los demás, la autoscopia es una facultad puramente personal y no permite discernir los órganos sino en el interior de su propio cuerpo. Está, pues, mucho más extendida que la precedente y permite a menudo a personas que no han tenido nunca videncia distinguir de repente y con claridad cuál es la parte afectada de su cuerpo, así como su dolencia.

Bilocación (sinónimo: desdoblamiento). — Es la posibilidad que todos poseemos de podernos desdoblar, es decir, de permitir a nuestro doble astral abandonar momentáneamente nuestro cuerpo físico. Ello puede producirse de tres maneras:

En principio, espontáneamente, bajo los efectos de un acuciante peligro o de una intensa emoción. Es eso lo que explica, por ejemplo, que personas en peligro de muerte puedan aparecerse a sus allegados, aunque éstos no sean videntes.

Luego, por efecto de cierto adiestramiento. Es sobre todo el caso de los faquires de la India, que pueden ser vistos en ciertos lugares mientras que su envoltura física, puesta voluntariamente en estado de letargia, se encuentra a decenas de kilómetros de allí.

Y, finalmente, gracias a ciertas drogas, las mismas que usaban los brujos de los siglos pasados, y de las que aún se sirven los «chamanes» de Asia o de Africa.

Clarividencia. — Es la facultad de percibir, bien sea en forma alegórica, o bien en forma real, imágenes que representan un acontecimiento real, pero que permanecen imperceptibles para los demás. La clarividencia puede igualmente ejercerse tanto en el tiempo, es decir, en el pasado y en el futuro, como en el espacio. En este último caso permite asistir

a escenas que pueden desarrollarse muy lejos del vidente. Sabido es que ayudas materiales (bola de cristal, cartas, poso de café o alfileres) pueden reforzar esta facultad (sinónimo: percipiencia o, mejor aún, perceptibilidad).

Claves de Hermes. — Son las que contienen una especie de resumen, de compendio del conjunto de la ascesis ocultista. Están representadas simbólicamente en las figuras de las veintidós láminas del tarot (véase este vocablo).

Glosa. — Es la explicación de los datos voluntariamente oscuros de los textos mágicos. Las palabras ocultismo y hermetismo, muy a menudo empleadas para designar la marcha del pensamiento esotérico, hacen, por sí solas, comprender la necesidad de esta glosa que, por lo demás, tiene un sentido más amplio que el de explicación que le atribuyen los diccionarios clásicos. El desciframiento de los textos toma en efecto aquí el aspecto de una iniciación. La glosa mágica reviste un carácter aparte, particularmente importante. No puede ser abordada sin precaución, sino conducida muy progresivamente, con el apoyo de las ascesis correspondientes a los grados de iniciación.

Lemures. — Los lemures son entidades malignas de lo Astral. Sabemos, en efecto, que lo Astral no está vacío, sino poblado de espíritus, unos en espera de un cuerpo, y otros acabando de desencarnarse. A su lado existen otras formas menos consumadas que no piden sino corporeizarse, por el impulso de un fantasma humano. Cuando lo consiguen, se adhieren como parásitos al doble astral de quien las ha dado vida y se aferran a él para continuar existiendo, ocasionando entonces la creación de costumbres que, muy rápidamente, degeneran en vicios de los cuales es casi imposible desprenderse.

Magia. — Ciencia oculta que permite obtener efectos milagrosos por medios sobrenaturales.

Magia negra. — Ciencia que permite recurrir a las potencias superiores con una finalidad amoral, negativa, maléfica.

Magia blanca. — Ciencia que permite producir resultados benéficos recurriendo a medios naturales.

Malleus Malleficarum. — Es el primer gran tratado de la represión de la brujería, que apareció en Europa hacia los alrededores del año 1486. Sus dos autores, Sprenger y Krämer, eran eclesiásticos, siendo por ende responsables de la llamarada de fanatismo religioso que iba a asolar Europa durante siglos y prender hogueras por doquier, hasta en América.

Metagnomia. — Otro sinónimo de visión doble y de clarividencia.

Mediumnidad. — Facultad concedida a ciertas personas de efectuar una especie de reglaje, de puesta a punto, de su radiación personal, a fin de ponerse en comunicación con lo Astral.

Premonición. — Advertencia enviada por lo Astral, a menudo en forma de una vaga angustia que hace prever un peligro sin que permita determinar exactamente su naturaleza ni su forma. De hecho, se trata de una forma atenuada de la videncia, pero que se halla ampliamente extendida.

Pacto. — Es el acuerdo firmado con las potencias infernales para obtener los bienes terrenales que se desea, a cambio de una entera sumisión a las entidades maléficas. Es cierta la existencia de tales documentos. Así se dice haber encontrado el que firmó Urbano Grandier, el cura de Loudun, y que desencadenó todo el asunto de los «Posesos». Es cierto, en cambio, que en 1800 fueron juzgados por el tribunal del distrito de Baugé dos brujos angevinos, inculpados de estafa y «de haber abusado de la confianza del pueblo». Entre las piezas de convicción presentadas contra ellos había un pacto,

sobre pergamino virgen, firmado con la sangre de uno de los acusados, y redactado a este tenor: «Prometo al Gran Lucifugo indemnizarle en veinte años todos los tesoros que me dará en el caso de que él haga en todo mi voluntad y cuanto se me ocurra. En testimonio de lo cual firmo...»

Pentáculos (estrellas de cinco puntas). — Son signos que ayudan en su trabajo al mago. Se encuentran muchas en los rituales de magia. Es imposible servirse de ellas si no se les ha encontrado el sentido.

Psicometría. — Para un vidente es la facultad de descifrar, gracias a un objeto o una fotografía, el pasado y hasta el futuro de las personas representadas en la foto o que han tenido el objeto en sus manos, sin que los interesados se hallen presentes.

Sabbat. — Originariamente, el Sabbat era el descanso sagrado, el séptimo día de la semana, que la Ley de Moisés imponía a los hebreos. Luego tomó el significado de asambleas nocturnas de brujos bajo la presidencia de Satán, las cuales se celebraban, según la tradición, el sábado a medianoche, y tenían lugar generalmente en un gran prado en la cima de una colina. Para acudir a ellas, sus participantes, hombres y mujeres, se untaban el cuerpo con una pomada alucinógena o consumían brebajes más o menos opiados.

Talismán. — Es una medalla, un pentáculo, o una fórmula escrita destinada a dar suerte a quien lo posee. Debe ser personal y, cuando no es su beneficiario quien lo confecciona, no puede ser vendido en ningún caso.

Tarots. — El soporte de las veintidós llaves o claves de Hermes. Sus diferentes láminas, cada cual con una significación muy precisa, son por orden las siguientes: el Juglar, Juno, la Emperatriz, el Emperador, Júpiter, el Enamorado, la Carretilla, la Justicia, el Ermitaño, la Rueda de la Fortuna, la Fuerza, el Ahorcado, la Muerte, la Templanza, el Diablo, la Torre fulminada, las Estrellas, la Luna, el Sol, el Despertar de los muertos, la Fe, y finalmente el Mundo.

Telequinesia (o Telequinesis). — La facultad de hacer mover objetos a distancia.

Telestesia. — La transmisión, involuntaria muy a menudo, de pensamientos o imágenes entre dos personas que se conocen, a distancias a veces considerables. (También Telepatía.)

Telepsiquia. — El conjunto de fenómenos que conciernen a la transmisión, voluntaria o no, de pensamientos, de influencia o de imágenes, a pesar de la distancia.

Tantrismo. — Conjunto de la doctrina y los ritos, codificados en los Tantras indios. El tantrismo aspira al completo desarrollo del hombre a quien, por encima de las realidades y las contingencias físicas, debe permitirle aprehender la suprarrealidad, gracias a un dominio total de la sexualidad, practicado como un arte, e incluso como una ciencia.

Yoga. — Sistema filosófico hindú que aspira, por medio de una apropiada cultura física, a permitir al hombre conseguir un perfecto dominio de su cuerpo y de todas sus funciones orgánicas, a fin de alcanzar un estado mental superior.

Curanderos y videntes

En Francia, y a pesar de los numerosos procesos que no cesan de entablárseles por «ejercicio ilegal de la medicina», existe un importante número de curanderos formalmente serios. Por lo demás, no es raro ver a médicos recomendárselos a sus clientes cuando se muestran ineficaces sus terapéuticas ortodoxas, por decirlo así. Y puede entonces constatarse que se instaura una estrecha colaboración entre el curandero y el médico, con la única finalidad de devolver la salud a los enfermos. El semanario *Nostradamus* ha establecido una lista de esos «curanderos» que curan verdaderamente.

Hela aquí, ciudad por ciudad, y por orden alfabético, al par que con la indicación de la especialidad en que cada uno de ellos sobresale.

CURANDEROS

AIX-EN-PROVENCE 13100
Roger Monestier
Villa Les Roses
Route de Vauvernargues
Curación de grupo

ARBUISSONNAS 69460
George Bussat
Enfermedades del habla y de la vista

BESANÇON 25000
Marcel Roch
53, rue du Funiculaire
Insomnio Nicotinismo

BINIC 22520
Marie-France Guichard
Villa Jacob
Algodón magnético

BOISSY ss/SAINT-YON
(por Arpajon) 92190
Julien Piers
Ciáticas Lumbagos

BREST 29200
Pierre Larignon
40 rue Emile-Zola
Regeneración de las células

CEBAZAT 63100
(por Clermont-Ferrand)
André Avel
47 rue Sous-la-Ville
Rebrote del cabello
Impotencia

CHARTRES 28000
Angel Dopico
22 *bis* boulevard Foch
Vértebras

COLMAR 68006
Louis Uberti
B. P. 214
Acupuntura con las uñas

COMBLOX 74700
Paul Mercury
Ciáticas
Reumatismos Infecciones

COURS-les-BARRES 18320
Suzanne Battentier
Tumores

DIJON 21000
Henri Berthat
16 rue Montchapet
Enfermedades generales con ayuda de un péndulo

ENTREVENNES 04700
Fernand Etienne
Ensoles
Magnetismo

EPINAL 88000
Gaston Mayeur
12 rue Ch. Pinot
Eczema Asma Varices
Psoriasis

FLEURANCE 32500
Marcel Clement
Les Charmettes
Vértebras Lumbagos
Ciáticas Esguinces

GUINCAMP 22200
Joseph Salomon
Verrugas Herpes Eczemas

L'ISLE S/SORGUE 84800
Claude Faure
La Fontaine de Vaucluse
Imposición de las manos

LECTOURE 32700
Pierre Poiret
Domaine le Boulouch
Asma Eczema Reumatismos Alergias

MARSELLA 13002
Jean Raillon
9 Avenue Camille-Pelletan
Ulcera Eczema Psoriasis
Hemorroides

MERCUEIL 21190
(por Meursault)
Bernard Mignotte
Reacomodación de los miembros

MERIGNAC 39700
Henri Errera
1 rue Gustave Flaubert
Obesidad Ulcera Circulación de la sangre

MONTAUBAN 82000
Antoine Lombardi
11 avenue de Mayenne
Rebrote del cabello

MONTLUÇON 03100
Louis Clair
57 rue Saint-Jean
Cálculos Enfermedades óseas Trastornos nerviosos

OUSSIAT 01160
(por Pont-d'Aain)
Henri Jacquard
Llagas Obesidad Asma

PANAZOL 87350
(por Limoges)
André Besson
Villa Chatanika
Parálisis Esterilidad

PARIS 75018
René Balolais
11 rue des Martyrs
Pases magnéticos
Alcoholismo Nicotinismo

PARIS 75003
Paul François Blanc
23 rue aux Ours
Vértebras

PARIS 75006
Pierre Espic
33 rue Mazarine
Magnetismo

PARIS 75019
Gérard Morin
17 pasagge du Montenegro
Ciática Reumatismos
Eczema

PARIS 75009
Xanty
56 rue de Dunquerque
Obesidad

RENNES 35000
Francis Renard
17 boulevard Marcel Pagbol
Alcoholismo Nicotinismo

RIOM 63200
René Novel
16 rue Barante
Curación por fotografía

ROUBAIX 59100
Mamadou N'Diaye
22 place Carnot
Vértebras

ST-MARTIN-DE-LA-MER
(por Saulieu) 21210
Roland Marras
Crisis hepáticas Fracturas

SAINTE-MARTHE 27190
(por Conches-en-Ouche)
Maurice Delcourt
Trata a distancia con una varita de avellano

ST-PIERRE-DES-CORPS 37700
Paulette Bousier
55 rue Gabriel Peri
Detecta en fotografía con un péndulo

STE-REINE-DE-BRETAGNE
(por Pontchateau) 44160
Roger Viala
Terapia musical

SOULEZMATT 68570
Adolphe Six
Iriscopia

TOULOUSE 31000
Marcel Gleyses
16 rue Marcel Semblat
Generalista

TOULOUSE 31000
Ravillar de Villiers
94 quai de Tunis
Curación por electrónica

TOURS 37000
Germaine Brevet
15 rue Louis Blanc
Soplo magnético

VIDENTES

He aquí la lista, siempre según *Nostradamus*, de los —y las— videntes más célebres y, en todo caso, más eficaces.

AMIENS 80000
Janine Hoppe
9 rue Marc Sangnier

ANGERS 49000
Gabrielle Blanchard
160 rue de la Madeleine

ANNECY 74000
Michèle Magin
5 rue Paquier

ANTONY 92160
Jean-François Lahaeye
23 rue Prospere-Legoute

ARCACHON 33120
Jean Viaud
B. P. 24

AVIGNON 84000
Paule Remond
10 rue Arc de l'Agneau

BURDEOS 33036
Mme Lavocat
B. P. 36

BURDEOS 33036
Marie N.
B. P. 36

BREST 29200
Mme Anastasia
53 rue Sebastopol

BREST 29200
Renée Tande-Lamande
42 rue de Glasgow

CAEN 14000
Rose-Mary
18 rue A. de Caumont

CHAMBERY 73000
Mme Leopoldine
38 rue Charles Roissard

CLAMART 94140
Roland Renaud
62 rue des Vignes

EYSINES 33320
Mlle Lacarriere
116 residence Gramond
avenue de l'Hippodrome

FLANY 77130
M. Erus

GRENOBLE 38000
Zakiel et Myrtis
7 rue Alphand

HEILLY 80128
Anne Castel
B. P. 1

ILE-SAINT-DELIS 93000
Colette Valery
19 rue de Verdun

LIMOGES 87000
Mme Benares
B. P. 258

LORIENT 56100
Jean-Pol de Kersaint
48 rue de Carnel

LE PALAIS 87410
(por Vienne)
Mme Oto de Soto
35 avenue Jean Moulin

LYON 69008
Martin de Bellerive
45 rue Juliette Recamier

LYON 69008
Simonde Messager
39 rue du Moulin-a-Vent

MARSEILLE 13002
Dakis
103 rue Saint-Jacques

MARSEILLE 13007
René Vandendorpe
82 boulevard Tellene

MONTLUÇON 03100
Abbé Martiny
8 rue du 29 septembre 1918
Bel Air

MONTREUIL 92120
Mme Colette
260 rue de Paris

MONTROUGE 92120
Mme Louis
52 rue de Bagneux

MOUGINS 06250
Alain Ganassi Terrane
Mas des Mimosas
Domaine de Peiroues

NANTERRE 92005
Fabienne Florent
B. P. 140

NEUILLY-S/SEINE 92200
Mme Indira
52 rue Sablonville

NEULLY-S/SEINE 92200
Mme Catherine Jan
185 av. de Neuilly

PARIS 75009
Elen Adams
15 rue Saint-Lazare
824-54-28

PARIS 75012
Gérard Allain
16 boulevard Soult

PARIS 75001
José Ange
8 rue de la Paix

PARIS 75009
Mme Aniel
24 rue de Maubeuge
280 16 46

PARIS 75011
Mme Barbot
4 Impasse Truillot

PARIS
Marcel Belline
45 rue Fontaine

PARIS 75007
Hugues Berrygham Dobois
58 rue de Bellechasse

PARIS 75015
Paulette Bigot
9-11 rue Bargue
306 51 23

PARIS 75006
Mlle Brun G.
28 rue des Grand-Augustins

PARIS 75082 Cédex 9
Marthe Burger
106 rue de Richelieu

PARIS 75563 Cédex 12
Mlle Canivet
B. P. 142

PARIS 17016
Chandrane
39 rue Cortambert

PARIS 75009
L. Chinoux Yanna
77 bis rue Monge

PARIS 75017
Mme Chapuis
71 rue de Levis
267 55 55

PARIS 75001
Mme Cosson F.
146 rue Oberkampf
357 12 68

PARIS 75012
Coulomb
8 rue Biscornet

PARIS 75018
Mme Anne Criss
13 rue André-Antoine

PARIS 75017
Mary d'Artois
30 rue Salneuve
924.43.41

PARIS 75009
Yanna D'Azzir
52 r. de la Chaussée-d'Antin
272.95.36

PARIS 75423 Cédex 9
Anne Dely N.
B. P. 415 09

PARIS 75017
Mary Delattre
34 rue Poncelet
622.28.55

PARIS 75009
Nicole Delya
9 rue Saint Lazare
526.46.15

PARIS 75017
Pascal de Recy
4 rue d'Armaillé
380.36.21

PARIS 75003
Mme Dorsay
345 rue Sain-Martin
272.27.22

PARIS 75009
Mme Dulora
10 r. de la Chaussée-d'Antin
770.03.78

PARIS 75017
Mme Elvina
87 bd Bessieres

PARIS 75010
France
9 cité d'Hauteville
246.59.71

PARIS 75008
Maria Gadrine
45 rue Boissy-d'Anglas
264.53.59

PARIS 75018
M. Gilbert
13 rue Jean-Robert

PARIS 75013
Mme Gitenay
B. P. 20

PARIS
Marcel Gleyses
8 rue Philippe-Delorme
622.53.66

PARIS 75010
Hélène
128 rue du Fg-Saint-Martin
206.55.13

PARIS 75421
Mme Hersant
B. P. 81.09

PARIS 75009
Paul Iki
7 rue Riboutté
523.35.86

PARIS 75019
M. Jarthayac
41 rue Petit

PARIS 75015
Mme Jouve
35 bd Lefebre
253.64.05

PARIS 75010
Mme Kyrah
1 plaza Franz Liszt

PARIS 75011
Patrick Lannaud
10 rue du Chemin Vert

PARIS 75564 Cédex 12
Mme Latino
B. P. 197

PARIS 75012
Jacqueline Lebeau
14 rue Lambardie

PARIS 75423 Cédex 9
Gisèle Lehmann
B. P. 41509
824.54.28

PARIS 75014
Mme Liotard
B. P. 128.14

PARIS 75008
Mona Lor
17 rue Saint-Florentin
526-46-15

PARIS 75009
Mme Diane Mallois
35 rue Victor Massé

PARIS 75011
Mme Mariana
98 bd de Charonne
797 70 99

PARIS 75009
Mme Carmen Martínez
5 rue Chateaudun
526 40 33

PARIS 75015
Pierre Meslat
2 rue Saint Lambert

PARIS 75020
Mireille Metayer
3 rue Pali-Kao
636 67 94

PARIS 75017
Val Moral
3 rue d'Armaille
380 36 21

PARIS 75009
Hélène Moriss
5 rue Chaptal
879 67 34

PARIS 75019
Mme Munih
47 rue de Meaux
206 10 42

PARIS 75005
Geneviève Minuty
3 rue des Boulangers

PARIS 75010
Mya
97 bd de la Villete
202 69 46

PARIS 75004
Mme Odette
11 rue du Temple
272 99 05

PARIS 75001
Pascal
102 bd Beaumarchais
700 54 68

PARIS
Mme Pauline
12-14 cours de Vincennes
344 14 98

PARIS 75009
Mme Phe Myriam
20 rue Fontaine

PARIS 75013
M. Reeb
83 av. d'Italie

PARIS 75019
Mme Réjane
136 bd de la Villete

PARIS 75017
Mme Francine Robin
47 rue Guersant
755 66 33

PARIS 75008
Cléo de la Roche
17 rue Saint-Florentin

PARIS 75009
M. Yul Rugga
61 rue de Dunquerque

PARIS 75564
Mme Chantal Sabria
B. P. 241

PARIS 75003
Mme Simone
55 rue de Bretagne

PARIS 75001
Mme Rose Stoller
26 rue de Rivoli

PARIS 75009
M. Marcelus Toé-Guor
43 rue de la Victoire

PARIS 75001
Mme Nicole Valier
26 rue de Rivoli

PARIS 75010
Mme Marie Vedrine
82 rue René Boulanger

PARIS 75010
Vincent
212 rue du Fg-Saint-Martin

PARIS 75011
May Yarkos
55 bd Voltaire

PARIS 75421 Cédex 09
Mme Yasminak
B. P. 5.09

PUTEAUX 92804
Mme Derouette
B. P. 124

REIMS 51000
Mme Julia
90 rue du Mont d'Arene

ROUBAIX 59100
Albert Clodiac
31 rue d'Alsace

ROUEN 76000
Soundra
27 r. Ste-Croix-des-Pelletiers

SAINTE-MARTHE 27190
(por Conches-en-Ouche)
Maurice Delcourt

SAINT-NAZAIRE
Mme Anita Serra
69 av. de la République

SAUMUR 49400
Mme Myriam
304 dure de Clairefond

TOULON 83100
Mireille Bell
7 rue Centrale

TOULOUSE 31000
Dubreil
51 rue Paradox

TOULOUSE 31000
Manteria
76 allée Jean-Jaurès

TOULOUSE 31000
Mme Pascale Prévosto
51 rue du Printemps

TOURS 37000
Ray Moncada
11 allée des Aulnes

VICHY 03200
Yoana López
21 rue du Parc

VINCENNES 94300
Patricia
41 rue de Montreuil

INDICE

Prólogo 7

I. Los habitantes del más allá 11
II. Una disciplina personal 25
III. La voluntad de poder 41
IV. Impresionar al adversario 58
V. Actuar a distancia 73
VI. Protegerse y proteger a los demás 91
VII. Hacerse amar 97
VIII. Ganar en el juego 110
IX. Curar 123
X. Predecir el futuro 145
XI. Brujería y maleficios 196

Pequeño léxico usual 205
Curanderos y videntes 212

¿Cuál de estas obras no ha leído aún?

Relación de títulos aparecidos en la Colección LIBRO AMENO

☐	1	**RELATOS DE HORROR, 1.** Selección: Kurt Singer	100,—
☐	2	**LA COCINA DE MARIA PILAR.** María Pilar Jerez	120,—
☐	3	**LA REENCARNACION.** Thorwald Dethlefsen	120,—
☐	4	**LA LLAMADA DE LA SELVA.** Jack London	100,—
☐	5	**EL MUNDO PERDIDO DE LOS VISIGODOS.** Gabriel García Voltá	120,—
☐	6	**EL CORSARIO NEGRO.** Emilio Salgari	100,—
☐	7	**EL ASUNTO DE LAS ARMAS.** Kojak, 1	100,—
☐	8	**LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DIAS.** Julio Verne	100,—
☐	9	**HEROES BARBAROS.** Selección: Hans S. Santesson	120,—
☐	10	**NO ESTAMOS EN VENTA.** N. Brooks y A. Louise Vertuil	100,—
☐	11	**LOS PEQUEÑOS MONSTRUOS.** Antología	120,—
☐	12	**BUGSY MALONE.** Alan Parker	120,—
☐	13	**ASESINATO EN LA CONVENCION.** Isaac Asimov	140,—
☐	14	**SOMBRAS.** Edwin Corley	120,—
☐	15	**PRECIO DEL BILLETE: UN MILLON DE LIBRAS.** David Weldon	100,—
☐	16	**BUFFALO BILL Y LOS INDIOS.** Robert Altman	120,—
☐	17	**COMPLEJO DE CULPA.** Juan Lozano	100,—
☐	18	**LOS HIJOS DEL DIABLO.** Antología	120,—
☐	19	**SENDAS TORTUOSAS.** James Weir	100,—
☐	20	**LOS BESTSELLERS.** Stephen Lewis	170,—

Pídalos en su kiosko o librería habitual. Si no los encuentra, marque las casillas correspondientes a las obras que desea y envíenos esta página indicando su nombre y dirección y la forma de pago que elija. Sólo podemos servir pedidos de tres o más libros. No cobramos gastos de envío.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Departamento de Ventas por Correspondencia
Camps y Fabrés, 5. Barcelona - 6

D. .....

Domicilio .....

Ciudad .....

Distrito..... Provincia.....

Forma de pago:

☐ Contra reembolso

☐ Talón bancario adjunto

☐ Giro postal n.º .....

de fecha..... de ptas.....

Estos precios están sujetos a posibles cambios.

Libro Ameno 10-77

La ciencia oficial, pese a que se suele identificar con el conocimiento humano en general, es sólo una de las líneas de investigación emprendidas por el hombre para conocer y dominar su entorno. Más allá de las fronteras de la ciencia, oscuros conocimientos y poderes, desarrollados a lo largo de milenios de estudios y prácticas ocultas, desafían las esquemáticas leyes del saber oficial y abren extraordinarias perspectivas a la mente del hombre.

Brujería, hipnotismo, curanderismo, videncia, astrología, espiritismo y otras materias «malditas», plantean una serie de interrogantes que el autor de EL OCULTISMO responde con la máxima precisión y claridad, con el fin de que cualquier persona pueda conocer y encauzar los inmensos poderes que se encierran en su mente y su voluntad.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO

PRECIO EN ESPAÑA **100** PTAS. IMPRESO EN ESPAÑA, PRINTED IN SPAIN

DISEÑO CUBIERTA: JORGE SANTIAGO